

MARCOS CUEVA PERUS

**CONTRIBUCION A LA
HISTORIA DEL PENSAMIENTO
ECONOMICO
RENTISMO, NEOLIBERALISMO
Y CRISIS**

**PRIMER LUGAR PREMIO ANUAL DE INVESTIGACION
ECONOMICA
"MAESTRO JESUS SILVA HERZOG"**

Instituto de Investigaciones Económicas



UNAM

1990

**CONTRIBUCION A LA HISTORIA DEL
PENSAMIENTO ECONOMICO
RENTISMO, NEOLIBERALISMO Y CRISIS**

MARCOS CUEVA PERUS

**CONTRIBUCION A LA
HISTORIA DEL PENSAMIENTO
ECONOMICO
RENTISMO, NEOLIBERALISMO
Y CRISIS**

**PRIMER LUGAR PREMIO ANUAL DE INVESTIGACION
ECONOMICA
"MAESTRO JESUS SILVA HERZOG"**

Instituto de Investigaciones Económicas



UNAM

1990

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Dr. José Sarukhán Kérmez

Rector

Dr. José Narro Robles

Secretario General

Lic. Manuel Barquín Alvarez

Abogado General

Mtro. Roberto Moreno de los Arcos

Coordinador de Humanidades

Mtro. Arturo Velázquez Jiménez

Director General de Fomento Editorial

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ECONOMICAS

Lic. Fausto Burgueño Lomelí

Director

Mtra. Verónica Villarespe Reyes

Secretaria Académica

Jorge González Lozano

Secretario Administrativo

Enrique Quintero Márquez

Departamento de Ediciones

© Instituto de Investigaciones Económicas

Primera Edición: 1990

ISBN 968-36-1164-8

Derechos reservados conforme a la ley

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

La sociedad burguesa reproduce *en forma propia* todo aquello contra lo que luchó en la forma feudal o absolutista.

Marx, *Teorías sobre la plusvalía*.

INDICE

Preámbulo necesario	9
Capítulo I	
<i>Reflexiones preliminares: ciencia económica, neoliberalismo y rentismo</i>	17
Capítulo II	
<i>El vocabulario histórico del rentismo</i> (atributos de las relaciones sociales de producción)	35
Capítulo III	
<i>El vocabulario histórico del neoliberalismo</i> (atributos de las relaciones sociales de producción)	53
Capítulo IV	
<i>La crisis: el presente como historia</i> (la crisis como reproducción)	67
Capítulo V	
<i>Sobre los retos del pensamiento económico</i> (una crisis más profunda)	87
Capítulo VI	
<i>Aperturas y prioridades</i> (De la renovación necesaria del pensamiento económico)	109
Anexo: propuesta de lectura bibliográfica	117

PREAMBULO NECESARIO

La historia del pensamiento económico como objeto de estudio ocupa hoy un lugar secundario en la docencia y la investigación. Ha dejado de tener el sitio privilegiado que llegó a corresponderle en los periodos históricos clave de revoluciones y progresos de largo alcance en el análisis económico. El confinamiento del objeto de estudio referido —del que testimonian los escasísimos textos destinados al mismo— es sin duda alguna el producto de la crisis más severa en la *Historia* capitalista. No es un hecho fortuito: bajo los influjos de la moral posmoderna del desencanto —que pretende desmantelar sistemáticamente cualquier proyecto histórico— y del pragmatismo de la reconversión que la acompaña —atado a la fatalidad de un determinismo económico obsoleto—, la historia del pensamiento económico como objeto de estudio corre el riesgo de quedar encerrada en la falsa disyuntiva del abandono total y el estudio escolástico. La crisis del objeto de estudio señalado pone en evidencia el estancamiento —como pérdida del sentido del tiempo histórico con sus prudencias y necesidades urgentes— por el que atraviesa el conjunto de las ciencias sociales. Las prioridades de la modernización —léase de la restructuración del capital— generan un progreso sin parangón del análisis económico integrado a la revolución tecnológica (bajo la forma de instrumentación de la política económica). Ironía de la Historia a pesar de que ésta no hace nada por sí sola, como recuerda Marx en *La Sagrada Familia*:¹ nunca tantos progresos y potencialidades aún ocultas del pensamiento económico se habían conjugado con el enorme pesimismo que provoca la carencia de proyectos históricos defini-

¹ "La Historia no hace nada, 'no posee ninguna riqueza', 'no libra ninguna clase de luchas'. El que hace todo esto, el que posee y lucha, es más bien *el hombre*, el hombre real, viviente; no se, digamos, la 'Historia' quien utiliza al hombre como medio para laborar por sus fines —como si se tratara de una persona aparte—, pues la Historia no es sino la actividad del hombre que persigue sus objetivos", Marx, *La Sagrada Familia*, Grijalbo, Col. Ciencias Económicas y Sociales, México, D.F. 1984, p. 159.

dos y viables. En el marco de la crisis global de las ciencias sociales, *el historiador espera su turno con una prudencia que el economista no haría mal en envidiarle*.

El destierro de la historia del pensamiento económico —in-sistimos— es el producto de la crisis: pero sería absurdo e irracional —*es decir, a-histórico*— no ver en las dualidades intrínsecas de la crisis el surgimiento de algunas de las condiciones necesarias (aún no suficientes) para la *renovación* de contenidos y procedimientos en el análisis económico. La moral del desencanto y la formalización abusiva del diálogo y la confrontación natural de contenidos teóricos y prácticos entre las distintas corrientes del pensamiento económico forma parte de la “derrota del pensamiento”² que crea la ilusión de un vacío perfecto y de la desaparición de cualquier idea de progreso. Pero *no existe más ciencia que la ciencia de la historia*:³ la crisis del pensamiento económico no es la del espíritu absoluto. La crítica de la historia burguesa del análisis económico y la historia crítica del mismo no necesitan de la *crítica crítica* y de la quietud del conocer⁴ en la que reitera la moral posmoderna del desencanto. Con la crítica de la razón histórica es suficiente, aunque todo empieza aquí. Contra la moral del desencanto basta en todo caso con esgrimir la crítica del historiador:

² La expresión pertenece a Alain Finkielkraut, *La derrota del pensamiento*, Editorial Anagrama, Barcelona, España, 1987. El autor asocia la cultura de la *posmodernidad* en boga con la difusión de la “psicología del consumo” y el hedonismo, que, como veremos más adelante, tienen que ver tanto con el rentismo como con los fundamentos metodológicos de las ciencias sociales burguesas, incluida la economía. Señala Finkielkraut a propósito de la *posmodernidad*: “Sus adeptos no aspiran a una sociedad *auténtica*, en la que todos los individuos vivan cómodamente en su identidad cultural, sino a una sociedad *polimorfa*, a un mundo abigarrado que ponga todas las formas de vida a disposición de cada individuo... Como multicultural significa para ellos *bien surtido*, lo que aprecian no son las culturas como tales sino su visión edulcorada, la parte de ellas que pueden probar, saborear y arrojar después del uso. Al ser consumidores y no conservadores de las tradiciones existentes, el cliente-rey que llevan dentro se encabrita ante las trabas que las ideologías vetustas y rígidas ponen al reino de la diversidad”, p. 116.

³ La formulación corresponde a la primera versión de *La Ideología Alemana*, cuando escribió Engels: “Wir kennen nur eine einzige Wissenschaft, die Wissenschaft der Geschichte”. La frase fue posteriormente tachada. Véase Pierre Vilar, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, tercera edición, Grijalbo, Serie Crítica, Barcelona, España, 1981. Marx —dice Pierre Vilar—, que es sin duda el más grande sociólogo de todos los tiempos— ‘sociólogo en el pleno sentido de la palabra, preocupado por los mecanismos *de fondo* de las sociedades y no por sus *formas*—, expresó por lo menos un par de veces en el curso de su vida el deseo de identificar ciencia social e historia”, pp. 8-9.

⁴ La expresión pertenece a Marx y Engels, *La Sagrada Familia*.

Razonar sobre una sociedad sin haberse sumergido de manera concreta, directa, en lo que fue su pasado, es arriesgarse a creer en el valor explicativo ya sea de lo *instantáneo*, ya sea de lo *eterno*: se trata de tentaciones gemelas.⁵

El pensamiento económico burgués ha dejado desde hace mucho de visualizar la importancia de la conceptualización correcta de las *relaciones sociales de producción* para comprender las distintas etapas históricas por las que el mismo atraviesa. Pero dicha pérdida atañe hoy también a la crítica marxista frecuentemente atrapada en las redes culturales de la nueva metafísica.⁶ Cuando las ciencias sociales dejan de desenvolverse al nivel de las relaciones sociales de producción,⁷ "lo económico" deja de ser sometido a crítica en el sentido de que revela una contradicción *social*. La desaparición del horizonte social abre el camino para el estado de ánimo como sustancia metodológica y para la amnesia como requisito del debate. Prevalece entonces la moral de lo instantáneo y de lo eterno.

Al hacer de lado las paradojas constitutivas de la totalidad social, el análisis económico pierde de vista su lugar en el conjunto de las ciencias sociales al que pertenece y su incidencia práctica —pierde de vista sus fronteras externas e internas y las mediaciones entre la interpretación y la transformación del mundo económico. Queda restituido el mito del *homo econo-*

⁵ Pierre Vilar, *Iniciación...*, p. 8. "En realidad —indica Vilar ante las huellas, voluntarias o involuntarias, del pasado, la responsabilidad debería recaer sólo en el historiador. El es quien está mejor situado, con el apoyo de las técnicas propias de su oficio, para hacer de 'sociólogo'" (p. 8).

⁶ La expresión corresponde a Pablo González Casanova, *La nueva metafísica y el socialismo*, Siglo Veintiuno editores-UNAM, México, 1982. El siguiente señalamiento de González Casanova sobre la ideología de la nueva metafísica es interesante para el debate sobre el neoliberalismo: "Pocas veces la lucha ideológica ha sido tan extraña como ahora. No es lucha entre credos. Tampoco entre filosofías críticas. Contra el socialismo científico, que tiene de crítica y de credo, y que hoy constituye la alternativa ideológica más importante de nuestro tiempo, se lucha a veces como credo y otras como crítica, y así responden sus defensores y partidarios. En cualquier caso la situación es extraña, pero no única: con el pensamiento liberal de los revolucionarios antifeudales pasó algo semejante. Los fracasos del liberalismo real provocaron crisis de crítica y de credo..."

"De las confusiones teóricas del liberalismo aprovechó la aristocracia muchos elementos para sus propios fines. Hoy ocurre algo semejante con las confusiones y limitaciones del socialismo científico..." (p. 7).

⁷ "Necesitamos una nueva estrategia científica y una nueva ciencia social; una ciencia que se desenvuelva al nivel de las relaciones de producción y que sea capaz de descubrir y actuar sobre las contradicciones fundamentales y no solamente sobre las secundarias y los desajustes menores del sistema...", Alonso Aguilar, "Sobre la economía y los economistas", en *Problemas del Desarrollo*, IIEC-UNAM, México, 1976, Núm. 25, pp. 122-123.

micus y la creencia teológica en la sobredeterminación de "lo económico". Una vez más, el historiador es el que tiene que reflexionar por el economista:

No hay que confundir *modelo económico* con *modelo social*. La sociedad es más compleja que la economía, y es en lo social donde germina la destrucción del modelo económico aparentemente armonioso.⁸

El *homo economicus*, criatura del iluminismo y de las reformulaciones posteriores sobre el espíritu del capitalismo, ya no es el mismo de antaño. Si su presencia como unidad racionalizadora de la actividad económica fue postulada por los clásicos de la economía política burguesa —Adam Smith sobre todo— contra los privilegios adquiridos por la nobleza feudal, el catecismo neoliberal contemporáneo lo resucita para fortalecer el conservadurismo de los privilegios burgueses en la era del capitalismo monopolista de Estado. Como señala Marx en las *Teorías sobre la Plusvalía*, la burguesía está condenada a reproducir en forma propia todo aquello contra lo que luchó en el pasado.⁹ No se trata de un sofisma dialéctico que la moral posmoderna del desencanto probablemente condenaría: peor aún, la burguesía está destinada a convertir las razones del progreso social —las razones de las Luces— en razones *contra* el progreso.

En México y América Latina, la historia del pensamiento económico invita a problematizaciones particulares —y *no suplementarias*. Es una historia de contribuciones únicas por su riqueza al caudal del conocimiento económico universal, como es el caso del debate sobre el fenómeno de la dependencia extrañamente desterrado en el contexto de la crisis actual. Pero es también la historia del rechazo erróneo y frecuente del pensamiento económico universal so pretexto del pragmatismo que impone el atraso. Del rechazo compulsivo, que confunde lo *universal* con lo *dominante* —rechazo que es más un estado de ánimo que una actitud científica—, a la asimilación a-crítica de lo importado, no hay más que un solo paso.¹⁰ Este suele

⁸ La formulación es de Pierre Vilar, *Iniciación...*, p. 46.

⁹ Marx, *Teorías sobre la plusvalía*, citado por Paul Baran, *La Economía política del crecimiento*, FCE Serie de Economía, México, 1977, p. 146. Es, dice Baran, "el dilema verdaderamente trágico que confronta continuamente una sociedad capitalista avanzada". Nota 4, p. 146.

¹⁰ "Una de las graves fallas en nuestras escuelas de ciencias sociales consiste en que, aparte de la teoría del desarrollo se identifica en gran medida con las posicio-

darse en periodos históricos —como el actual— que recrean la ficción de la modernidad. ¿Cuántas veces ha “despegado” América Latina hacia la “modernidad” para aterrizar en el rezago característico del subdesarrollo?¹¹ La tentación de las apreciaciones cíclicas de la Historia propias de las clases dominantes en decadencia es extremadamente fuerte.¹² Las modalidades de inserción de América Latina en la dinámica capitalista reproducen en forma *permanente* la dualidad de la crisis: espacio temporal privilegiado para pensar el tiempo histórico y para renovar enfoques, pero también privilegiado —demasiado— para recrear la tentación gemela de lo eterno y lo instantáneo —moral posmoderna del desencanto, vacíos perfectos y derrotas seculares del pensamiento.

Pueblos, naciones, Estados:¹³ *también* en América Latina no existe más ciencia que la ciencia de la historia. La evolución reciente del pensamiento económico latinoamericano es —por decir lo menos— paradójica. A diferencia de las dos décadas pasadas, en las que dicho pensamiento tiene el horizonte de la totalidad social como marco de referencia permanente, los ochenta marcan el auge del pragmatismo y la especialización “tecnocrática” bajo los efectos de las prioridades de la crisis y la promesa de modernización. El fenómeno es curioso: cuando

nes burguesas dominantes, éstas se presentan al estudiante en actitud acrítica, cuando no francamente apologéticas, en tanto que las contribuciones del pensamiento latinoamericano... Se menosprecian y aún ignoran, como si nuestros intelectuales nada tuvieran que ofrecer para explicar nuestros propios problemas y la ciencia fuera un mero comercio de importación de ideas surgidas en otros contextos, que solo debiéramos trasplantar mecánicamente, como suelen transferirse de un país a otro las técnicas más sencillas”, Arturo Bonilla, Introducción, (comp.), *En torno al capitalismo latinoamericano*, Ed. Nuestro Tiempo. IIESC-UNAM, 1988 (cuarta edición), pp. 8 y 9.

¹¹ “En realidad, la modernidad vino desde fuera por varias vías. La primera fue por barco: se llamaba *Contrato Social* y estaba cargado de esclavos negros”, dice Fernando Calderón en “América Latina: identidad y tiempos mixtos”, *David y Goliath*, CLACSO, Año XVII, Núm. 52, septiembre de 1987, México-Argentina.

¹² A propósito de la historia cíclica de Toynbee, dice Paul M. Sweezy: “Toynbee... es un místico que cree que el hombre es intrínsecamente incapaz de influir sobre su propio destino y que, por lo tanto, el único camino para dar sentido a su vida es abandonar todo esfuerzo y abrazar la religión. Desde este punto de vista la historia se convierte en una serie de tragedias ‘filosóficamente contemporáneas’: el mundo en que vivimos es la ‘Ciudad de la Destrucción’, y preocuparse por conocer su comportamiento —esto es, la técnica, la economía, la política— es vulgar y superficial”, Paul M. Sweezy, *El presente como historia: ensayos sobre capitalismo y socialismo*, Biblioteca Tecnos de Ciencias Económicas, Madrid, España, 1974, p. 176. Como veremos más adelante, la distancia entre las historias cíclicas de Toynbee y la metodología posmoderna de la historia es casi mínima.

¹³ La expresión pertenece a Pierre Vilar, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Grijalbo, Serie Crítica, Barcelona, España, 1981, cap. 5.

todo parece contribuir a certificar, por lo menos a partir de los indicios cotidianos, la validez teórica del *debate* sobre la dependencia estructural de las economías latinoamericanas, el mismo debate se detiene y llega incluso a darse por clausurado —como se desprende del silencio que suele pesar sobre él. Desde luego, la realidad económica y social de la crisis no es la reiteración cíclica de la dependencia estructural, sino que involucra procesos novedosos cuyo análisis demuestra que no solo es necesario *retomar* el debate, sino también *renovarlo*. Con base en las particularidades latinoamericanas, la crítica de la historia reciente del pensamiento económico local requiere de la crítica simultánea de la forma histórica de las relaciones sociales de producción capitalistas

Es en ésta dirección que pretende avanzar la presente investigación: caracterizar, a la luz del debate económico actual y de muchos de los pasados —nos referimos sobre todo a la discusión teórica en los periodos de crisis y ruptura de la dinámica capitalista—, los atributos estructurales de las relaciones sociales de producción —como es el rentismo de las clases propietarias. Como recuerda Pierre Vilar, no hay “economía” o “racionalidad tecnológica” que sobredetermine la evolución de la totalidad social: ésta noción, propia del determinismo burgués —y en el origen de la percepción “fatalista” de la Historia— es la que está en crisis como producto de sus contradicciones. La perspectiva marxista es radicalmente diferente: “lo económico —indica Vilar— es sometido a ‘crítica’ en el sentido de que revela una contradicción social. Y la revela *históricamente*”.¹⁴ Y agrega:

Marx, al que se ha atacado por haber erigido la economía en ‘última instancia’ del análisis político-social, es de hecho menos ‘economista’ (y no más ‘materialista’) que los teóricos del capitalismo, quienes, a partir del día en que se pronunció la frase *laissez faire*, sugirieron que estas palabras iban a resolver, de forma armónica, todos los problemas humanos. Un Samuelson, en su *Manual*, lo sugiere todavía.¹⁵

Y no sólo Samuelson. Con la perspectiva de la crítica histórica simultánea de las relaciones sociales de producción y del pensamiento económico dominante, la presente investigación contribuye a desentrañar los contenidos históricos del neoliberalismo económico —la expresión más “*acabada*” de la “*sali-*

¹⁴ Vilar, *op.cit.*, p. 9.

¹⁵ Vilar, *op. cit.*, p. 208

da" burguesa de la crisis, pero también de sus contradicciones. Con todo, cuando se apunta que el neoliberalismo es la justificación ideológica y teórica "del capital" —¡así de anónimo!— o de tal o cual clase social, se *comete* un acierto teórico, que opaca las determinaciones históricas del neoliberalismo. Formular "métodos" para el análisis de la historia del pensamiento económico dominante, más allá de la *crítica histórica de la razón*, es una tarea excesivamente ambiciosa y frecuentemente condenada a la especulación teórica:

Parece natural una ... pregunta: ¿es el propio Marx el prototipo del historiador marxista? Todos sabemos que a Marx le gustaba decir: yo no soy marxista. Pero de ahí no se sigue que resulte poco peligroso dar lecciones de marxismo a Marx. Es difícilmente imaginable que, si ha hecho obra de historiador, se haya adecuado mal a las normas de su pensamiento. Sólo tenemos derecho a preguntar: ¿alguna vez *quiso* ser historiador? ¿*emprendió* jamás la escritura de una 'historia'?

La fórmula carece de sentido, por cuanto Marx no es epistemólogo: descubre su método practicándolo.¹⁶

Más que la "funcionalidad" o "disfuncionalidad" del marco conceptual del neoliberalismo con la realidad —¡siempre la disyuntiva formalista entre el "modelo" y la objetividad inanimada de la totalidad social!—, la coherencia del proyecto económico neoliberal proviene del hecho de ser la expresión *contradictoria* de intereses *contradictorios* —que unifica (cohesiona) *en forma propia*, bajo un marco conceptual y prácticas sociales históricas. Las clases dominantes son algo más que el *sujeto* de sus propias cosmovisiones: son también su *objeto*. De ahí entonces el que la crítica del pensamiento económico dominante permita la crítica de las relaciones sociales de producción capitalistas que respaldan dicho pensamiento.

Sin pretender absolutizarla, cabe destacar que la historia del pensamiento económico y su crítica han jugado un papel de suma importancia en periodos de ruptura en la dinámica capitalista. En México y en América Latina, la *difusión crítica* de dicha historia —difusión de la que testimonia por ejemplo la *Antología del pensamiento económico y social* de Jesús Silva Herzog¹⁷ ha permitido el desarrollo crítico —es decir, sobre bases sólidas— de múltiples teorías y prácticas sociales.

¹⁶ Vilar, *Marxismo e historia*, Ed. Praxis, Buenos Aires, Argentina, 1974, p. 17.

¹⁷ Jesús Silva Herzog, *Antología del pensamiento económico y social*, FCE, México, 1977 (tercera reedición).



CAPITULO I

REFLEXIONES PRELIMINARES: CIENCIA ECONOMICA, NEOLIBERALISMO Y RENTISMO

(Contra la “crítica crítica”)



Como parte de la propagación de la dinámica de la división social del trabajo al espacio propio de las ciencias sociales, los progresos de la ciencia económica generan la tarea de particularizar el objeto de estudio del que se ocupa, como ocurre con cualquier proceso cognoscitivo específico. Al restringir dicho objeto diferenciándolo de los restantes y colocando sus especificidades en primer plano, la ciencia económica se topa simultáneamente con el deber imperioso de reconstruir la red global del conocimiento de la que forma parte *léase* de aportar, desde la perspectiva que le corresponde, reflexiones sobre la totalidad social en la que su objeto de estudio y ella misma se insertan (como ocurre también con cualquier proceso cognoscitivo). El proceso paralelo de ampliación y restricción del objeto de estudio, sustentado en la división social del trabajo y los imperativos prácticos que ésta origina, transcurre para cada periodo histórico bajo una forma social determinada, que le imprime su sello y de la que ninguna corriente de interpretación puede escapar para refugiarse en la "neutralidad de la ciencia" eternamente pretendida. La forma social capitalista fija los cauces por los que se desenvuelve el doble movimiento de ampliar y restringir el objeto de estudio de la ciencia económica, y determina forzosamente —porque no se edifica ciencia alguna sobre el vacío— los dos aspectos de dicho movimiento. En este contexto resulta falsa la disyuntiva tradicional artificialmente construida por el pensamiento social burgués, y ampliamente difundida con las innovaciones tecnológicas, entre la ciencia "pura", "neutral" y relegada al ejercicio sofisticado e inmaculado de su especialidad, por un lado, y una esfera de la reflexión social y global cargada de la subjetividad terrenal del "prejuicio", la "ideología" y los "intereses de grupo".¹ Tanto la esfera de los procesos de especialización de la ciencia económica,

¹ En una reflexión contradictoria sobre el papel de la "normatividad" (juicios de valor) en el desarrollo de la ciencia económica —ilustrativa del debate en el seno del pensamiento económico burgués—, Maurice Allais señala: "los obstáculos a los que se enfrenta el desarrollo de la ciencia económica tienen el mismo carácter que los obstáculos que no ha cesado de afrontar y encontrará siempre el desarrollo de todas las ciencias... La resistencia secular al progreso técnico no tiene otra explicación... Lo

estrechamente vinculados con los imperativos tecnológicos y de política económica, como la esfera de la interpretación global de los procesos y fenómenos sociales, involucran contextos sociales definidos, a la vez objetivos y subjetivos.

El soporte teórico de las divergencias entre el pensamiento económico burgués y la crítica marxista —divergencias relativas al valor (valor-trabajo por oposición con el valor-utilidad marginal) las perspectivas filosóficas y metodológicas que les subyacen —ha sido ya suficientemente identificado, elaborado y recreado desde ambos enfoques. La crítica marxista de la teoría económica burguesa no puede limitarse a contraponer, siguiendo un procedimiento proporcionalmente inverso al que efectúa el pensamiento económico burgués, el objetivismo de la economía política con el subjetivismo de la escuela marginalista. El ejercicio de la crítica marxista no puede restringirse tampoco al simple restablecimiento de la verdad objetiva ante las verdades sospechosas del marginalismo y sus múltiples desprendimientos, del mismo modo en que el pensamiento económico burgués hace caso omiso de la evolución histórica de la crítica marxista para relegarla al “dogma” de los principios y métodos fundamentales —o relegarla incluso al “rango” de una teoría “perteneciente al siglo XIX”. Las diferencias esenciales referidas constituyen únicamente el punto de partida de la acumulación histórica de conocimientos y problemáticas particulares —de paradigmas, en el lenguaje de la teoría económica burguesa— que encuentran su razón de ser en las transformaciones de la forma social capitalista. Trátese del marxismo que tiene, contra lo que suele sostener la ideología burguesa interesada en exilarlo al ámbito de la “especula-

que es válido para el progreso de la tecnología vale, *a fortiori*, para la ciencia económica. Todos los intereses creados pueden ponerse en tela de juicio por sus deducciones... En todas las épocas de la historia el éxito de las doctrinas económicas ha sido asegurado no por su valor intrínseco, sino por el poder de los intereses y sentimientos a los que parecen favorables... Infortunadamente, la ciencia económica se liga a menudo a ciertas doctrinas políticas... La ciencia económica no escapa al dogmatismo; pero aquí el dogmatismo se refuerza considerablemente por el poder de los intereses creados y las ideologías... Debemos recurrir a la objetividad de los hombres ¿Pero existe esta objetividad? ¿Puede siquiera existir? “El razonamiento de Allais, como por lo general el de todo el pensamiento económico burgués, es un círculo vicioso infinito al abordar el problema de los juicios de valor, las normas éticas, etc... en el desarrollo de la ciencia económica. La cita de Allais es de “La economía como ciencia”, en Camilo Dagum (comp.), *Metodología y crítica económica*, FCE, *Lecturas de El Trimestre Económico*, Núm. 26, México, 1978. Para profundizar en la discusión sobre “economía positiva” y “economía normativa”, véase la bibliografía al final del texto.

ción filosófica", una fuente permanente y atractiva de vitalidad en la capacidad para recuperar el sentido social de los objetos de estudio específicos sobre los que trabaja, o del pensamiento económico burgués, todas las corrientes del análisis económico enfrentan la necesidad de *renovar* sus enfoques para atender los reclamos de la práctica social. Al reconocer, como lo hace también la crítica marxista, la necesidad de renovar enfoques para explicar los fenómenos nuevos de la vida social e incidir sobre ellos, el pensamiento económico burgués reconoce *de facto* la existencia de esquemas rígidos y caducos que obstaculizan el desarrollo de la ciencia económica (el dogma no es patrimonio exclusivo del marxismo). Admite así el carácter históricamente determinado y transitorio del objeto de estudio abordado y del sujeto social que lo interpreta. La forma social capitalista fija los cauces por los que se desenvuelven todas las dimensiones del análisis económico y sus distintas vertientes interpretativas, y conforma por ende una referencia axial para el estudio del mismo. No es una referencia inmutable: si el pensamiento económico burgués suele concebir la posibilidad del cambio sólo al interior de una totalidad social eterna, la crítica marxista replica a veces en términos semejantes, es decir, recordando el carácter teóricamente transitorio de la totalidad social sin vincular dicho procedimiento con el análisis exhaustivo de las transformaciones contemporáneas.

El estudio del desarrollo del pensamiento económico implica, desde cualquier enfoque particular, analizar cómo determina la forma social capitalista la organización de los contenidos internos de dicho pensamiento. Pero implica también, y aquí reside en buena parte la incidencia práctica y vital del estudio del pensamiento económico, repensar sistemáticamente la forma social capitalista en movimiento. Sin ambas aperturas para la reflexión —sin lo que Marx denomina la crítica simultánea de la economía política burguesa y de la propia realidad capitalista—, el estudio del pensamiento económico y éste mismo corren el riesgo del estancamiento.

En el difícil contexto de una crisis prolongada en la que el estado de ánimo oscila entre "la ilusión, la esperanza ilimitada y el optimismo" y la "cosecha de las consecuencias", como en el *crac* de 1929 que describe minuciosamente Galbraith,² las

² Para constatar similitudes de estados de ánimo, léase *El crac del 29* de John K. Galbraith, Ariel, Barcelona, España, 1976 (segunda edición). Los entrecomillados pertenecen a Galbraith.

distintas vertientes del pensamiento económico ponen de manifiesto dificultades crecientes para ubicar los contenidos sociales de las grandes transformaciones ocultas tras la coyuntura. Si el análisis económico ha ganado, con la especialización, la parcialización del conocimiento y la incorporación de sus resultados prácticos a las prioridades de la revolución tecnológica, en precisión para describir y cuantificar los fenómenos económicos, parece haber perdido en cambio en destreza para otorgarles direccionalidad social alguna. Por más "escenarios alternativos" que edifique para revitalizar la "capacidad de pronóstico" que concibe como parte de sus virtudes fundamentales, las recomendaciones del pensamiento económico burgués chocan recurrentemente con el muro del curso real de los acontecimientos, convertido en la subjetividad del que formula las recomendaciones en "falta de voluntad" de los sujetos sociales que lo rodean.³ La objetividad inanimada del pronóstico social cobra dimensiones enormes, que sólo tienen parangón con la subjetividad cuasi-absoluta que la acompaña. En todo caso, la pérdida de sentido social —¡*les capacités de la bourgeoisie s' en vont!*— diría Marx con ironía⁴ puede entreverse en las discrepancias cada vez más fuertes que permean el debate en el solar de la teoría económica burguesa —discrepancias relativas al alcance práctico de las formulaciones

³ El problema del "pronóstico" reproduce las contradicciones y círculos viciosos tradicionales del pensamiento económico burgués: "El asunto de la predicción en economía involucra o reúne, a la mayor parte de las cuestiones principales acerca de qué clase de materia es la economía (*sic*): cuestiones, es decir, acerca de lo que los economistas pueden, o deberían intentar o pretender hacer (*sic*) y de lo que es presuntuoso, pretencioso, o hasta peligroso y dañino que intenten o pretendan hacer: cuestiones de lo que es fantasioso o utópico esperar en razón del progreso del conocimiento económico (*sic*)", T.W. Hutchinson, "Sobre la predicción y el conocimiento económico", en *Conocimiento e ignorancia en economía*, Premiá, México, 1979, p. 17. Con todo, el texto de Hutchinson es una buena aproximación al problema del "pronóstico"... a condición de relativizar todas las disgresiones morales sobre la "normatividad" (o contextualizarlas objetivamente). El texto de Allais referido en la *nota I* es otro buen ejemplo de lo infinito de la "normatividad" burguesa a propósito del "pronóstico". Las citas recogidas aquí son simplemente ilustrativas de la crisis por la que atraviesa la economía burguesa: subjetividad cuasi absoluta más objetividad (modelos matemáticos) inanimada.

⁴ Citado por Georg Lukacs, *Marx y el problema de la decadencia ideológica*, Siglo Veintiuno editores, Biblioteca del Pensamiento socialista, 1986 (segunda edición), México, p. 20. Algunos señalamientos de Lukacs son extremadamente pertinentes para nuestro objeto de estudio. En primer lugar, el autor indica que "la construcción de la nueva ciencia del materialismo histórico comprende también la disputa crítica con la formación y el fenecimiento de la economía clásica... Como historiador y crítico de la economía clásica, Marx ha descubierto y descrito por primera vez la historia de esta disolución (1820-30)" (p. 19) Cabría agregar que el desarrollo de la crítica marxista

teóricas— y también en la multiplicidad y la dispersión de las definiciones sobre el objeto de estudio de la economía.⁵

La incapacidad para elaborar y articular con coherencia la relación entre la interpretación de los hechos económicos y los alcances prácticos de dicha interpretación es uno de los tantos síntomas de la imposibilidad para pensar los sujetos de la práctica social; mientras tanto, la “multiplicación de los objetos” muestra la carencia de nociones claras y precisas sobre el ámbito en el que dicha práctica se desenvuelve. Bajo ambas modalidades (“ciencia” sin objeto y sujeto definidos), el pensamiento económico contemporáneo revela que está cada vez menos en condición de ubicar la totalidad social —*las relaciones sociales de producción*— y el lugar determinante que ocupa ésta en la reflexión y las prácticas sociales concretas. Esta es justamente una pieza clave permanente para el estudio en perspectiva del desarrollo reciente del pensamiento económico burgués: llama la atención la incapacidad creciente del mismo para articular la esfera (el objeto de estudio particular) que le corresponde con la totalidad social en la que se encuentra imbricada.⁶

requiere *siempre* de dicha disputa crítica, incluso con la “economía vulgar”. Un segundo señalamiento de Lukacs sobre la decadencia, válido para la *posmodernidad* (¡y habla de Guizot!): “... los teóricos burgueses (después de 1848) toman cada vez menos por punto de partida directamente la realidad, y en su lugar ponen en el centro de todos las confrontaciones formales y verbales con las doctrinas precedentes” (p. 22). Citando a Marx: “La expresión abstracta y transfigurada en que se convierte, para Hegel, una colisión real, es considerada por esta ‘cabeza crítica’ como la colisión real... La frase filosófica en que se expresa el problema real es, para él, el problema real mismo”. No cabe duda de que el estudio del periodo en cuestión (después de 1848) no resultaría inútil para entender la *posmodernidad*.

⁵ Basta con buscar *dos* textos de enseñanza pedagógica de la economía que lleguen a una definición común de la “economía”

⁶ Ejemplo de digresión interminable es una vez más Allais: “Es entonces sumamente deseable la formación de economistas de vastas perspectivas sobre la historia, la sociología y la ciencia política; la formación de historiadores diestros en el análisis económico y el estudio de la sociología; de sociólogos que tengan igualmente la formación de economistas e historiadores; se requiere asimismo formar economistas que reúnan las cualidades de diversas naciones: la preocupación por los hechos de los anglosajones, la erudición de los alemanes, la lógica de los latinos”, en Maurice Allais, *op. cit.*, pp. 42-43. A propósito de la ‘todología’, como resultado de la fragmentación arbitraria de la ciencia social por parte de la burguesía (en un doble movimiento que no puede entender), indica Alonso Aguilar: “La burguesía ha roto la unidad de la ciencia; la ha parcelado arbitrariamente. Ha hecho de disciplinas verdaderos feudos amurallados y compartimentos estancos cuyos linderos artificiales, a menudo puramente ideológicos y tecnocráticos impiden comprender la interconexión de los fenómenos y el desenvolvimiento dialéctico de los mismos, a partir de una *teoría de la historia*” (el subrayado es nuestro), en Alonso Aguilar, *op. cit.*, p. 120. Cuando intenta

La analogía de Pierre Vilar entre el comercio de detergentes y el de "membretes" entre los historiadores puede parecer abusiva⁷, pero no lo es tanto en el marco de una crisis del pensamiento social que ha hecho florecer como nunca el nominalismo y la distribución autoritaria de imágenes y de etiquetas como monedas corrientes de la polémica. Uno de los obstáculos de mayor relevancia para abordar el estudio del pensamiento económico consiste en el privilegio desproporcionado que le otorga a la forma retórica del discurso y la elegancia del gesto al reflexionar sobre sí mismo. Al sustituirse la fuente permanente de la polémica, que va desde la diferencia hasta el antagonismo, por la construcción de equivalencias formales infinitas entre las distintas corrientes del pensamiento económico (un "método" de desmantelamiento sistemático de cualquier contenido, criticado por Marx a propósito de la economía política vulgar),⁸ surgen dificultades adicionales para explicar la dinámica de las ideas económicas. Dicha dinámica, que involucra el predominio y la caducidad de modalidades del pensamiento económico históricamente determinadas, es simplemente sustituida por una "Historia" de "alternancias cíclicas", circulares y desprovistas de progreso alguno, y por un afán viciado por recrear el método de "la crítica crítica" que ironiza Marx en *La Sagrada Familia*.⁹ Una revisión somera de algunas historias del pensamiento social —trátese del pensamiento burgués o del marxismo— revela la tendencia a sustituir el análisis de las ideas económicas en su contexto social concreto por "Historias" de inquisidores y herejes, de ortodoxos y heterodoxos, de

reconstituir el "todo", el pensamiento económico burgués aterriza en formulaciones como la de Allais.

⁷ "El comercio de la historia y el comercio de detergentes tienen en común el que con increíble facilidad la novedad se hace pasar por innovación. Sin embargo, las marcas de los productos de los historiadores están muy mal protegidas. Cualquiera puede decirse historiador. Cualquiera puede calificar de marxista a cualquier cosa". Vilar, *Marxismo e historia*, op. cit., p. 15.

⁸ "Cuando las condiciones económicas y, por tanto, las categorías en que se proyectan, encierran antagonismos y contradicciones, lo que hace Mill es apoyarse en la unidad de las contradicciones, y negar la existencia de éstas, erigiendo esta *unidad* en la identidad de lo contradictorio", Marx, *Historia crítica*... citado por Luckacs, op. cit. p. 25.

⁹ "La filosofía especulativa... necesitaba traducir todos los problemas de la forma del sano sentido común a la forma de la razón especulativa y convertir en un problema especulativo un problema real, para poder resolverlo... Después que la especulación retuerce mi problema en los labios, para ponerme en los labios, como el catecismo, su problema, ya puede, naturalmente, como el catecismo, tener dispuesta su respuesta para todos y cada uno de mis problemas", Marx, *La Sagrada Familia*, op. cit., p. 156.

liberales y conservadores, de cadenas extrañas y subjetivas de errores, omisiones, arrepentimientos y procedimientos similares. Al tiempo que se rechazan "purezas" y "dogmas" del pensamiento social que por lo demás muy pocos pretenden aún, se edifica para el estudio de la dinámica de las ideas una "moral del desencanto" en la que el estado de ánimo toma el lugar de la argumentación lógica. Así, suelen ser las falsas disyuntivas (los sistemas de falsas oposiciones apuntados y muchos otros más) las que se erigen en criterio de estudio. La subjetividad cuasi-absoluta, fragmentada por lo demás en múltiples equivalencias formales que excluyen (y hasta coartan) la confrontación real de las ideas, es otro de los síntomas de la incapacidad del pensamiento económico y social burgués para sentar las bases de un estudio objetivo de sí mismo. Esta forma de abordar el estudio del desarrollo del pensamiento social, trátase de la esfera económica o de cualquier otra, desmantela cualquier contenido concreto sistematizado,¹⁰ crea curiosas especializaciones en cada una de las equivalencias formales que multiplica al infinito, y desestructura cualquier sentido social y global en cada una de las reflexiones sobre objetos de estudio específicos, como es el caso de la economía. El proceso abusivo de formalización de las ideas encontradas —el "imperio de la forma"— opera como un factor represivo de la sustancia social que dichas ideas contienen. Convierte al relativismo en la única modalidad coherente de análisis: criticando los absolutos, se convierte en un método absoluto que excluye cualquier posibilidad de polémica real.

Llama la atención la tendencia bastante generalizada de la crítica burguesa del pensamiento económico (y en particular de los enfoques de corte keynesiano) a reducir el neoliberalismo al ámbito exclusivo de la política económica y sus repercu-

¹⁰ "El proceso ideológico... consiste en justificar, por medio de una estilización de lo negativo, de la 'nada', de una carencia de sentido por principio, de la enajenación y de un destino sombrío, hasta convertirlo, en suma, en lo auténtico de la vida humana... La tesis de la desideologización encuentra incluso su lugar ideológico dentro del proceso de la propia reflexión de una sociedad que no puede confesarse a sí misma la forma proporcionada por la reflexión, sino que ha de ser reprimida en lo inconsciente porque no quiere arriesgarse con ello a la confesión de su propia condición de superflua. Allí donde la ciencia burguesa se encuadra por motivos ideológicos dentro del proceso de 'desideologización', se produce naturalmente la apariencia de que las cosas ocurren como si aquello que fuera de esta ciencia existe todavía como ideología sistematizada se encontrase entre las ideologías decadentes". Extractos de Leo Kofler, *La racionalidad tecnológica en el capitalismo tardío*, Aguilar, Colección Aurión, Madrid, España, 1981, pp. 80, 114, 116.

siones inmediatas, trátase de las políticas de ajuste, de shock, de estabilización, ortodoxas y de sus múltiples variantes. Con el pragmatismo —léase voluntarismo— que impone la gravedad de una crisis extremadamente difícil de resolver para beneficio del capital, las distintas corrientes del pensamiento económico burgués buscan reducir sus divergencias al terreno de las prácticas de política económica y las variables (monetarias o no monetarias) a tener en cuenta para implementarlas. Las posibilidades y bondades de la política económica son glorificadas desde múltiples enfoques, mientras el curso de los acontecimientos sugiere la existencia de limitaciones objetivas permanentes para su realización exitosa. La reflexión sobre los fracasos de los “planes” implementados suele así atribuirlos a la escasa “voluntad de cambio” de una sociedad permeada por “prejuicios” e “intereses de grupo”. Paralelamente, y siguiendo una vieja premisa —la de creer que los hombres se ahogan por estar poseídos por el conocimiento de la ley de gravedad—¹¹, los fracasos de la política económica son adjudicados por la crítica burguesa del neoliberalismo justamente la raigambre de dicha política en las propuestas neoliberales —de la misma manera en que el neoliberalismo atribuye sus éxitos a la certeza de sus propuestas teóricas. Aquí también, la crítica del neoliberalismo reproduce los esquemas tradicionales de la crítica burguesa del pensamiento y las prácticas económicas: los fracasos de política económica son adjudicados por el economista a los “intereses de grupo”, los “prejuicios” y las “ideologías” de una sociedad que le es curiosamente externa y ajena, mientras la sociedad —y algunos economistas que, aquí sí, reconocen su inserción inevitable en ella— replica atribuyendo el mismo fracaso a las “equivocaciones” del “economista” (asociado con el tecnócrata ciego); el objeto y el sujeto de la política económica se diluyen en el marco de las falsas disyuntivas entre “economía” y “sociedad”; la polémica sobre la política económica convierte todas las posibles alternativas en equivalencias formales idénticas entre las cuales la “sociedad” tiene la “libertad de elegir”; la construcción de modelos hipotéticos que llaman la atención por la elegancia del razonamiento lógico-formal y de los pronósticos choca con la terrenalidad de sociedades arcaicas poco preparadas para la modernidad (o la pos-

¹¹ “Antes un buen hombre se imaginaba que, si los hombres se ahogaban, era únicamente por estar poseídos por la idea de la gravedad”. La ironía es de Marx, en *La ideología Alemana*.

modernidad);¹² y la figura del "político" replica destacando la importancia absoluta del cambio socio-político por sobre las determinaciones económicas objetivas.¹³ Como se señaló más arriba, la crítica marxista debe desentrañar las dificultades de la política económica no partiendo de una política económica indeterminada, sino de la forma social capitalista en movimiento a través de la cual se desenvuelve. La crítica de la política económica neoliberal y de la teoría monetarista al respecto es, también, crítica de la política económica capitalista, y por lo tanto reflexión sobre la forma social capitalista.

Procediendo más por analogía formal y por extrapolación artificial que por la localización de los contextos socio-históricos precisos en los que se produce el pensamiento económico, la crítica del neoliberalismo destaca con frecuencia el perfil anacrónico del mismo. Anacrónico por formar parte de las utopías añejas del liberalismo burgués —el iluminismo, las robinsonadas, el utilitarismo y el individualismo— y por no tomar en cuenta las transformaciones históricas operadas en la realidad capitalista en el último siglo. Y anacrónico, por reivindicar a ultranza el reino del libre mercado y la mano invisible de Adam Smith en la era moderna de los monopolios y los "Estados burocráticos". Aunque parte efectivamente del reco-

¹² "El uso de técnicas sofisticadas, de modelos econométricos en que las contradicciones y desequilibrios que afectan al proceso económico capitalista se sustituyen por relaciones uniformes y armoniosas cuya única falla consiste en que poco o nada tienen que ver con la realidad, descubre una de las más graves limitaciones de la ciencia social burguesa y recuerda en verdad la vieja concepción aristotélico-tomista y la preocupación academizante de la economía neoclásica por lograr una lógica interna puramente formar, así sea al precio de petrificar el pensamiento, de castrar la capacidad creadora del hombre y de divorciar totalmente a la ciencia de la realidad", Alonso Aguilar, *op. cit.* p. 121. Véase al respecto la excelente síntesis de T.W. Hutchinson, "Crisis en los setentas: la crisis de la abstracción", en *Conocimiento e ignorancia en economía*, *op. cit.* Modelos contruidos por lo demás sobre hipótesis de la conducta humana completamente irreales. Véase al respecto Amartya K. Sen, "Los tontos racionales: una crítica de los fundamentos conductistas de la teoría económica", en Hollis M. y Hahn. F., *Filosofía y teoría económica*, FCE, Breviarios, Núm. 398, 1986, México.

Ejemplo de razonamiento especulativo posmoderno y formal: "Un buen número de maoístas aterrizó en el neoliberalismo naciente, decidido a abolir el Estado... Del feliz encuentro nace el anarcocapitalismo, fundado por David Friedman, hijo de Milton Friedman... Por supuesto, no se trata de la influencia del maoísmo en el neoliberalismo. Se trata más bien de un encuentro entre iguales, que descubren que respecto de la cuestión de la abolición del Estado están en un frente común... Todos, Reagan, Margaret Thatcher, Hayek, Mao y Stalin, en un gran frente de abolición del Estado, buscando la manera más realista de efectuarla", Franz. J. Hinkelammert, "Frente a la cultura de la pos-modernidad", David y Goliath, *op. cit.*, p. 21.

¹³ Véase *La Sagrada Familia*, *op. cit.*, pp. 156, 157, 158, sobre la forma de proceder con "lo político".

nocimiento de la génesis de la forma capitalista, la crítica del neoliberalismo económico catalogado de conservador, anacrónico y retrógrada suele omitir un estudio detallado de la evolución del capitalismo que explique en todo caso el *risorgimiento* —¿o la restauración?— de las propuestas y prácticas neo-liberales. Aquí, al igual que en los ámbitos señalados anteriormente, la crítica parte, con el contraste formal de ideas y de realidades aparentes, del neoliberalismo para explicar el neoliberalismo. Por lo demás, al hacer del proyecto neoliberal un alma muerta y condenada por ende a la utopía, la crítica mencionada tiene más de la eterna búsqueda del espíritu del capitalismo que de una interpretación consistente de la dinámica de las ideas sociales en el marco de la génesis capitalista realmente existente. Por más certezas que se encuentren al describir y comprobar los desencantos y desconciertos del espíritu moderno, víctima entre otras tantas cosas del neoconservadurismo, no se puede partir del movimiento de la idea absoluta (o de la relatividad absoluta de todas las ideas sociales, que es una de las tantas expresiones “modernas” de la idea absoluta) para desentrañar los cambios ya efectuados y por venir en la forma social capitalista. En todo caso, cabe subrayar que la sola presencia ideológica y práctica del neoliberalismo insinúa *algo más* que una extraña resurrección del siglo xix en los umbrales del siglo xxi.

Más que con el afán de desechar con una crítica extremadamente somera las diversas interpretaciones del neoliberalismo económico, las observaciones precedentes tienen que ver con el objetivo de poner en evidencia la ausencia notoria en el debate actual de una metodología definida para abordar el estudio de la génesis del pensamiento económico. El vacío de procedimientos transparentes para abordar dicho estudio no se explica tanto por las deficiencias intrínsecas atribuidas a los principios metodológicos y filosóficos de las principales vertientes del análisis económico (principios, insistimos, ya identificados y elaborados en su esencia por cada una de ellas), como por la presencia obnubilante de las equivalencias formales infinitas, las extrapolaciones, las imágenes y las analogías arbitrarias, la parcialización abusiva de los ámbitos particulares de la reflexión social y las falsas disyuntivas convertidas justamente en “método” de estudio de la dinámica de las ideas y los hechos sociales. Como cualquier ámbito del pensamiento social, el metodológico es sujeto de evolución histórico —es decir, de

acumulación de progresos y problemáticas por resolver—, siempre en el marco del desenvolvimiento de la forma social capitalista. El vacío metodológico en la polémica actual tiene su explicación en las características actuales de la forma social referida y no en la obsolescencia por decreto de determinados instrumentales teóricos —o la obsolescencia incluso de *cualquier* instrumento teórico decretada a veces por la moral posmoderna del desencanto.

Las observaciones relativas al vacío metodológico y las modalidades contemporáneas del debate sobre el conocimiento económico tienen igualmente por objeto recordar las premisas básicas de la crítica marxista del pensamiento económico frecuentemente omitidas. No existe en la obra clásica del marxismo una reflexión pormenorizada sobre las dificultades particulares que plantea la “construcción” de una historia del pensamiento económico como objeto de estudio específico. Pero ello no se explica por omisiones o por “falta de tiempo” de los clásicos del marxismo, como se argumenta recurrentemente a propósito de las múltiples problemáticas no resueltas en el interior del debate marxista. Menos aún por el carácter “cerrado” y “dogmático” —léase “ideológico” y “prejuiciado— del pensamiento marxista —como se argumenta desde los enfoques del pensamiento social burgués. Toda la obra clásica del marxismo se edifica sobre la base del diálogo permanente con las distintas corrientes del pensamiento social, y sobre la base de la crítica y la refutación consistente de dichas corrientes. *El Capital* es también —no está por demás recordarlo— *Crítica de la Economía Política* —con el conocimiento profundo y extenso de la historia del pensamiento económico previo que ello involucra y que se expresa directamente en la *Historia Crítica de las Teorías de la Plusvalía*.¹⁴ Las obras clásicas del marxismo no se reducen al ejercicio de la crítica, sino que se abocan paralelamente a la conformación de una perspectiva científica propia, independiente y propositiva sobre los objetos de estudio específicos abordados, trátase de la forma social capitalista o de la evolución del pensamiento social burgués.

¹⁴ Independientemente de la opinión que nos merezca Marx como economista, debemos reconocer que fue un gran estudioso precursor de la historia de la disciplina, con un conocimiento relativamente más amplio y profundo que el de la mayoría de las otras figuras prominentes en la historia de la economía política”, T. W. Hutchinson, *Sobre revoluciones y progresos en el conocimiento económico*, FCE, México, 1985, p. 281.

La crítica de éste último no es un procedimiento exclusivamente externo de refutación sistemática, sino que implica necesariamente la reformulación, el reordenamiento y la organización novedosa de los contenidos internos del pensamiento económico y social marxista. De la misma manera, la recreación permanente de un enfoque alternativo e independiente no es una necesidad exclusivamente interna del pensamiento marxista, sino que requiere de la crítica del conjunto del pensamiento social —del diálogo con las corrientes que le son externas— para llevarse a cabo. El debate entre las distintas corrientes del pensamiento social no es entonces un simple procedimiento formal de confrontación entre vertientes interpretativas extrañas las unas a las otras: en éste sentido, no está por demás recalcar que la crítica de Marx al pensamiento social burgués suele ser también una crítica de la forma de debatir de dicho pensamiento, predominantemente especulativa e idealista, aunque no por ello rechazada en bloque ni desechada para el análisis detallado.

Más que la tarea siempre ambiciosa de “construir” un objeto de estudio abstracto y particular sobre la historia del pensamiento económico, la tarea primordial para el estudio de la misma consiste en recuperar su dimensión histórica de caducidad y novedad para poner de relieve sus particularidades actuales y las de la forma social capitalista. En este sentido, el marxismo es en efecto, como apunta Pierre Vilar, un historicismo casi absoluto.¹⁵ No se trata tanto de pensar en abstracto sobre el “estatuto epistemológico” que tiene la crítica del pensamiento económico dominante en el descubrimiento de los cambios operados en la realidad capitalista y viceversa: se trata más bien de abrir brecha y de profundizar en la reflexión en ambos sentidos. No se trata tanto de reducir a la esfera de la filosofía los problemas planteados por la forma del debate entre las distintas corrientes del pensamiento social (especulación, formalismo, etc.) como de destacar sus implicaciones prácticas... y de *transformar*, renovar las formas de la polémica.

Sobre la base de estas reflexiones preliminares, que pretenden destacar la importancia de las determinaciones históricas y sociales de la ciencia económica, es posible hacer algunos señalamientos adicionales sobre el neoliberalismo económico

¹⁵ Véase Pierre Vilar, *Marxismo e Historia*, op. cit.

previos al estudio detallado del mismo. Resulta particularmente erróneo circunscribir el estudio y la crítica del neoliberalismo económico al monetarismo y la esfera de la circulación dineraria por más importancia que tengan los aspectos monetarios y financieros de la actividad económica en el marco de la crisis, y por más importancia que la propia vertiente interpretativa abordada le otorgue a dicha esfera. Llama significativamente la atención, en el contexto de una ciencia económica que se ha ocupado tradicionalmente de la producción, la circulación, la distribución y el consumo de bienes y servicios —en los términos propios de la economía política burguesa clásica— la restricción creciente de los fenómenos económicos al ámbito de los aspectos monetarios y financieros, tanto por parte del pensamiento económico neoliberal como de muchos de sus críticos. El procedimiento de restricción se acompaña de un vacío creciente —o en todo caso de supuestos cada vez menos transparentes— en la reflexión sobre el lugar de “lo económico” en la totalidad social y, de paso, sobre el lugar de la ciencia económica en la red global del conocimiento social de la que forma parte. Pero el hecho de identificar el neoliberalismo económico con los paradigmas monetaristas y de vaciar los contenidos sociales del debate —de volver ajenas a la teoría económica las implicaciones sociales concretas de las formulaciones teóricas— forma parte sobre todo de la crítica del neoliberalismo económico desde los enfoques tradicionales del pensamiento burgués: el propio monetarismo, y la Escuela de Chicago que agrupa a sus representantes de mayor relevancia, se han encargado de subrayar la pertenencia de dicha corriente del pensamiento económico a un proyecto social (económico, pero también político) mucho más vasto, y, si la expresión es pertinente, “totalizante” (¿totalitario?). El procedimiento de aislar la esfera económica de la totalidad social y de omitir las interdependencias entre las dos dimensiones no es un atributo exclusivo del monetarismo, sino que reproduce las modalidades tradicionales de construcción de la “ciencia” y la crítica burguesas. Es un proceso similar al que sigue el pensamiento burgués al destacar la sobredeterminación aparente de la racionalidad tecnológica por encima de las determinaciones sociales hechas externas y subjetivas. Si el reduccionismo sobre “lo económico” forma parte de las múltiples apariencias de la polémica sobre el neoliberalismo, el papel de la crítica marxista creativa consiste entonces menos en recordar, por simple

oposición con los métodos de debates al interior del pensamiento burgués, la existencia de un proyecto global de sociedad implícito en las propuestas neoliberales, que en desentrañar los motivos reales del reduccionismo tanto en el terreno de las ideas económicas como en el desenvolvimiento de la forma social capitalista. En otras palabras, no se parte del neoliberalismo para criticar el neoliberalismo: la crítica marxista no puede responder a la separación tradicional del pensamiento burgués entre "economía" y "sociedad" (o entre "economía" y "política") recordando simplemente la importancia —y hasta la primacía ya identificada— de la totalidad social sobre los ámbitos particulares a través de los cuales se desarrolla. Más que reiterar la relevancia del proyecto social neoliberal, las dificultades teóricas consisten en desentrañar las relaciones entre la evolución del capitalismo y la forma en que se organiza el contenido interno del pensamiento económico neoliberal. Y desentrañar entonces los cambios ocurridos en la forma social capitalista que respaldan el predominio de las propuestas neoliberales como modalidad dominante del pensamiento económico burgués.

La crítica simultánea de la economía política burguesa y de la forma social capitalista debe tener por punto de partida y por finalidad última la construcción de un análisis propio e independiente de ambas dimensiones: si el ejercicio crítico parte de las falsas disyuntivas creadas por el pensamiento económico burgués, corre el riesgo de llegar únicamente al punto de partida y de convertirse en crítica especulativa. Es lo que suele ocurrir: constatar que la "esfera económica" forma parte de la totalidad social —*sin reconstituír las mediaciones*—, y que por lo tanto hay un proyecto de sociedad (Estado, democracia, etc.) "implícito" en las propuestas económicas...

Resulta relativamente sencillo inferir de la crisis actual y de sus manifestaciones más recientes el predominio del espíritu del rentista en el comportamiento económico de los actores sociales: todo parece confirmarlo, desde la obsesión del análisis económico por las dimensiones monetarias de la crisis hasta la preponderancia reciente de un estado de ánimo social estrechamente vinculado —por lo menos entre los estratos sociales dominantes— al juego bursátil. Pero la presencia obnubilante de la ficción económica que *parece* preceder al derrumbe generalizado de la actividad económica se encuentra precisamente el riesgo del análisis deductivo superficial. Por el mismo carác-

ter ficticio (no productivo) de las actividades ligadas al rentismo, y por la propia lógica irracional y efímera del beneficio fácil y la quiebra repentina, los fenómenos especulativos generan la impresión de ser pasajeros. Pero “mientras pasan” se convierten en permanentes —vale decir *estructurales*: el carácter paradójico de los fenómenos mencionados queda al descubierto en el hecho de que las políticas económicas destinadas a aplazar los estallidos “naturales” de la “ficción” contribuyen muchas veces, por el mismo camino, a recrear las circunstancias necesarias para el *crac*. Tanto las voluntades involucradas en la política económica —estrechamente vinculadas en distintas economías nacionales a los intereses especulativos— como el comportamiento de los estratos sociales dominantes están anclados en la percepción del rentismo como “deformación” pasajera y cíclica de la dinámica capitalista y del *homo economicus* que la rige. Huelga decir que la distancia que media entre esta percepción y el espíritu del rentista es mínima: en efecto, el especulador se debate constantemente entre la conciencia del carácter efímero de su actividad y la pretensión de volverla permanente y segura —pretende convertir lo instantáneo en eterno. Contra la percepción del *homo economicus* que permea por ejemplo las referencias de la *Teoría General* de Keynes sobre el “empresario” y el “rentista”, el riesgo —la incertidumbre— puede llegar a ser lo más seguro en el marco de la crisis. Los “instintos animales” (Keynes) del empresario se rigen más por la ganancia que por el espíritu de empresa. En todo caso, la “eutanasia del rentista” parece cada vez más distante, como lo subraya por ejemplo Hyman Minsky en su reciente *Las razones de Keynes*.¹⁶

La perspectiva marxista del fenómeno del rentismo parte de referentes distintos a la simple lógica del *homo economicus* capitalista “deformado” por la crisis cíclica del sistema. Como lo señalan reiteradamente Marx, Engels y Lenin, los gérmenes del rentismo —asociado con el parasitismo y la descomposición del sistema— se encuentran en los *atributos de las relaciones sociales de producción*: en particular, en la separación creciente del propietario privado de los medios de producción de las actividades productivas para convertirse en un mero “cortador de cupón”. La proliferación del rentismo es asociada

¹⁶ Véase Hyman Minsky, *Las razones de Keynes*, FCE, Textos de Economía, México, 1987, en particular el capítulo VIII sobre filosofía social y política económica.

con la fase *necesaria* de transición del capitalismo al socialismo, y prácticamente como condición *sine qua non* para el "salto mortal" de la propiedad privada a la propiedad social de los medios de producción. Pero el interés de la investigación no reside en recrear la argumentación clásica sino en evaluar su pertinencia en el marco de la crisis actual. Evaluar, pues, el lugar del rentismo en el grado de maduración actual de las relaciones sociales de producción y sugerir algunas aperturas para la reflexión sobre el *lugar histórico* de éstas últimas, y del neoliberalismo que, como veremos más adelante, las consolida.

Es en la *Economía Política del Rentismo*¹⁷ de Bujarin que la crítica marxista puede encontrar algunas de las grandes líneas para desarrollar la reflexión en el sentido sugerido. Basta en efecto con una lectura somera de la introducción y el primer capítulo (panoramas generales sobre el rentismo y su relación con la escuela marginalista austríaca) para percatarse de la actualidad de los planteamientos de Bujarin. "Actualidad" no es sinónimo de "validez absoluta" de los planteamientos del texto, que tienen por marco de referencia el debate marxista y la crítica de la escuela marginalista en los términos propios de su época. Como veremos más adelante (capítulo II), la actualidad de las propuestas teóricas formuladas por Bujarin deben inferirse en primer lugar del análisis del contexto en el que se producen, que es el del "viraje" histórico del capitalismo de la libre-competencia al capitalismo monopolista de Estado —"viraje" en el que se produce también (capítulo III) la matriz básica del pensamiento económico neoliberal. Habría que guardarse de insertar el debate teórico en el marco de las perspectivas de "derrumbe" creadas en aquella época en el seno de la crítica marxista, por más síntomas de callejones sin salida que puedan inferirse de los fenómenos rentistas descritos por Bujarin —y de la crisis actual. El horizonte apocalíptico del

¹⁷ Nicolai Bujarin, *La Economía Política del Rentista*, Siglo Veintiuno editores, Cuadernos de Pasado y Presente, Núm. 57, Buenos Aires, Argentina, 1974. El "ambiente" del debate de la época (el texto fue escrito en los años previos a la Primera Guerra Mundial) no es tan distinto del actual. Indica Bujarin: "Aun cuando los hechos confirman plenamente la justeza de las concepciones marxistas, estas sin embargo han visto disminuir sus créditos entre los teóricos oficiales..." Como si copiara a Bujarin, maxime Durand indica en la introducción de un texto de Barsoc al que nos referiremos *in extenso* en el capítulo V: "... puede parecer sorprendente que se hable de 'crisis del marxismo' en el momento mismo en que el capitalismo proporciona una ilustración perfecta de sus contradicciones..."

derrumbe debe ser sustituido por el de la *transición* para evitar que los estados de ánimo rijan la discusión teórica.

La caracterización precisa del rentismo como atributo de las relaciones sociales de producción capitalista es el objeto del segundo capítulo. Por lo pronto, interesa destacar aquí —superficialmente— la vinculación entre los fenómenos rentistas y la forma predominantemente especulativa del pensamiento económico contemporáneo y la “crítica crítica” del mismo. El procedimiento de analogía sustituye por lo pronto a la metodología precisa del análisis histórico (véase al respecto la introducción del capítulo II). Sin embargo, como se podrá apreciar al término del texto, la forma especulativa del pensamiento social de la crisis, que ve renacer las modalidades más variadas del idealismo, recibe sus determinaciones esenciales en los atributos objetivos de la totalidad social.

A propósito de Böhm-Bawerk y de la metodología de la escuela marginalista austríaca, Bujarin apunta que la “violencia del conflicto” entre dicha escuela y la crítica marxista surge del emparentamiento *formal* (equivalencia formal) entre ambas a pesar de sus contenidos radicalmente opuestos.¹⁸ Al tiempo que pretende la equivalencia formal —basada, al decir de Bujarin, en el uso de la abstracción científica para captar el movimiento de la totalidad social—, la crítica burguesa (en este caso Böhm-Bawerk) presenta ya la tendencia a la “jibarización” —valga la expresión— de la matriz teórica marxista, empezando por la descalificación *a priori* hasta culminar en la reducción de la *teoría de la explotación* —punto nodal de la crítica marxista por ser un atributo esencial de las relaciones sociales de producción— al terreno psicológico y de la disgregación moral. En el límite ambiguo de la deshonestidad polémica y la incapacidad para reconstituir las particularidades de la matriz teórica marxista, el texto de Böhm-Bawerk marca efectivamente un hito en la historia del pensamiento económico burgués. Hasta dónde es relevante la crítica burguesa de la teoría marxista de la explotación lo demuestra el “olvido” —incluso en el propio terreno de la crítica marxista— del concepto (y de su realidad concreta) en el contexto de una crisis que recrudece el fenómeno (véase el capítulo IV). Contra lo que

¹⁸ “La violencia del conflicto nace del hecho de que esta nueva tentativa de elaboración de una teoría abstracta se emparenta formalmente al marxismo —en tanto ambos aplican el método abstracto—, pero en realidad se sitúa, por su contenido, en el polo opuesto de éste”, Bujarin, *op. cit.*, p. 28.

sostiene por ejemplo Eric Roll en su *Historia de las doctrinas económicas*, la asimilación de Bujarin del rentismo con las formas especulativas del pensamiento económico y social es menos caprichosa de lo que puede parecer a primera vista.¹⁹

En un segundo orden de ideas, Bujarin asocia la pérdida de la relación social (de producción) como esencia del conocimiento —sobre la que volveremos más adelante— con la ubicación social del rentista que lo convierte en un ser a-social.²⁰ El carácter contemplativo del pensamiento social y la desaparición de la ideología del *trabajo productivo* característica de los orígenes de la burguesía —reivindicación del trabajo contra el “ocio” de la nobleza feudal—, rasgos sustanciales de la forma especulativa del pensamiento social contemporáneo, encuentran igualmente sus determinaciones últimas en el rentismo. Bujarin destaca igualmente la tendencia del rentista a la “filosofía” del *carpe diem* —cotidiana en la crisis actual.²¹ Y por último, apunta igualmente la tendencia a la sustitución de la razón histórica y científica por la disgresión moral y la sicología como rasgo constitutivo de la “filosofía” y la teoría económica de la burguesía condenada al rentismo.

¹⁹ Refiriéndose al texto de Bujarin, dice Roll: “Esta interpretación (del marginalismo como expresión del ‘rentismo’) no resiste la prueba del análisis serio: ante la complejidad enormemente mayor del trabajo teórico en los siete últimos decenios, debe ser considerada, por lo menos, como una tosca yuxtaposición de realidad y pensamiento económicos”, Eric Roll, *Historia de las doctrinas económicas*, FCE, México, 1982, pp. 363-364. (tercera reimpresión).

²⁰ Sobre la “psicología” del rentismo, indica Bujarin: “se asiste así a la desaparición no solo del interés por las empresas capitalistas, sino también de la preocupación por aquello que es simplemente ‘social’. La ideología de este grupo social es esencialmente individualista: este individualismo se expresa de la manera más clara en el plano estético: cualquier forma de abordar los problemas sociales aparece *eo ipso* ‘antiartística’, ‘grosera’, ‘tendenciosa’”, Bujarin, *op. cit.*, pp. 31-32.

²¹ “El rentista es incapaz de previsión; su filosofía se reduce a la fórmula: ‘aprovechemos este momento’, *carpe diem*; su campo visual se limita al presente; si ‘piensa’ el futuro, lo imagina como el presente; es incapaz de imaginar una época en que gente como él ya no tenga rentas; espantado, cierra los ojos ante tal perspectiva, hace como si la ignorara y se esfuerza por no ver en el presente los gérmenes del futuro; su pensamiento es esencialmente ahistórico”, Bujarin, *op. cit.*, p. 32.

CAPITULO II

EL VOCABULARIO HISTORICO DEL RENTISMO

(atributos de las relaciones sociales de producción)



El interés del pensamiento económico burgués por su propia historia ha decaído en los últimos años hasta ocupar un lugar secundario en la problematización de la crisis por la que atraviesa la ciencia económica. Resultaría, sin embargo, erróneo ver en el rechazo reiterado de las dimensiones históricas de la ciencia económica prevaleciente en la discusión actual un fenómeno absolutamente novedoso. Los propios historiadores han destacado el rol de primer orden que cumple dicho rechazo (bajo la forma del enfoque a-histórico elaborado teóricamente en el periodo que marca la entrada del capitalismo en su fase monopolista de Estado) en la consolidación de los cimientos de las ciencias sociales modernas —empezando por la historia misma.¹ Por lo demás, la forma del debate actual en el solar del pensamiento económico atestigua la permanencia de la dimensión histórica: la confrontación de— “neoliberales”, “neokeynesianos”, “neomarxistas”, “neoricardianos” y tantos otros “neos” contribuye a certificar la permanencia apuntada. La importancia de la localización precisa del *tiempo histórico* que encierra la crisis actual queda igualmente de relieve en el debate sobre la estructura de los ciclos económicos (ciclos

¹ “El hecho *histórico*, que sería verdadero o falso de una vez para siempre, y que se debe tener la ambición de establecer en su desnudez, en su objetividad absoluta. Este positivismo del siglo XIX cientifista sigue siendo muy profundo entre los historiadores. No tiene en cuenta ni los efectos de la observación humana sobre todo fenómeno real, ni las contradicciones inherentes a cada uno de ellos. En los países anglosajones, más abiertamente todavía que en Francia, este positivismo pragmático se expresa por la distinción radical, inculcada desde la escuela primaria, entre *facts* y *values*. Los unos existen por sí mismos, en lo absoluto, los otros se dejan a la libertad subjetiva de cada cual (porque se es liberal). Pero está prohibido, de hecho es inimaginable, analizar las relaciones entre los unos y los otros”, Jean Chesneaux, *¿Hacemos tabla rasa del pasado? a propósito de la historia y los historiadores*, México, Siglo Veintiuno editores, 1985 (séptima edición), pp. 71-72. A propósito del positivismo, indica Vilar “... para no hablar de una crítica al empirismo y al sentido común realizada en nombre del espíritu científico, pero que ha optado por fundarse en el psicoanálisis individual, sin volverse hacia la existencia de las clases, sus luchas y sus ilusiones... El estudio marxista de esas corrientes debería tentar a la vez al historiador y al filósofo, pues son testimonio de la reacción ideológica (existencial) de una clase amenazada. Todo ‘antihistoricismo’, toda ‘crítica de la razón histórica’ es el antídoto buscado contra la crítica histórica de la razón, verdadero descubrimiento de Marx”, Pierre Vilar, *Marxismo e historia*, op. cit. p. 28.

cortos y ciclos largos), en la analogía cotidiana con el *crac* de 1929 —que revela la persistencia soterrada de la memoria social— y en el debate sobre las “fases” de desarrollo del capitalismo inducido por el *risorgimiento* de las tesis del libre mercado bajo la égida del proyecto neoliberal. La pérdida de interés del pensamiento económico por su propia historia se produce paradójicamente en una matriz histórica —la de la crisis como periodo de transición— que obliga a la recuperación del sentido del tiempo histórico.

El lugar relativamente secundario que ocupa la historiografía del pensamiento económico en el desarrollo del análisis económico actual es precisamente el *producto* de su evolución reciente. Bajo los imperativos de la revolución tecnológica y de la división social capitalista del trabajo que tiende a la fragmentación y parcialización de los objetos de estudio de las ciencias sociales, el análisis económico burgués ha relegado el estudio histórico para convertirlo en un ámbito de reflexión externo, ajeno. El vacío derivado de la “expulsión” de la dimensión histórica del pensamiento económico pretende ser llenado por la formalización extrema del análisis económico (desarrollo acelerado del instrumental estadístico y matemático) para aproximarlos de la precisión de los modelos y pronósticos de las ciencias exactas. Paradójicamente, la externalización de la dimensión histórica —al igual que la esfera sociológica de las *clases sociales*— so pretexto de la depuración de la ciencia económica termina por constituirse en una de las barreras para su propio progreso y en una fuente de crisis.² La especialización —que cobra la forma del determinismo y la fatalidad difundida por la revolución tecnológica— se conjuga con un estado de ánimo de angustia y desencanto ante la imposibili-

² Indica Lukacs al respecto: “Es un hecho que la ciencia social burguesa no ha pasado de la especialización miope, pero las razones se hallan en una parte muy distinta. No están en la vastedad del saber humano sino en el modo de la evolución, en la orientación del desarrollo de las ciencias sociales contemporáneas, donde la decadencia de la ideología burguesa ha cambiado tanto que ya no pueden engranar unas con otras y que el estudio de una ya no requiere el conocimiento a fondo de las demás. La especialización miope se ha vuelto metodología de las ciencias de la sociedad... la nueva ciencia de la decadencia, la sociología (*sic*), se forma como ciencia porque los ideólogos burgueses quieren reconocer la regularidad y la historia del desarrollo burgués *separadas de la economía*. ... nace la sociología como ciencia propia, y cuanto más se ensancha su metodología especial, más formalista se vuelve y más va poniendo, en el lugar de la investigación de las relaciones verdaderas de la vida social, análisis formalistas y nuevas deducciones por analogía”, G. Lukacs, *Marx y el problema...*, op. cit., p. 33. Desde luego, la caracterización de Lukacs es abusiva.

dad para reconstituir las "fronteras externas" del análisis económico y la red de relaciones interdisciplinarias que lo unen con las ciencias sociales restantes —e incluso con las ciencias exactas.³ Las potencialidades abiertas por la especialización del análisis económico solo tienen parangón con el *atraso* considerable que exhibe a la hora de pensar su lugar en el conjunto del pensamiento social. La forma paradójica del progreso (movimiento) del análisis económico no le pertenece en exclusiva: el fenómeno tiene manifestaciones similares en todas las ciencias sociales —la historia incluida. Por cierto que las paradojas esbozadas son una *constante* histórica de la evolución del pensamiento económico: T. W. Hutchinson (*Sobre revoluciones y progresos en el conocimiento económico*)⁴ demuestra en un estudio detallado sobre la historia del pensamiento económico la relevancia del debate —especialización *versus* ampliación del horizonte social— en los momentos constitutivos de la "revolución smithiana", la "revolución jevoniana" y la "revolución keynesiana". La crítica marxista pone igualmente de relieve la importancia histórica del debate en los puntos de inflexión de la historia capitalista: la *Economía Política del Rentista* de Bujarin se inserta justamente en la doble conceptualización de las rupturas en la totalidad social capitalista (entrada en la fase monopolista de Estado) y en el pensamiento económico y social (constitución del marginalismo).⁵

En este contexto, la pérdida de interés del pensamiento económico por su historia se refiere más a la *carencia de un objeto de estudio definido* que a un estado de abandono de las "leccio-

³ A propósito del problema de las "fronteras externas" de la ciencia económica, véase la compilación de Sherman Roy Krupp, *La estructura de la ciencia económica*, Aguilar, Madrid, España, 1973. Ejemplo de reflexión del pensamiento económico burgués al respecto: "¿Qué puede aportar la economía a las ciencias colindantes? a la ingeniería, una actitud; a la historia, delimitaciones; a las humanidades, ráfagas de realidad (sic); al derecho, limitaciones; a las matemáticas, aplicaciones; a la ciencia física, una apreciación, a la ciencia política, una teoría; a la psicología, un reto; a la estadística, problemas". Ejercicio inverso (lo que aportan las "otras" a la economía: de la ingeniería, una advertencia; de la historia, una esperanza, de la psicología, contención; de las humanidades, inspiración". En "método" se llama de "trasvases". El autor, James A. Buchanan, "La economía y las ciencias colindantes", pp. 209-231 de la compilación de Krupp referida. Los textos restantes también son ilustrativos.

⁴ T. W. Hutchinson, *Sobre revoluciones y progresos*...

⁵ "La economía política es una ciencia social y se basa —sean o no conscientes sus efectos teóricos— en una determinada concepción de la naturaleza y de las leyes del desarrollo. Toda teoría económica, para decirlo de otra manera, descansa sobre ciertas características de carácter sociológico a partir de las cuales examina el aspecto económico de la sociedad vida social", Bujarin, *op. cit.*, p. 39.

nes morales” que la historiografía del análisis económico es susceptible de aportar. El estado actual del pensamiento económico burgués —“ciencia sin objeto”— evidencia un *impasse* para pensar el *lugar de la historiografía del pensamiento económico* en el desarrollo del mismo. Las paradojas globales de las ciencias sociales encuentran en la desarticulación de los componentes (objetos de estudio) parciales *internos* de la ciencia económica una de sus tantas modalidades de expresión. Por la fragmentación de los objetos de estudio parciales y la ausencia de una unidad que los integre otorgándoles unicidad, el análisis económico presenta *barreras para incorporar los progresos de otras ciencias sociales* —en este caso de la historia— y para aportar su propia cuota a dichos progresos. La carencia de definiciones precisas sobre las “fronteras externas” de la economía va de la mano con carencias sustanciales por lo que a la localización de las “fronteras internas” se refiere. Las particularidades de la historiografía del pensamiento económico burgués como objeto de estudio parcial quedan opacadas, de la misma manera en que queda opacado el carácter orgánico (la contradicción social) de la dimensión histórica —es decir, la historia como esfera de movimiento específico de la totalidad social. La fragmentación del objeto de estudio global se acompaña de la sustitución de la reflexión teóricamente cohesionada por la disgregación moral. Más que recrear las contradicciones generales del análisis económico bajo la forma social capitalista —los umbrales que un teórico burgués no puede pasar sin renegar de sí mismo, al decir de Pierre Vilar—,⁶ el enfoque histórico del pensamiento económico debe permitir desentrañar el *estado actual* de dichas paradojas: en otras palabras, explicar el predominio de la disgresión moral, el desencanto posmoderno y el imperio de la forma como *modalidades dominantes de cohesión del discurso histórico* de la burguesía. Más que recalcar el rechazo del pensamiento económico burgués por su propia historia —lo que mantendría a la crítica marxista en el terreno viciado de la forma especulativa— la

⁶ “Se puede y se debe reconocer y utilizar el genio de un espíritu, la lógica de un sistema, siempre que se vea claramente: 1) el campo lógico donde sus hipótesis son válidas 2) los umbrales que un teórico burgués no puede atravesar sin renegar de sí (Walras, Keynes y Schumpeter los advirtieron claramente); 3) los dominios prácticos donde se pone de manifiesto no la distancia entre el modelo y lo real (hecho de conocimiento), sino los verdaderos límites del campo de la teoría considerada; aquí, las modificaciones de las estructuras del capitalismo, problemas político sociales...” Pierre Vilar, *Marxismo e Historia*, op. cit., p. 33.

revalorización de la dimensión histórica (del lugar de la historia entre las ciencias sociales) pasa por la crítica de la historiografía burguesa del pensamiento económico y la crítica simultánea del periodo histórico que respalda el carácter a-histórico del pensamiento social contemporáneo.

Por lo que a la crítica marxista se refiere, el "recordatorio" de lugar decisivo que ocupan las relaciones sociales de producción en la conceptualización de la forma social capitalista y la crítica de las distintas interpretaciones de la misma suele provenir del historiador más que del economista muchas veces enfrascado en la "sobre determinación de lo económico" característica del pensamiento social dominante. Por oposición a las falsas disyuntivas generadas por la forma social capitalista, Pierre Vilar recuerda que el principal descubrimiento de Marx como historiador —y después de un enorme trabajo de investigación historiográfica previa— radica en la conceptualización de las relaciones sociales de producción como totalidad social (teórica) de base. Dicha conceptualización evita precisamente las falsas disyuntivas del desarrollo de la ciencia económica burguesa, sin que ello signifique negar su existencia real como producto del movimiento contradictorio de la totalidad social capitalista. El carácter a-histórico del pensamiento económico burgués radica más en la imposibilidad para visualizar las relaciones orgánicas que vinculan los objetos de estudio parciales con la unidad del objeto de estudio global (la totalidad social) que en el "olvido" de la Historia. La imposibilidad apuntada contribuye a *reproducir —con formas y contenidos cualitativamente distintos en función de las especificidades de cada periodo histórico—* las paradojas intrínsecas a los fundamentos básicos del pensamiento económico burgués. Cabe señalar que el no desentrañar las mutaciones cualitativas contribuye a recrear la forma especulativa de la crítica burguesa en la matriz teórica marxista. T. W. Hutchinson señala —con el asombro propio del análisis económico burgués ante las especificidades de la matriz teórica marxista— el vínculo orgánico entre la historia del pensamiento económico burgués y la historia de las relaciones sociales de producción capitalistas:

Marx parece haber creído que la historia de la teoría económica capitalista se desarrolla de manera paralela a la de la propia economía capitalista.⁷

⁷ T.W. Hutchinson, *op. cit.*, p. 282.

Por contraste con la vinculación orgánica del "trabajo conceptual" y el "trabajo de historiador" que revela la *Historia crítica de las teorías sobre la plusvalía*, las historias burguesas del pensamiento económico expresan en la diversidad de enfoques las contradicciones sintetizadas más arriba. Estas se reflejan en particular en la dualidad permanente entre la historia del pensamiento económico "por escuelas" —privilegiando las sucesiones generacionales posteriores a la aparición del "padre fundador" —y la historia de corte "temático". Desde la historia extremadamente menor de Oser y Blanchfield que revela que no es necesario acudir al marxismo para formular interrogantes primarios sobre el estudio de las doctrinas económicas, hasta la investigación impresionante de Schumpeter, pasando por el espíritu de anécdota social de un Helbroner y la búsqueda kuhniana de Hutchinson —para mencionar ejemplos que reflejan las disparidades—, la historiografía burguesa del pensamiento económico evidencia la crisis de una ciencia sin objeto. Para decirlo en los términos kuhnianos empleados por Hutchinson, la "falta de consenso" revela la crisis generalizada de la ciencia económica "como tal".⁸ Mientras la historia burguesa "temática" puede aproximarse más —con los riesgos de abstraer con frecuencia los contextos socio-históricos en los que se produce la teoría económica— del esfuerzo conceptual de la crítica marxista, la historia generacional "por escuelas" contribuye como pocas a reproducir —salvo que tenga intenciones pedagógicas— la forma especulativa del debate actual al multiplicar los calificativos (los "neos") diluyendo la confrontación teórica —las interrelaciones entre las "escuelas".

⁸ Hutchinson establece un conjunto de reglas generales para estudiar el movimiento (la historia) del pensamiento económico burgués. La generalidad de dichas "reglas" las hace hasta cierto punto vacuas, pero tienen el mérito de restablecer la idea de que las cosas se mueven también en el pensamiento. A propósito de las "revoluciones" en el pensamiento económico, indica Hutchinson: 1) Presumiblemente (*sic*), una "revolución" es un proceso de cambio relativamente fundamental o comprensivo y/o relativamente rápido, que afecta a una parte o la totalidad de la disciplina... 2) Es imposible toda precisión acerca de la *rapidez* de los procesos de cambio fundamental necesaria para describir tales procesos como revolucionarios. La idea de una "revolución prolongada" no parece ser contradictoria (*sic*)... 3) Las revoluciones tienen fases destructivas y constructivas; una de ellas puede ser relativamente rápida y la otra al revés (*sic*)... 4) Podría sostenerse que no ha habido *ningún* episodio o fase, en la historia del análisis económico y la economía política, que merezca la descripción de "revolución", T.W. Hutchinson, *Sobre revoluciones*... *op. cit.*, pp. 351-353. Las conclusiones teóricas son el resultado de una de las mejores investigaciones disponibles sobre la historia del pensamiento económico como objeto de estudio.

El tratamiento histórico de los fenómenos rentistas cuyos rasgos principales describe Bujarin es sin duda alguna delicado: la operación de emparentar la decadencia burguesa con la de la nobleza del *ancien régime* es tentadora, y Bujarin dista mucho de ser el único en establecer el paralelismo.⁹ Si la analogía permite destacar algunos rasgos comunes al ascenso y caída de las clases dominantes en distintos periodos históricos, oscurece en cambio significativamente la posibilidad de desentrañar las particularidades de la transición actual, convirtiéndose en un procedimiento a-histórico. Proceder por analogía no es por sí solo un procedimiento absurdo, y menos aún en el marco de una "sociedad burguesa (que) reproduce en forma propia todo aquello contra lo que luchó en la forma feudal o absolutista" (Marx), desde los privilegios y la ostentación del lujo hasta la corrupción, el fraude y la reproducción casi estamental de la estructura social. La analogía llama aún más la atención en el marco del auge neoliberal que, recuperando el discurso clásico de la burguesía dirigido contra el privilegio feudal, contribuye —como si hubiera terminado por convertirse en su contrario perfecto— a la consolidación conservadora y reaccionaria de los privilegios burgueses en la era del capitalismo monopolista de Estado. Aunque los fenómenos rentistas tienen efectivamente mucho de psicología de la nobleza decadente, la crítica de los mismos y de sus distintas interpretaciones no puede partir de las analogías de espíritu. La crítica de Eric Roll a la *Economía Política del Rentista* —"tosca yuxtaposición de la realidad y el pensamiento económicos"— es correcta en la medida en que, sobre la base de una caracterización excesivamente simple de la crítica marxista como *teoría objetiva* (del valor) y del marginalismo como *teoría subjetiva* (del valor), la *vinculación orgánica* entre ambas dimensiones (objetiva y subjetiva) en la argumentación de Bujarin queda sustituida por la simple superposición de las dos. La crítica de los atributos rentistas de las relaciones sociales de producción actuales *a través de* la historia del pensamiento económico burgués resulta difícil en la medida en que éste se construye —como veremos a propósito de Schumpeter y de sus críticos— sobre la base de la objetividad inanimada de lo "económico" y

⁹ Refiriéndose a los rentistas, dice Bujarin: "este estrato de la burguesía es absolutamente parasitario y presenta características psicológicas que la emparentan con la nobleza decadente de fines del *ancien régime* y con los exponentes máximos de la aristocracia financiera de la misma época", Bujarin, *op. cit.*, p. 30.

la subjetividad extrema (sin objeto) de la reflexión "social". Por lo pronto, cabe destacar que el procedimiento por analogía tiene sus límites —sobre todo si termina por ser una historia de las clases dominantes y no de las relaciones sociales de producción, lo que es radicalmente distinto—, de la misma manera en que la oposición objetivo/subjetivo de Bujarin presenta obstáculos para el análisis del rentismo.

Las semejanzas de los rasgos rentistas descritos por Bujarin con esbozos similares entre algunas corrientes del pensamiento económico burgués van lejos, al involucrar la decadencia del "espíritu" del *homo economicus* cuyo perfil fue dibujado por los portavoces de la burguesía clásica —Adam Smith en particular. Aunque la reflexión sobre la tendencia a la sustitución del "empresario pionero" (Schumpeter) y los "instintos animales" (Keynes) por el propietario acomodado y conservador está presente en prácticamente toda la historia reciente del pensamiento económico burgués, las formulaciones más acabadas de la problemática abordada pueden encontrarse en Thorstein Veblen y J.A. Schumpeter. El primero cobra actualidad —a pesar de que su obra data de 1899 (*Teoría de la Clase Ociosa*) por sus descripciones del comportamiento *social* de la clase ociosa, pero pierde relevancia por el rigor escaso de la argumentación económica: aunque autores como Robert Lekachman se han encargado de recoger y de mostrar la actualidad de Veblen,¹⁰ optamos aquí por dejarlo de lado para privilegiar a Schumpeter, cuyas tesis sintetizan el grueso de las contradicciones del pensamiento económico burgués contemporáneo al tiempo que permiten una aproximación crítica más precisa del rentismo como atributo estructural de las relaciones sociales de producción capitalistas. Como lo demuestran sus estudios sobre *Imperialismo y clases sociales*,¹¹ que echan mano justamente de la analogía como procedimiento de análisis histórico, Schumpeter conjuga una percepción nítida e inusual del *tiempo histórico* —percepción subrayada por sus propios críticos burgueses— con un enfoque a-histórico del devenir económico y social que lo aproxima más de la decadencia implícita en teorías cíclicas de la historia como la de Toynbee,

¹⁰ T. Veblen, *Teoría de la Clase Ociosa*, México, FCE, Serie Popular, 1974, (segunda reedición). Para una actualización de Veblen, véase R. Lekachman, *Jaque a los economistas*, Editorial, Cuatro Vientos, Santiago de Chile, 1988 (cap. 6).

¹¹ Joseph A. Schumpeter, *Imperialismo y clases sociales*, Madrid, Tecnos, 1986.

que de la crítica marxista con la que debate. En un estudio somero sobre el pensamiento económico moderno,¹² Vincenzo Vitello destaca las diferencias esenciales entre Schumpeter y Marx a propósito de la conceptualización de los ciclos económicos: mientras la explicación del ciclo está anclada en el primero en la sicología innovadora del empresario, en el segundo se encuentra *determinada* por la dinámica objetiva de la acumulación. Vitello rescata la dimensión subjetiva del análisis marxista decisiva para entender la complejidad de los fenómenos rentistas:

...el móvil del beneficio es el resorte de la acumulación en su esquema teórico (el de Marx); pero, mientras el proceso acumulativo es a su vez condición del mantenimiento y del aumento del beneficio, las leyes de la concurrencia operan a manera de imponer a los agentes del modo de producción, es decir, a los capitalistas empresarios, la necesidad de modificar y mejorar continuamente las técnicas productivas, so pena de su eliminación del mercado. En Marx, entonces, las innovaciones son una consecuencia "necesaria" del *proceso* de acumulación de capital. O sea: el proceso de desarrollo tecnológico acompaña el aumento de la "composición orgánica del capital". Con esto no se excluye del esquema de Marx el lado subjetivo del proceso, o sea la acción del empresario; simplemente ésta es colocada sobre una base real, que es la acumulación, como proceso determinado por el mismo mecanismo económico social.¹³

Como veremos más adelante, los atributos rentistas de las relaciones sociales de producción encuentran sus determinaciones últimas —"económicas", si se quiere— en las modificaciones de la dinámica de la acumulación derivadas del paso del capitalismo a su fase monopolista de Estado. No porque la esfera "económica" posea la cualidad de una sobredeterminación absoluta, sino porque ella misma expresa las contradicciones de la totalidad social cristalizadas en las relaciones sociales de producción. Cabe recordar, con Pierre Vilar, que en el marco conceptual de la crítica marxista *lo económico es sometido a crítica en el sentido de que revela una contracción social. Y la revela históricamente.*

¹² Vincenzo, Vitello, *El pensamiento económico moderno*, México, Grijalbo, Col. Teoría y Praxis, 1980.

¹³ Vitello, *op. cit.*, pp. 57-58.

La crítica burguesa de las tesis elaboradas por Schumpeter en *Capitalismo, socialismo y democracia*¹⁴ reproduce las falsas disyuntivas de la yuxtaposición inorgánica de lo "económico" con lo "social", inherentes a la argumentación del propio Schumpeter. Robert L. Heilbroner apunta por ejemplo que las "profecías" de Schumpeter sobre la decadencia del capitalismo y la necesidad del socialismo son por lo menos "curiosas" en la medida en que la muerte del "espíritu de iniciativa empresarial" no tiene nada que ver —a juicio de Heilbroner que sigue a Schumpeter— con *leyes económicas*:

¡Curiosísima tesis!, dice Heilbroner refiriéndose al argumento de Schumpeter sobre la muerte del capitalismo.

Es imposible demostrarla ni refutarla por una razón: *la de que no tiene nada que ver con las leyes económicas*. Ignoramos si existe o no leyes por las que se rige el desarrollo social o la evolución ideológica y, en todo caso, respecto a si la apreciación de Schumpeter sobre la vitalidad que le queda al sistema capitalista es o no exacta; serán sólo nuestros hijos o nuestros nietos quienes podrán enjuiciar sobre la verdad de tal diagnóstico.

Pero, verdaderas o equivocadas, las ideas de Schumpeter interesan por otra razón. He aquí el primero de los grandes economistas que, después de llevar su análisis económico del capitalismo hasta su última conclusión, se despreocupa de sus razonamientos económicos y profetiza la muerte del sistema por razones de índole no económica. Por vez primera un economista nos revela que el desarrollo económico por sí solo no determina el proceso de la Historia, mediante el cual se decidiría el destino del capitalismo. Si Schumpeter estaba efectivamente en lo cierto, entonces un capítulo entero de la historia económica se encontraba a punto de cerrarse.¹⁵

Las constataciones de Heilbroner a partir de las tesis schumpeterianas desembocan "fatalmente" —ante la incapacidad de la crítica burguesa para comprender el carácter orgánico de la totalidad social capitalista —en el *impasse* de las paradojas ya señaladas un poco más arriba. La seguridad de Schumpeter en el determinismo económico capitalista —el capitalismo caerá víctima de sus "éxitos" y no de sus "fracasos"— culmina, como se encarga de demostrar Heilbroner, en el cuestionamiento

¹⁴ Joseph A. Schumpeter, *Capitalismo, socialismo y democracia*, Harper and Row, N.Y., 1950 (trad. española de Ed. Orbis).

¹⁵ Robert L. Heilbroner, *Vida y doctrina de los grandes economistas*, Madrid, Aguilar, 1972, pp. 422-423.

radical del determinismo:¹⁶ contradicción particularmente aguda del capitalismo monopolista de Estado, la presencia "ciega" de las fuerzas del mercado coexiste con el ensanchamiento de la *posibilidad* de someterlas con la planificación al control de la política económica, provocando una "tragedia moral" permanente en el pensamiento económico burgués. En el mismo sentido contradictorio de Heilbroner —inducido de la argumentación de Schumpeter—, Emile James resume someramente en un extenso estudio sobre la historia del pensamiento económico en el siglo xx¹⁷ los motivos argüidos por el autor de *Capitalismo, socialismo y democracia*, para desechar la decadencia del capitalismo por causas "económicas" y desplazarlas al terreno "social", de las "instituciones". La síntesis de James recoge sin embargo un aspecto crucial de la argumentación de Schumpeter que Heilbroner deja en el olvido. El lugar clave de las relaciones sociales de producción y los atributos cada vez más rentistas de las clases dominantes puede entreverse en la reflexión de Schumpeter sobre el "crepúsculo" de las *funciones tradicionales del empresario*. James resume así los puntos nodales de la argumentación:

...se produce una "destrucción de las capas protectoras" del capitalismo, es decir, que la burguesía deja de dominar a las sociedades económicas: pierde poco a poco la fe en su misión, duda de su derecho, de la justicia de los móviles que determinan su acción. A veces, demasiado satisfecha, se debilita, pierde el espíritu de aventura, se preocupa más por defender sus últimos privilegios que por conquistar nuevos dominios. Se contenta con defenderse,

¹⁶ "...una vez puesto en marcha el proceso de intervenir en el funcionamiento del mercado, aquel ya no se detenía. La consecuencia natural del forcejeo social se veía detenida, canalizada, estimulada y represada en cada recodo; y una de las razones, por ejemplo, de que las profecías inexorables de Marx no llegaran a cumplirse del todo (*sic*) fue que nosotros intervenimos en el juego cuantas veces pareció que este llegaba a un jaque mate decisivo. Refrenamos los monopolios, estimulamos los sindicatos obreros, reglamentamos la competencia, actuamos sobre el ciclo económico, llevamos a cabo miles de cosas para conseguir que el juego económico rindiese los resultados que nosotros deseábamos y no los que del mismo se habrían derivado en forma natural... No es que hayan muerto los móviles económicos, ni muchísimo menos. A pesar de nuestras tendencias oligopolíticas, si el principio de 'comprar barato y vender caro' no siguiera rigiendo nuestra economía, por lo demás carente de dirección, entonces tendríamos que afrontar mañana mismo el colapso del mercado... por esta razón la sociedad continúa desarrollando tendencias puramente económicas... Pero la sociedad ya no obedece *únicamente* a su impulso económico", Robert L. Heilbroner, *op.cit.*, pp. 425-426.

¹⁷ Emile James, *Historia del pensamiento económico en el siglo xx*, FCE, México, 1986 (segunda reimpresión).

y lo hace mal: está "políticamente desarmada e incapaz, no solo de dirigir a la nación, sino de defender sus propios intereses de clase". Esta decadencia de la burguesía es obra del capitalismo mismo, bien porque ha eliminado demasiadas empresas autónomas bien, por el contrario, porque ha transformado a la burguesía en clase satisfecha, incapaz de renovación. De todas maneras, ha roto "los sostenes que le impedían desplomarse".

"El proceso capitalista ataca, dentro de las grandes empresas, a su propio marco institucional", es decir, hace desaparecer poco a poco la propiedad y la libertad contractual. En una sociedad anónima, 'la silueta del propietario y, con ella, el ojo del amo ha desaparecido del cuadro'. No hay ya más que directores asalariados y accionistas; los primeros tienen el estado de ánimo de empleados; los segundos se consideran a menudo burlados y solo tienen una actitud de hostilidad hacia la sociedad de la que son miembros: nadie tiene ya una actitud de propietario. Así, 'desmaterializada la propiedad, desfuncionalizada y absentista, no provoca y no impone ya, como la de antes, una fidelidad moral. Finalmente, no quedará *nadie* que se preocupe realmente de defenderla, nadie dentro ni fuera de los recintos de las sociedades gigantes".¹⁸

En el marco de las paradojas características del pensamiento económico burgués, Schumpeter se representa como un "movimiento del espíritu" el movimiento real de las relaciones sociales de producción que elaboran la separación del propietario de los medios productivos de la actividad creativa para convertirlo en propietario absentista y, por ende, rentista. La cercanía con la crítica marxista se deriva más de ésta "falsa representación" del movimiento real de las relaciones sociales de producción, que de las "profecías" y los sofismas sobre la inevitabilidad del "derrumbe". Curiosamente, las lecturas llevadas a cabo por la crítica burguesa de la historia del pensamiento económico son mucho más "apocalípticas" —el pesimismo de Heilbroner es un buen ejemplo de ello— que la argumentación de Schumpeter preocupada por rastrear las múltiples formas de transición —de una actualidad extrema (socialismo y democracia). Las contradicciones intrínsecas a la argumentación de Schumpeter —que cristalizan *todas* las contradicciones del pensamiento económico burgués— son a tal punto significativas que la búsqueda de las causas del ocaso capitalista en la dimensión "social" (del "espíritu" y las "instituciones") se convierte en una crítica de primer orden contra su

¹⁸Emile, James, *op. cit.*, pp. 518-519.

propio determinismo —y contra el “economicismo” del pensamiento social burgués (y no sólo de él).

Por lo que toca a la crítica marxista, el rentismo se convierte en un componente permanente de la reflexión sobre la dinámica capitalista en la fase monopolista de Estado. Marx y Engels asocian el fenómeno con el papel cada vez más importante del *crédito* en la producción capitalista, la aceleración del proceso de reproducción derivado del mismo, la formación de sociedades por acciones y la expansión descomunal de la escala de producción y empresas que resultarían imposibles para capitales individuales. Pero lo más importante es el cambio que la expansión crediticia provoca en la estructura de las relaciones de producción (cambios generados por la *forma económica* en la *contradicción social*):

Transformación del capitalista realmente activo en un mero director, administrador de capital ajeno, y de los propietarios del capital en meros propietarios, en capitalistas dinerarios. Incluso si los dividendos que obtienen engloban el interés y la ganancia empresarial, es decir, la ganancia total (pues la retribución del director es, o debe ser, mero salario de cierto tipo de trabajo calificado, cuyo precio se regula en el mercado laboral, al igual que el de cualquier otro trabajo), esa ganancia total sólo se percibe en la forma del interés, es decir como mera recompensa por la propiedad del capital, que entonces se separa por completo de la función en el proceso real de reproducción, así como esa función se separa, en la persona del director, de la propiedad del capital. Así, la ganancia (y ya no solo una parte de la misma, el interés, que obtiene su justificación a partir de la ganancia del prestamista) se presenta como mera apropiación de plustrabajo ajeno, resultante de la transformación de los medios de producción en capital, es decir de la enajenación de éstos con respecto al productor real, de su oposición, en cuanto propiedad ajena, a todos los individuos realmente activos en la producción, desde el director hasta el último jornalero. En las sociedades por acciones, la función está separada de la propiedad del capital, y en consecuencia también el trabajo está totalmente separado de la propiedad de los medios de producción y del plustrabajo. Este resultado del desarrollo supremo de la producción capitalista es un punto de transición necesario para la reconversión del capital en propiedad de los productores, pero ya no como propiedad privada de productores aislados, sino como propiedad de ellos en cuanto asociados, como propiedad directa de la sociedad. Por otra parte, es un punto de transición para la transformación de todas las funciones que en el proceso de reproducción han estado vinculadas hasta el presente

con la propiedad del capital, en meras funciones de los productores asociados, en funciones sociales.¹⁹

Las modificaciones históricas en los atributos de las relaciones sociales de producción otorgan *contenidos nuevos* a la dinámica de la acumulación y la formación y distribución de la ganancia capitalista. El señalamiento es importante en la medida en que evita hacer de la acumulación de capital y la ganancia *leit motivus* "sobredeterminantes" de la dinámica capitalista: la acumulación, producción, circulación distribución y consumo, la reproducción del capital y la ganancia —es decir, *lo específicamente económico*— no conforman una supraracionalidad teleológica más que en la cabeza del empresario capitalista —para decirlo en los términos empleados por Marx en *El Capital*. Las esferas mencionadas representan la *forma de expresión* ep lo "económico" del movimiento global de las relaciones sociales de producción. Los distintos eslabones de la actividad económica se modifican —evolucionan *históricamente*— por las mutaciones de las relaciones sociales de producción, que son su contenido y que contribuyen simultáneamente a modificar. Los eslabones sucesivos de la actividad económica y del ciclo del capital *no constituyen una dinámica autorregulada y sobredeterminante*.

Al describir el funcionamiento de la estructura *interna* de la corporación gigante, Baran y Sweezy²⁰ critican las tesis de Schumpeter sobre la transformación del espíritu de innovación del empresario en espíritu de propietario absentista. La crítica es ambigua al abordar la figura individual del empresario y de la empresa capitalistas. Baran recuerda la crítica de Marx al "espíritu capitalista" y señala:

La sustitución del capitalista individual por la empresa capitalista constituye una institucionalización de la función capitalista. El corazón y el meollo de la función capitalista es la acumulación: la acumulación es siempre el móvil primario del sistema, y el sitio de sus conflictos, la fuente de sus triunfos y sus derrotas...²¹

¹⁹ Marx-Engels, *El Capital*, México, Siglo Veintiuno editores, t. III, p. 563.

²⁰ P. Baran y P. Sweezy, *El capital monopolista*, México, Siglo Veintiuno editores, 1986 (19a edición).

²¹ Baran y Sweezy, *op. cit.*, p. 40.

Al tiempo que toda la obra de Baran y Sweezy contribuye a destacar las modificaciones provocadas por las transformaciones de las relaciones sociales de producción en la dinámica de la acumulación de capital —en particular las tendencias al estancamiento y la irracionalidad del sistema—, los principios metodológicos de análisis de la corporación gigante contradicen los propios lineamientos de argumentación de Baran y Sweezy. Contra lo que sugiere el texto, la aparición de la corporación gigante no modifica únicamente la *forma* de la acumulación capitalista (y por ende de las funciones sociales capitalistas), sino también sus *contenidos*. La corporación gigante se constituye en la célula económica no por ser tal, sino por ser una forma de cristalización clave de los cambios operados en las relaciones sociales de producción bajo la égida del capitalismo monopolista de Estado. Las mutaciones del “espíritu capitalista” —que tiende a “apoltronarse”, según Lenin— expresan el movimiento real del sistema capitalista con las particularidades propias del movimiento de las ideas sociales. El error de Schumpeter consiste simplemente en deducir la tendencia al estancamiento y el conservadurismo del sistema a partir de la inercia del espíritu. Pero por contraposición, el acierto radica en la *percepción histórica* de la dinámica del “espíritu” (de la conciencia social capitalista). Lo que ocurre por ejemplo con Baran y Sweezy —y con frecuencia en el conjunto de la crítica marxista— es el procedimiento inverso: el acierto de la descripción de la corporación gigante consiste en desentrañar los cambios operados en el movimiento real de las relaciones sociales de producción, pero resulta erróneo opacar las mutaciones históricas en el contenido de la conciencia social —reducida por Baran y Sweezy a una forma sin contenido. El error metodológico de los autores citados se basa en la tendencia a descartar de un plumazo las particularidades del pensamiento económico burgués sin ver lo que éstas pueden aportar a la reorganización de contenidos en el solar de la crítica marxista:

El hombre de empresa está dedicado al progreso de ésta. Sin embargo, ello no significa que sea más ni menos altruista *homo economicus*, más ni menos egoísta, más ni menos altruista que el magnate o que el competidor propietario individual anteriores a él. Todas estas nociones son en el mejor de los casos inaplicables y, en el peor, engañosas. El problema no es de ‘psicología’ de ninguna clase, sino de efecto selectivos y formativos sobre el personal que

las hace funcionar. Esto puede parecer demasiado elemental como para que merezca mencionarse, pero desgraciadamente no es posible dar por sentado tal grado de claridad entre los economistas. La teoría económica todavía está imbuída de la tradición 'psicologizante' el utilitarismo del siglo XIX, y es necesario recordar continuamente a los economistas que ésta tradición conduce únicamente a la confusión y el oscurantismo.²²

No es solo la tradición "psicologizante" de la teoría económica arraigada en el utilitarismo del siglo XIX (Bentham) la que conduce al oscurantismo y la confusión, sino también, bajo muchas formas, la dinámica objetiva de las relaciones sociales de producción capitalistas. Crítica del espíritu *desvinculada* de la crítica de la totalidad social: sin el entrelazamiento orgánico de las dos dimensiones, la crítica marxista de Baran y Sweezy levanta sus propias barreras en ambas. La descripción del funcionamiento de las relaciones sociales de producción cristalizadas en la corporación gigante deja entrever el mito americano construido por lo demás en una concepción a-histórica de su propia psicología —convertida en la representación universal del Capitalismo.

La forma en que los atributos rentistas de las relaciones sociales de producción capitalistas modifican los contenidos de la acumulación de capital y de los distintos eslabones de la actividad económica (producción, circulación, distribución y consumo) no es el objeto de estudio de la presente investigación. Por lo pronto, se trata simplemente de recordar el sustrato objetivo de los fenómenos rentistas. Como se puede inferir de la argumentación propuesta, el vocabulario histórico del rentismo implica asociarlo con la tendencia al *estancamiento* del sistema y con el *conservadurismo* del mismo en los distintos niveles de la vida social.

Cabe señalar con un énfasis particular que el rentismo sea un atributo de las relaciones sociales de producción capitalistas en la fase monopolista de Estado no implica mecánicamente que se convierta en el atributo *predominante* en los distintos periodos específicos por los que atraviesa el capitalismo en la fase mencionada. Los señalamientos hechos aquí no pueden ser *absolutizados* —como hace de alguna manera Schumpeter y como hace también, forzando la caracterización del marginalismo, Bujarin. El error de éste último —siguiendo la crítica

²² Baran y Sweezy, *op. cit.*, p. 35.

deformada de Roll— consiste justamente en afirmar el *predominio* de los rasgos rentistas en el seno de la interpretación teórica marginalista de la actividad económica mientras que dichos rasgos son solo, por ahora, *uno* de los atributos de las relaciones sociales de producción. El rentismo es, en primer lugar, una *tendencia*, como se deriva por ejemplo de la argumentación de Lenin en *El Imperialismo, fase superior del capitalismo*. Es un rasgo *estructural* de la dinámica capitalista que no aparece sin embargo con toda nitidez en cada uno de los periodos históricos específicos por los que atraviesa el sistema. No es en todo caso una “deformación pasajera” propia del “ciclo de los negocios” (Veblen).

Cabe apuntar igualmente que los fenómenos rentistas no anulan, por más semejanzas que tengan con la aristocracia feudal en sus manifestaciones fenoménicas, la especificidad *capitalista* de la actividad económica. Por el contrario, son a la vez el producto y la causa de las particularidades contradictorias del movimiento del capital —de la evolución concreta (antagónica) de la propiedad privada de los medios de producción y las funciones sociales del capital. Las analogías con la decadencia de la nobleza feudal —a las que recurre por ejemplo Lenin para destacar la *aristocratización* de estratos sociales enteros— son solamente eso, analogías, y no se sustituyen en ningún caso al análisis histórico-concreto.

CAPITULO III

EL VOCABULARIO HISTORICO DEL NEOLIBERALISMO

(Atributos de las relaciones sociales de producción)

Antes de abordar el vocabulario histórico del neoliberalismo —los significados y contextos del proyecto económico neoliberal— es necesaria una digresión teórica mínima con el objeto de evitar que la discusión gire en torno a falsas disyuntivas. El neoliberalismo remplacea el análisis de la *relación social* (de producción) por un sistema de objetos-sujetos que polariza el debate creando la apariencia de posturas encontradas donde no las hay y diluyéndolas donde sí las hay. El procedimiento no es exclusivo del neoliberalismo —es común al conjunto del pensamiento económico burgués—, pero encuentra en él una de sus formas más acabadas, es decir, la cohesión ideológica de la que carecen por lo general las corrientes restantes del análisis económico burgués. Como ya señalamos anteriormente, antes del debate teórico siempre es pertinente la *crítica de la forma histórica del mismo* que nunca es ni inmutable ni azarosa.

Con el neoliberalismo a la cabeza, el pensamiento económico y social contemporáneo —incluidos los teóricos de la posmodernidad centran el debate sobre un sistema de oposiciones entre Estado-colectivismo-igualitarismo-totalitarismo e individuo-mercado-libertad-democracia. En el límite ambiguo de la deshonestidad polémica y la ignorancia de las particularidades de la matriz teórica marxista, *más* la generalización especulativa y a-histórica de determinadas experiencias concretas, el marxismo (“socialismo”) es asociado con la primera alternativa y el capitalismo con la segunda. No hay *mediación* real entre las dos cosmovisiones (utopías), como indica Atilio Borón al resumir las tesis de Milton Friedman:

La concepción del orden social que subyace a los análisis de los Friedman se reduce entonces a lo siguiente: en toda formación social es posible hallar dos núcleos fundamentales y opuestos que expresan otras tantas modalidades de organización del proceso productivo. Una de éstas, el mercado, se basa en la cooperación voluntaria de los individuos, y se trata por lo tanto de una modalidad ‘prepolítica’ plenamente compatible con el ideal liberal del gobierno mínimo; la otra se construye sobre bases coercitivas e imperativas y supone el fortalecimiento de un aparato especializa-

do, encargado de dirigir y planificar las actividades económicas, es decir, el Estado.

Ahora bien, según las tesis friedmanianas, el mercado y el Estado son principios de organización social antagónicos e irreconciliables: el primero no sólo es importante en términos de desempeño económico sino que es a su vez el núcleo fundamental que preserva la libertad, tanto económica como política y social. El segundo, por el contrario, es el depositario, al menos tendencialmente, de la coerción y el autoritarismo: es la cuna de la opresión, tanto como el mercado lo es de la libertad. La lucha por la libertad, en consecuencia, es aquella por la cual el mercado logra supeditar al Estado...¹

Es imprescindible enfatizar en este contexto lo siguiente: nada más ajeno a la crítica marxista que el hecho de hallarse en el extremo opuesto (Estado-colectivismo) de las propuestas neoliberales (mercado-individuo). Hay que distinguir en primer lugar la crítica marxista del *capitalismo* del análisis marxista del *mercado* (pequeña producción mercantil simple). Marx demuestra a lo largo de toda su obra las diferencias analíticas e históricas entre las dos dimensiones. De la misma manera, no es propio de la crítica marxista absolutizar el papel de los monopolios y el Estado en el capitalismo contemporáneo. Tanto Marx y Engels como Lenin recuerdan paso a paso que el monopolio y la "estatización" expresan únicamente una *tendencia* predominante de la dinámica capitalista en su fase superior —capitalismo monopolista de Estado. Como toda tendencia, la "monopolización" *encuentra su razón de ser en sus propias tendencias contrarrestantes*. La tendencia al monopolio exige por lo tanto la recreación constante de sus propias circunstancias, es decir, de la libre competencia, aunque en forma *subordinada*. Para que se pueda plantear el problema del monopolio es necesario que exista la libre competencia y la pequeña y mediana producción. Aunque *tienda a* sustituirse, el monopolio no anula la libre competencia, sino que por el contrario la reproduce como condición de su propia existencia. Hasta críticos furibundos del marxismo como Ludwig Von Mises —una de las fuentes predilectas del neoliberalismo— comprende lo señalado anteriormente. Por más que carezca de rigor teórico, el párrafo siguiente ilustra lo apuntado y sirve de

¹ Atilio Borón, "Mercado, Estado y Democracia: reflexiones en torno a una propuesta paleoliberal", en Rosario Green, comp., *Los mitos de Milton Friedman*, Nueva Imagen Ceesem, México, 1983.

paso subrayar una vez más la diferencia entre la *aristocratización feudal* y la *aristocratización burguesa*:

Los vocablos que las gentes comúnmente emplean, muchas veces, por razones semánticas, inducen a confusión. En este sentido, al hablar, por ejemplo, de los modernos capitanes de industria, de los grandes empresarios, suele calificárseles de *reyes* (del *automóvil*, del *algodón*, del *chocolate*, etc.). Tal terminología engaña a las masas, las cuales, al final, llegan a pensar que no existe diferencia práctica alguna entre el poderoso industrial de nuestros días y los monarcas, duques y señores feudales de otrora. La disparidad entre uno y otro supuesto, sin embargo, resulta abismal, pues el *rey del chocolate* no gobierna, sino que *sirve*, a sus semejantes. En modo alguno reina sobre un terreno conquistado, viviendo caprichosamente, ajeno al mercado y a los deseos de los consumidores. La pervivencia de ese su *reino* —como la del *rey del acero*, la del *rey del automóvil* o cualquiera otro del mundo industrial— depende de la eficiencia de las correspondientes instalaciones fabriles y, en definitiva, del favor de la clientela. El *rey* ha de procurar tener siempre contentos a sus *súbditos*, es decir, a los soberanos consumidores, pues será derrocado sin misericordia en cuanto no les ofrezca servicios mejores y/o más baratos que aquellos que los demás *reyes* —con quienes invariablemente ha de competir— brindan al mercado.²

La digresión anterior es clave para entender uno de los contenidos históricos del proyecto neoliberal. Los textos clásicos del neoliberalismo económico están enfilados contra el monopolio y el Estado, mientras reivindican simultáneamente al *pequeño productor*. Atilio Borón ha demostrado fehacientemente, en un estudio sobre mercado, Estado y democracia, que el marco conceptual del neoliberalismo (las tesis sobre el *mercado*) representan simple y llanamente una caracterización de la economía mercantil simple:

La premisa del argumento de Friedman es un modelo de economía mercantil simple, basada en productores directos, quienes, debido a que tienen el control de sus medios de producción, son libres de decidir si producen para el intercambio o para su propio consumo. El incentivo para lo primero está dado por el mayor producto social generado por la división social del trabajo, lo cual significa que a través de la transacción mercantil el productor podrá consumir una cantidad mayor de bienes que si optase por proveer su

² Ludwig Von Mises, *Seis lecciones sobre el capitalismo*, Emiprés, México, 1985, p. 11.

sustento a espaldas del mercado. Dada la existencia de estas dos alternativas, Friedman concluye que la "cooperación es alcanzada sin coerción", por lo tanto, si se realiza el intercambio es porque ambas partes se ven beneficiadas. Como en este modelo los agentes maximizan sus ventajas, si se comprometen en una transacción es porque ambos ganan, puesto que nadie los obliga a acudir al mercado para trocar sus productos. La cooperación es estrictamente voluntaria, y la ausencia de mecanismos coercitivos consagra el triunfo irrestricto de la libertad personal.³

Si se quiere probar la "funcionalidad" del marco conceptual del neoliberalismo económico para el análisis del capitalismo realmente existente —como sugiere el principio metodológico erróneo de Borón—,⁴ se llegará a la obvia conclusión —no es necesario todo un rodeo teórico— del carácter a-histórico de dicho marco, que omite las particularidades del capitalismo monopolista de Estado. El paso siguiente del ejercicio de "funcionalidad" consiste en decretar la invalidez histórica del neoliberalismo económico, para terminar constatando con asom-

³ Atilio Borón, *op. cit.*, p. 66. Agrega Borón más adelante: "La inconsistencia lógica del argumento friedmaniano, es decir el planteo de la cuestión de la libertad *después* que el productor está incorporado al mercado y no *antes*, le permite llegar a un resultado congruente con sus prejuicios, pero insostenible científicamente... lo que caracteriza Friedman como las 'dos' novedades del capitalismo, la empresa y el dinero, no son sino expresiones fenoménicas que remiten a un hecho mucho más profundo y que no puede ser desconocido por ese autor; la violenta separación del productor directo de sus medios de producción, o sea, la expropiación de los productores, a quienes deja apenas provistos de su fuerza de trabajo, que *deben necesariamente vender al mercado* independientemente de su voluntad... El origen histórico de mercado demuestra... que el sometimiento de los productores independientes al mercado fue un proceso de una crueldad pocas veces vista, una imposición violenta y respaldada por la fuerza estatal, y no el resultado de una parsimoniosa reflexión de unos cuantos Robinson Crusoes que, con el propósito de optimizar paretianamente sus beneficios, decidieron integrarse al mercado" (pp. 68-69). Para un ejemplo de lo a-histórico y vacío de las definiciones básicas del mercado por parte de los neoliberales, es un buen ejemplo H.B. Acton: "(el mercado) presupone la división del trabajo y, normalmente, el uso del dinero... se presupone que cuantos intervienen en las transacciones que implica el sistema tratan de actuar de la manera más convincente posible tanto para ellos mismos como para su familia... En general, solo la pereza, el descuido o la ligereza harán que alguien pague precios demasiados altos o venda a precios demasiados bajos... se espera que todos sean honestos, y si alguno no lo es, tendrá que enfrentarse con la posibilidad de perder su negocio. Si no la fuerza de sus principios morales, por lo menos ese temor le inducirá a comportarse correctamente", H.B. Acton, *La moral del mercado*, Unión Editorial S.A., Madrid, España, 1978, pp. 19-20.

⁴ "Vamos a examinar, en relación con la concepción friedmaniana del mercado, dos aspectos fundamentales: en primer lugar, la consistencia lógica del modelo teórico construido por Friedman; en segundo lugar, su relevancia para el estudio del capitalismo contemporáneo, es decir, su congruencia empírica en relación al funcionamiento real de las economías capitalistas de nuestro tiempo", Borón, *op. cit.*, p. 66.

bro su viabilidad (puesta en marcha) en distintas latitudes. El éxito de los proyectos económicos neoliberales no arraiga en el movimiento real del sistema capitalista —puesto que este “contradice”, al decir de la crítica, el marco conceptual del neoliberalismo), sino en el hecho de que los actores sociales dominantes están poseídos por la “filosofía económica” de la libre empresa.

No está por demás indicar que el capitalismo realmente existente (con el predominio del monopolio) no solo *no* es omitido por el marco conceptual del neoliberalismo, sino que dicho marco está dirigido *contra* la forma actual de existencia del capitalismo. Lo fundamental es la *crítica de la relación social* que el marco conceptual referido establece entre mercado y monopolio, entre mercado y Estado, y entre pequeño productor y gran empresa, y no la crítica de la filosofía del mercado *per se*. Dicho de otro modo, la crítica del neoliberalismo no puede partir de lo que éste *dice*, (de sí mismo), sino de lo que *representa*.

En un primer orden de ideas, debe señalarse que la contradicción que encierra el marco conceptual del neoliberalismo económico entre la “filosofía del pequeño productor” y su “crítica del monopolio” expresa una *contradicción real* de la dinámica capitalista, exactamente de la misma manera en que la contradicción entre el “criterio del bienestar social” y el “criterio del beneficio” expresa también un antagonismo del movimiento económico real. No está por demás subrayar, a propósito de la primera contradicción, la extraordinaria actualidad de la *Contribución a la caracterización del romanticismo económico* de Lenin:⁵ nunca la “hipermonopolización” de la actividad económica había coexistido con el renacimiento de las perspectivas idílicas sobre el pequeño y mediano productor (“lo pequeño es grande”, al decir de un texto de Schumacher en boga), como en la crisis actual. Precaución teórica obligada: “idílico” no es un epíteto que apunte a condenar al pequeño productor a la desaparición, sino que destaca el hecho de que éste queda “condenado” bajo la forma social capitalista a *reaparecer* constantemente en el escenario económico para *desaparecer*, subordinado al monopolio. De la argumentación friedmaniana y de la del conjunto del neoliberalismo económico se desprende

⁵ Lenin, *Contribución a la caracterización del romanticismo económico*, Progreso, Moscú, 1975.

mucho menos una crítica del monopolio realmente existente —el único monopolio definitivamente imperdonable es el de los sindicatos (véase el capítulo IV)— que la justificación teórica de la *preservación* del pequeño productor. Contradicción del pensamiento económico burgués, pero también de la totalidad social capitalista: en su defensa el mercado, la libre competencia y el pequeño productor —contra los que atenta el monopolio—, las teorías y prácticas del neoliberalismo económico terminan reforzando el privilegio monopolístico y los estratos sociales ligados al mismo, como lo demuestra por ejemplo Galbraith —entre otros muchos— en una crítica acérrima a Friedman.⁶ Por su parte, Paul Baran ha destacado en la *Economía Política del Crecimiento* la *funcionalidad* —aquí sí de la “filosofía romántica del pequeño productor” para los procesos de monopolización:

La crisis (de los años treinta, MCP) era tan seria, era tan profunda la bancarrota de las nociones de automatismo y de no intervención estatal, que aun las empresas monopolistas tuvieron que reajustar su filosofía pública. Obviamente, esto no ocurrió de la noche a la mañana y aun hoy, una parte considerable de la comunidad de las grandes empresas parece no haber sido afectada por el terremoto de la década de los treinta. Sin embargo, en sus principales sectores, la opinión de éstas trasladó rápidamente a sus nuevas posiciones ideológicas. Este cambio se facilitó por el hecho notable de que casi no implicó una modificación ideológica real.

“Las primitivas empresas monopolistas no exaltaron el automatismo y a la neutralidad estatal porque creyesen firmemente en ellos, sino porque al ser aceptados y apoyados, tanto por la clase capitalista en su conjunto como por la mayoría del resto de la población, les proporcionaban una pantalla muy adecuada para la penetración de las grandes corporaciones en el gobierno. En la década de los treinta esta filosofía había perdido ya su utilidad... Lo que puede parecer sorprendente no es el júbilo con que los dirigentes más perspicaces de las grandes empresas otorgaron su lealtad al nuevo curso, sino más bien la lentitud relativa con la que muchos otros adoptaron las nuevas posiciones. Sin embargo, la razón de esto es bastante sencilla. Además del ‘rezago cultural’ que inevitablemente surge cuando una concepción consagrada tiene que ceder terreno ante la realidad cambiante del proceso histórico, existía una importante justificación objetiva que muchos de los

⁶ John Kenneth Galbraith, “La década de 1980: el futuro como extrapolación del presente”, en *Friedman contra Galbraith*, Unión Editorial, S.A. Instituto de Economía de Mercado, Madrid, España, 1982.

estudiosos profesionales, para la prudencia y la desconfianza a adoptar el 'nuevo curso'. Siendo mejores historiadores y sociólogos que muchos de los estudiosos profesionales, los dirigentes del capital monopolista comprendieron muy bien que lo que importaba no era la teoría del nuevo curso, ni la compleja trama de agencias gubernamentales creadas para ponerlo en marcha, sino que la cuestión básica era determinar quién controlaría en realidad su ejecución".⁷

El segundo orden de ideas por abordar es más complejo. Diversos estudios han mostrado ya, desde los enfoques más divergentes, que el proyecto neoliberal acompaña la reestructuración *productiva* del capital: reestructuración de la dimensión laboral, de las formas de regulación estatal, adecuación acelerada a la dinámica contradictoria de la revolución tecnológica. Al mismo tiempo, el proyecto neoliberal refuerza el privilegio económico y social de una clase propietaria absentista cada vez más alejada de la actividad productiva. Ahora bien, no es necesario acudir a las fuentes originales de la crítica marxista para señalar lo siguiente, que pertenece a Veblen, a propósito de las prácticas sociales dominantes de la clase ociosa (rentista):

La clase ociosa es la clase conservadora. Las exigencias de la situación económica general de la comunidad no actúan de modo directo ni sin dificultades sobre los miembros de esa clase. No se les exige que cambien sus hábitos de vida y sus concepciones teóricas del mundo externo para adaptarse a las demandas de una nueva técnica industrial so pena de perder sus propiedades, ya que no constituyen parte orgánica de la comunidad industrial en el pleno sentido de la palabra. Por ende, esas exigencias no producen con facilidad en los miembros de la clase ociosa aquel grado de inconformidad con el orden existente que puede llevar a cualquier grupo de hombres a abandonar las concepciones y métodos de vida que han llegado a ser habituales para ellos. La función de la clase ociosa en la evolución social consiste en retrasar el movimiento y en conservar lo anticuado. Esta proposición no es en modo alguno nueva: ha sido durante mucho tiempo uno de los lugares comunes de la opinión de la gente. . .

"... El hecho de que los usos, actos y opiniones de la clase ociosa acomodada adquieran para el resto de la sociedad el carácter de canon prescriptivo de conducta, añade peso y alcance a la influencia conservadora de esa clase. . . Así ocurre que, por virtud de su posición elevada en cuanto encarnación de las buenas formas, la

⁷ Paul Baran, *La Economía Política del Crecimiento*, FCE, México, pp. 153-154.

clase adinerada viene a ejercer en el desarrollo social una influencia retardataria mucho mayor de lo que correspondería a su fuerza numérica. Su ejemplo prescriptivo opera en el sentido de robustecer en gran medida la resistencia de todas las demás clases contra cualquier innovación y de fijar los efectos de los hombres en buenas instituciones que les han sido transmitidas por una generación anterior".⁸

La analogía frecuente entre el conservadurismo y los rasgos característicos del proyecto neoliberal (el neoliberalismo como *sinónimo* de conservadurismo y retroceso al "paleoliberalismo", según Borón) parece permitir una primera aproximación entre el rentismo y el neoliberalismo. Pero la aproximación sugerida parece deshacerse en una tendencia contradictoria del pensamiento económico burgués: constatar el carácter *improductivo* de las clases propietarias dominantes —constatar la existencia real del rentismo—, pero afirmar al mismo tiempo que la teoría económica y de la ideología de las clases dominantes implican la *legitimación* de la restructuración *productiva* del capital.

No es el objeto de estudio de la presente investigación recrear el movimiento real de las relaciones sociales de producción que respalda las tendencias contradictorias del pensamiento económico burgués, sino poner al descubierto el *impasse* de éste último para integrar el principio de contradicción y la totalidad social que le subyace a su propio desarrollo analítico. Crítica de las interpretaciones burguesas del neoliberalismo económico sobre la base de la crítica simultánea de las relaciones sociales de producción capitalistas: al menos que se haga de la actividad "productiva" una sobredeterminación absoluta —como se señaló anteriormente a propósito de Schumpeter y muchos otros autores—, la dinámica *económica* capitalista es siempre a la vez *productiva e improductiva*, expresa la dualidad intrínseca de las relaciones sociales de producción. Crítica de lo "económico", entonces, en la medida en que revela una contradicción *social*.⁹ Y la revela *históricamente*. Si se ve en el neoliberalismo *solo* una nueva modalidad de regulación económica capitalista —una nueva forma de organización productiva—, como procede con frecuencia la crítica marxista, se

⁸ T. Veblen, *Teoría de la clase ociosa*, FCE, Col. Popular, México, 1974 (seg. edición) pp. 194-217.

⁹ A propósito de "lo económico", asociado con "lo productivo", dice Lenin: "el problema de si estos cambios (de la estructura del sistema capitalista)... son 'puramente' económicos o no económicos (por ejemplo, los militares) es secundario, y en

desemboca naturalmente ("fatalmente ") en el asombro a la hora de constatar que la "nueva" regulación reproduce sus propias trabas y deformaciones, a empezar con el rentismo, la especulación bursátil como preferencia del empresario "anti-social", y así. La crítica falseada encuentra equivalentes en lo político, para mencionar solo una forma más de expresión: constatar con asombro el ascenso de la nueva derecha después de afirmar la crisis irresoluble del capitalismo.

En el centro de la crítica burguesa del neoliberalismo económico suele encontrar la misma "metodología" a-histórica que permea la argumentación de la corriente de análisis económico criticada. Trasladar al futuro bajo la forma de la utopía —"el neoliberalismo es el marco conceptual que corresponde a las nuevas necesidades de regulación económica capitalista"— anula la causalidad histórica que hace del neoliberalismo el *producto* de la evolución reciente del pensamiento económico burgués (de sus contradicciones) y de la forma social capitalista. La forma especulativa de la crítica burguesa invierte los términos del enfoque histórico: convierte en "novedad" un marco conceptual cuyas raíces pertenecen al pasado, mientras la crítica apunta el carácter retardatario del mismo sin ver lo que tiene de novedoso. La *crítica histórica* y debidamente contextualizada es sustituida por el juego del sofisma a-histórico.

Contra lo que suele creerse, las raíces del marco conceptual referido no se hallan tanto en los textos de la economía política burguesa clásica (Adam Smith y John Stuart Mill) como en el debate económico sobre las implicaciones de la entrada del capitalismo en su fase monopolista de Estado (debate de los años 20' y 30', sobre todo). La diferencia sustancial radica en que mientras la *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* está dirigida contra el monopolio *feudal* —en ese contexto se produce la apología del mercado y del productor privado e independiente—, los textos de un Hayek o un Von Mises están enfilados contra el monopolio *capitalista*. La elaboración de las premisas básicas de la teoría económica neoliberal (de lo que ésta aporta de "original" al desarrollo del pensamiento económico burgués) con Hayek como uno de sus portavoces de mayor resonancia, se lleva a cabo en el *mismo periodo* histórico en el que Keynes conquista la primacía de su

última instancia no afecta el panorama fundamental de la última etapa del capitalismo", *El Imperialismo, fase superior del capitalismo*, citado por P. Baran, *op. cit.*, p. 124. 124.

Teoría General en el análisis económico y Schumpeter concluye sobre la decadencia inevitable del capitalismo. En primer lugar, un còtejo somero de algunas historias del pensamiento económico muestra el lugar marginal otorgado a Hayek por los autores. En segundo lugar, la lectura de Hayek o Von Mises sorprende —al igual que *Capitalismo, socialismo y democracia*— por la relevancia de los términos del debate. El grueso del discurso posmoderno y su sistema especulativo y a-histórico de oposiciones abstractas (Estado *versus* mercado, etc.) pueden encontrar en Hayek una de las fuentes de la moral del desencanto.

Contra lo que postula la historiografía burguesa del pensamiento económico, no existe un retorno *cíclico* de los viejos debates entre sus distintos cuerpos teóricos. El contraste entre los términos del debate en las primeras décadas del siglo y los términos actuales sugiere ahora el *predominio* de una corriente interpretativa —la neoliberal— antes subordinada y fragmentada. No es una novedad la apología del mercado, el pequeño productor, la libre competencia y la propiedad privada: lo más significativo en el marco de la crisis actual es el carácter subordinado de todas aquellas corrientes del pensamiento económico críticas del enfoque neoliberal, que se presentan fragmentadas y dispersas por contraposición con la cohesión orgánica de los discípulos de Hayek. Un rasgo sorprendente de la historiografía burguesa del pensamiento económico consiste en *no ver los nexos de causalidad histórica entre su desarrollo pasado —con el predominio del keynesianismo— y el resurgimiento de las tesis neoliberales*. Como se desprende de la propia crítica burguesa, la polémica entre keynesianos y monetaristas rebasa las falsas disyuntivas nominales e involucra un cambio histórico global.

El neoliberalismo se convierte en modalidad dominante del pensamiento económico burgués al *condensar las contradicciones acumuladas por el mismo* y por la forma social capitalista en las últimas décadas (véase el capítulo IV). La conceptualización de las relaciones sociales de producción capitalistas es clave para entender el fenómeno.

Más allá de la sustitución teórica de la “dictadura” del Estado por la “dictadura” del mercado, y de la defensa del pequeño productor, la obra de Hayek está dirigida contra el “*espíritu de ingeniero*” que ejecuta y administra las funciones productivas delegadas en él por el propietario absentista.

Mientras Schumpeter critica con lucidez al propietario absentista desprovisto de funciones sociales por los atributos de las relaciones sociales de producción capitalistas específicas de la fase monopolista, Hayek hace lo propio con la "capa social" emergente de *managers* —ingenieros encargados del *control* y *planificación* de la gran empresa— capa detalladamente descrita por Baran y Sweezy a propósito de la corporación gigante. Al igual que Schumpeter con el "espíritu de innovación", Hayek ve en la tendencia al monopolio un resultado del "movimiento del espíritu":

Es un hecho revelador lo escaso que son los planificadores que se contentan con decir que la planificación centralizada es deseable. La mayor parte afirma que ya no podemos elegir y que las circunstancias nos llevan, fuera de nuestra voluntad, a sustituir la competencia por la planificación. Se cultiva deliberadamente el mito de que nos vemos embarcados en una nueva dirección, no por nuestra propia voluntad, sino porque los cambios tecnológicos, a los que no podemos dar vuelta ni querríamos evitar, han eliminado espontáneamente la competencia. Rara vez se desarrolla con alguna amplitud este argumento; es una de esas afirmaciones que un escritor toma de otro hasta que, por simple iteración, llega a aceptarse como un hecho establecido. Y, sin embargo, está desprovisto de fundamento. La tendencia hacia el monopolio y la planificación no es el resultado de unos "hechos objetivos" fuera de nuestro dominio, sino el producto de opiniones alimentadas y propagadas durante medio siglo hasta que han terminado por dominar toda nuestra política.¹⁰

Al mismo tiempo, algunos textos parciales que describen las contradicciones del "espíritu del planificador" son una descripción detallada de las contradicciones reales de las relaciones sociales de producción capitalistas, que *complementa* las de Schumpeter al tiempo que las *contradice*. Comprendiendo que la destrucción de un modelo económico aparentemente armonioso germina en el "modelo social", el autor de *Camino de Servidumbre* critica el determinismo económico y muestra la inexistencia de una sobredeterminación absoluta dada por las innovaciones tecnológicas.¹¹ En cambio, es en el ámbito social y de las instituciones —en el que Schumpeter hace gala de percepción histórica— en donde Hayek pretende restable-

¹⁰ F.A. Hayek, *Camino de Servidumbre*, Alianza, Madrid, España, 1976, pp. 72-73.

¹¹ La demostración carece de rigor teórico, pero es la conclusión sobre la inexistencia del determinismo tecnológico-económico la que cuenta, Véase caps. 4, 5, 7 y 8, *Camino de Servidumbre*, op. cit.

cer, como intentan también hacerlo los friedmanianos, el determinismo, omitiendo las particularidades históricas del desarrollo capitalista. Releyendo a Schumpeter con la nueva perspectiva dibujada aquí —la crítica neoliberal de la *tecnestructura* (Galbraith) bajo el “control” de la “voluntad planificadora y totalitaria” del ingeniero como cristalización de relaciones sociales de producción contradictorias— aparecen los límites de la percepción histórica del autor de *Capitalismo, socialismo y democracia*. Contra lo que postula éste, *sí* queda alguien encargado de defender la propiedad privada y por ende los privilegios de la clase propietaria absentista (rentista): el proyecto neoliberal cumple esa función, entre muchas otras. La decadencia capitalista prevista por Schumpeter no es en modo alguno un fenómeno *natural* que se produzca al quedar las clases propietarias *al margen* de la dinámica social. Por el contrario, encuentra en el conservadurismo de las clases propietarias —que no por rentistas dejan de dominar un componente *interno* de freno al cambio, como lo percibe correctamente Veblen.

Los señalamientos anteriores permiten extraer algunas conclusiones importantes. Por un lado, destacar la forma contradictoria de desenvolvimiento del pensamiento económico burgués: el predominio de una u otra corriente de dicho pensamiento no puede interpretarse linealmente, sino que es el producto contradictorio de un proceso de “acumulación” de contradicciones. Por otro lado, el proceso histórico de las ideas económicas sólo resulta inteligible a partir de la crítica de las relaciones sociales de producción capitalistas y sus mutaciones, en donde encuentra sus determinaciones últimas.

El debate se circunscribe hasta aquí a las contradicciones entre el capitalismo realmente activo (director, administrador de capital ajeno) y el propietario del capital (capitalista dinero). Con la defensa a ultranza de la *propiedad privada* —por encima de cualquier otra cosa— y la crítica acérrima a los “administradores” del capital, el marco conceptual del neoliberalismo expresa los intereses de la clase propietaria absentista *amenazada*. Pero no se debe inferir que el neoliberalismo es la justificación teórica de los propietarios absentistas: como veremos adelante, (capítulo IV), la linealidad de este tipo de derivaciones es un atributo negativo de la crítica marxista.

El lugar que ocupan la estructura de las relaciones sociales de producción capitalistas y sus atributos en la discusión ac-

tual en el solar del pensamiento económico burgués puede percibirse en la recopilación de problemáticas al respecto hecha por el Instituto de Economía de Mercado español (*Friedman contra Galbraith*) que incluye una síntesis del debate entre Solow y Galbraith, Meade y Galbraith, y otros, sobre la tecnoestructura y la propiedad privada.¹²

Ahora bien, nos hemos ocupado hasta aquí de uno de los polos (atributos) de las relaciones sociales de producción, el dominante: clases propietarias y capitalistas realmente activos. El otro polo —la dimensión del trabajo— es el objeto del capítulo siguiente, que precisa ante las contradicciones del neoliberalismo económico sobre los "ingenieros". El lugar histórico del neoliberalismo es detallado en el capítulo V.

¹² Una vez más, como ejemplo de la vacuidad del marco conceptual del neoliberalismo: Friedman critica a Galbraith en los siguientes términos: "Lo que refleja (Galbraith) es más bien una idea errónea, la de creer que el bienestar social se consigue por métodos políticos. El crecimiento del gobierno se debe a la mano invisible de la política, que trabaja en dirección contraria a la economía. En la economía, quienes sólo buscan su propio interés son llevados por una mano invisible a favorecer el bien público. En la esfera política, personas como Galbraith, que intentan perseguir el interés público tal y como ellas lo entienden, son llevados por una mano invisible a favorecer intereses privados totalmente ajenos a su intención", *Milton Friedman contra Galbraith, op. cit.*, p. 28. Sobre los efectos de la separación de la propiedad y el control, y la "coexistencia" del monopolio y la libre competencia, dice Solow: "puede alegarse —y así lo harían probablemente gran número de economistas— que muchas firmas controladas por sus *managers* son obligadas por las fuerzas del mercado a comportarse de manera muy parecida a como lo haría una empresa controlada por su propio propietario, y muchas otras tienen por dueño a quienes les gusta la política seguida por la dirección". (p. 43) Solow escamotea (o confunde, si se quiere) las relaciones sociales de producción bajo el problema de la estructura global del mercado. El problema se "confunde" en términos similares en Baran y Sweezy, *El capital monopolista, op. cit.* Meade dice al respecto, con la misma confusión: "Incluso las grandes compañías están sujetas a las presiones de la competencia potencial... por parte de pequeños emprendedores recién llegados o grandes rivales de otras ramas... La tecnoestructura de cualquier gran empresa debe buscar continuamente modos de mantener su rentabilidad, a fin de evitar amenazas exteriores a su desarrollo e incluso a su estabilidad", *Friedman contra Galbraith*, p. 45. Véase Galbraith, *El nuevo estado industrial*.

CAPITULO IV

LA CRISIS: EL PRESENTE COMO HISTORIA¹

(La Crisis como Reproducción)

¹ La expresión es de Paul M. Sweezy, *El presente como historia: ensayos sobre capitalismo y socialismo*, Biblioteca Tecnos de Economía, Madrid, España, 1974.

Como señalamos en el capítulo anterior, los textos clásicos del neoliberalismo enfilan sus críticas —Hayek es el ejemplo más acabado— contra los *capitalistas realmente activos* que pretenden introducir por todas partes el control de cálculo económico y de la planificación estatal. Schumpeter hace por cierto algo similar al criticar el “comportamiento” el director *asalariado* que ha perdido la actitud del propietario. En *ambos casos* es posible percibir la *reacción* ideológica de la clase propietaria ante el capitalista realmente activo en el que ha delegado las funciones productivas y al que percibe simultáneamente como usurpador. En el párrafo clave citado en la página 47, Marx señala que el director (*manager*) aparece contrapuesto al mismo título que el “jornalero” frente al propietario del capital, que se apropia del plustrabajo ajeno realizado por todos “los individuos realmente activos”. Engels apunta sin embargo unos párrafos más adelante —complementando el capítulo referido de *El Capital*:

En determinadas esferas (se) establece el monopolio, por lo cual provoca la intromisión estatal. Reproduce una nueva aristocracia financiera, un nuevo tipo de parásitos en la forma de proyectistas, fundadores y directores meramente nominales; todo un sistema de fraude y engaño con relación a fundaciones, emisión de acciones y negociación de éstas. Es una producción privada sin el control de la propiedad privada.²

Aparece entonces una vez más la “aristocracia” en la terminología de la crítica marxista, pero ahora referida al capitalismo realmente activo. El objeto del señalamiento de Engels es precisar un atributo adicional de las relaciones sociales de producción capitalistas en la fase monopolista de Estado: el capitalista realmente activo es *a la vez* asalariado y co-partícipe de la propiedad absentista.

Lo más significativo, al contrastar las críticas elaboradas por Hayek y sus discípulos friedmanianos, dirigidas contra el capi-

² Marx-Engels, *El Capital*, Tomo III, Vol. 7, Libro tercero, México, Siglo Veintiuno editores, 1983 (segunda edición), p. 565.

talista realmente activo, con las prácticas cotidianas de política económica neoliberal, es que el "neoliberal" aparece ahora, a los ojos de "la sociedad" y de las corrientes del pensamiento económico burgués opuestas a la Escuela de Chicago, como el "tecnócrata" ciego y autoritario. Alejandro Foxley describe en su reciente *Experimentos neoliberales en América Latina* lo que acontece en el caso chileno:

En una primera etapa, los militares sienten la necesidad de que la economía sea rescatada de lo que ellos visualizan como un manejo ineficiente y demagógico, característica de los anteriores regímenes. El principal mérito de los monetaristas está representado por sus credenciales técnicas. Ellos supuestamente saben cómo encarar los problemas en una forma científica, ajena a la política. La primera tarea es poner de nuevo la casa en orden...

...La otra tarea decisiva consiste en resolver la contradicción básica del modelo: ¿cómo puede haber consistencia entre libertad económica y autoritarismo político? ¿Cómo establecer una relación entre las nuevas estructuras económicas y un nuevo sistema político e institucional que preserve la naturaleza del Estado y de las relaciones sociales de producción, aun en el caso que haya cambio de régimen? Una vez más, la solución al problema es aportada por los tecnócratas, y en una forma supuestamente científica.

La metodología es tomada de la ciencia económica, cuya coherencia interna ha probado ser, ante los ojos de los partidarios del régimen, un poderoso instrumento para el diagnóstico de los males y para el diseño de fórmulas racionales y eficientes. Debe ser utilizada ahora para un objetivo mayor: dar forma a las nuevas instituciones políticas y legales que servirán de fundamento a la nueva economía y la nueva sociedad. La economía es considerada como una "superciencia".³

Un segundo contraste significativo se refiere al debate sobre la *planificación*, objetada por los neoliberales como una imposición arbitraria del Estado al "individuo" y la "sociedad". Hayek ve en la planificación el resultado de la especialización ciega del "ingeniero" que resulta por lo demás indebidamente *institucionalizada* por el Estado capitalista. Paradoja: el texto

³ Alejandro Foxley, *Experimentos neoliberales en América Latina*, FCE, Serie Economía Latinoamericana, México, 1988, p. 94. El texto aborda en realidad el caso chileno, "clásico" del neoliberalismo. El cap. IV de la primera parte, "Ideología y cambios institucionales en el experimento neoliberal", es una buena aproximación a las dimensiones prácticas del marco conceptual neoliberal. El resto del texto describe detalladamente la teoría y las prácticas de política económica del neoliberalismo, en el caso chileno.

de Alejandro Foxley referido *supra* —que tiene la ventaja de describir el caso chileno, que es un “clásico” del neoliberalismo— demuestra fehacientemente el *control férreo* y la *planificación* ortodoxa que implican los programas económicos neoliberales. Las distintas *etapas* de privatización y restitución de poderes al mercado son todo menos “espontáneas”. Si omitidos del texto de Foxley, para simplificar, las referencias de detalle sobre las variables macroeconómicas en juego de cada etapa diseñada por los tecnócratas neoliberales, constatamos la armazón de una férrea voluntad de planificación:

La primera etapa es poner de nuevo la casa en orden... Una vez que se han regularizado las relaciones de precios, o se cree que ello se ha logrado, surgen nuevas tareas técnicas...

En una segunda etapa, el paquete monetarista de medidas técnicas se van transformando insensiblemente en una aplicación más intensa y drástica de la ortodoxia...

Con el objeto de salvaguardar la integridad del programa estabilizador, el proceso de ajuste debe acelerarse...

Y viene la “cascada” privatizadora:

Hasta estas alturas del proceso, el principal objetivo de la política sigue consistiendo en la revisión de las antiguas tendencias. El esquema institucional que se busca establecer implícitamente corresponde bastante al de una economía mixta, en la que el mercado tenga un papel de mayor importancia. Sólo posteriormente, cuando la economía muestra ya inequívocos síntomas de recuperación, comienza a abogarse por un programa más ambicioso de transformación. Ello ocurre cuando la consolidación del régimen ha progresado hasta el punto en que el quehacer político puede ser programado como parte de una estrategia de largo plazo, y no solo como una reacción ante crisis y acontecimientos nacionales e internacionales.

En esta coyuntura, los sectores más lucidos de la tecnocracia, la *intelligentsia* y la comunidad empresarial empiezan a concebir un enfoque más coherente y doctrinario del papel subsidiario del Estado y de lo que éste involucra en términos de la privatización de la economía. ¿Por qué habría de imponer límites a la privatización de las empresas estatales? ¿Por qué la producción de cobre y acero, o los ferrocarriles, la administración de puertos y caminos, la generación y distribución de petróleo y energía eléctrica deberían estar confinadas al sector público? ¿Qué argumento económico sirve de fundamento al criterio de los militares en el sentido de que hay algunas empresas que revisten carácter “estratégico” y que,

por lo tanto, deben permanecer en el sector público? En forma coherente con este enfoque, se acometen nuevas políticas...⁴

Y sigue una extensa descripción de los nuevos ámbitos en los que el tecnócrata neoliberal *planifica*: eliminación de los últimos vestigios de reforma agraria, estímulos a la concentración de la propiedad (la descentralización como fórmula de hipermonopolización), conversión de la especulación inmobiliaria en actividad altamente rentable, repliegue en áreas de salud, educación y seguridad social, etc. Cumplidas estas "condiciones", se inicia un nuevo *programa* (igualmente *planificado*): las "siete modernizaciones". Y así. Sin la crítica preliminar de la estructura de las relaciones sociales de producción capitalista, las paradojas entre el marco conceptual y las prácticas sociales del neoliberalismo resultan ininteligibles, y la crítica corre el riesgo de encerrarse en la forma especulativa de la argumentación propuesta por Hayek y otros (construida con "contrarios absolutos"). El movimiento real de las relaciones sociales de producción capitalistas recrea permanentemente la *dualidad* intrínseca al capitalista realmente activo. Hayek puede contarse por cierto entre quienes mejor perciben el fenómeno bajo la forma de "movimiento del espíritu"; léase los párrafos siguientes como atributos objetivos de las relaciones sociales de producción y no como disgresión filosófica sobre la "racionalidad del siglo xx":

La técnica del ingeniero... se refiere a situaciones típicas definidas por medio de hechos objetivos: no tiene que buscar cuáles son los recursos disponibles ni conocer la importancia relativa de las necesidades. Se formó al contacto de las posibilidades objetivas, independientes de las condiciones particulares del tiempo y del espacio; se le dieron conocimientos sobre las propiedades de las cosas que no cambian en ningún lugar ni en ningún momento, y que son independientes de una situación humana particular. Es sin embargo importante observar que la visión que tiene el ingeniero de su papel, por más completa que sea en sí misma, es hasta cierto punto una ilusión. Está en una sociedad competitiva y la puede tratar como tal porque puede tener en cuenta la ayuda del conjunto de la sociedad; cuenta con ella como uno más de sus datos...

El ideal que el ingeniero siente impedido de realizar por causas de "fuerzas económicas irracionales" y que está fundado sobre el estudio de las propiedades objetivas de las cosas, es por lo general

⁴ Alejandro Foxley, *op. cit.*, pp. 94-97.

un nivel óptimo puramente técnico de validez universal. El ingeniero percibe raramente que su preferencia por dichos métodos particulares se deriva simplemente de los problemas que tiene con frecuencia que resolver y que no se justifica más que por situaciones sociales particulares. El problema más corriente que encuentra el constructor de máquinas es el de extraer a partir de recursos dados la potencia máxima, siendo la máquina la variable bajo su control; la utilización óptima (al máximo) de la potencia de la máquina se plantea como un ideal absoluto, como un valor *per se*.⁵

¡Cómo si se refiera al tecnócrata neoliberal de hoy! La "tragedia moral" que envuelve al economista burgués⁶ —"tragedia" que Robert Lekachman describe detalladamente en su reciente *Jaque a los economistas: por qué los expertos nunca resolverán nuestros problemas*—⁷ puede terminar por asimilarse (sin anular las particularidades del economista como científico social) a las del capitalista realmente activo, *en la medida en que* (y *solo* en esa medida) la ciencia económica se integra cada vez más, bajo la forma de prioridades de política económica, a las exigencias de la revolución tecnológica y la restructuración productiva del capital.⁸ Interesa sobre todo destacar el contexto

⁵ F.A. Hayek, *scientisme et sciences sociales*, Plon, Agora, Paris, Francia, 1986 (con una introducción de Raymond Barre). La trad. libre es nuestra. (pp. 153-158).

⁶ "En el periodo de decadencia, visto superficialmente, hay una ininterrumpida lamentación por la invasión de los especialistas: una glorificación decorativa y romántica de las grandes figuras de los tiempos idos, cuya vida y actividad todavía ha mostrado una universalidad total; incluso han sido puestas de relieve y criticadas una y otra vez las desventajas de la especialización inmoderada. El tono fundamental de todas estas glorificaciones y lamentaciones es empero que la especialización cada vez más estricta es el 'destino' de nuestra época, al que nadie puede escapar", G. Lukacs, *Marx y el problema...*, *op. cit.*, p. 32. Agrega Lukacs: "...paralelamente a éste fenómeno, y aún precediéndolo, se cumple la fuga de la economía del análisis del conjunto del proceso de producción y reproducción hacia el análisis de los fenómenos superficiales de la circulación del dinero. La 'teoría de la utilidad marginal' del periodo imperialista es la culminación del desbaratamiento formalista y abstracto en economía. Mientras en el periodo clásico reinaba el afán de comprender la relación de los problemas sociales con los económicos, el periodo de decadencia pone una barrera artificial, seudocientífica y seudometodológica (*sic*), una separación artificial, que solo existió en la imaginación (*sic*)... Corresponde a esta evolución la que experimenta la ciencia de la historia. Se rebaja aquí al nivel de los contradictores profesionales de Marx, al nivel de los burguesotes espantados por el 'igualitarismo' socialista" (p. 34).

⁷ Véase el capítulo 3 ("La socialización de los economistas") de Robert Lekachman, *Jaque a los economistas*, Cuatro Vientos editorial, Santiago de Chile, 1988.

⁸ "Sería espléndido si algún día los economistas consiguieran ser considerados como personas modestas y competentes del mismo nivel, por ejemplo, que los dentistas", llegó a decir Keynes. Citado por Lekechman, *op. cit.*, p. 164. Sobre la especialización del economista en los centros de enseñanza superior: "se le ejercita en los problemas de todos los sistemas económicos y en los métodos mediante los cuales un sistema de precios resuelve estos problemas. Para él llega a ser imposible creer que hombre de

social en el que se *producen* las paradojas actuales del pensamiento económico burgués (teorías económicas y prácticas de política económica). Las contradicciones generales del desenvolvimiento del análisis económico burgués descritas en los dos primeros capítulos encuentran una de sus *causas* explicativas en la *localización social de los agentes que producen dicho análisis* (localización en la estructura de las relaciones sociales de producción). Milton Friedman es de una claridad meridiana al respecto. Los párrafos siguientes —que suplantán toda una “tradicción moral” del economista burgués por una ironía rayana en el cinismo— reflejan entre otras cosas la “aristocratización” del economista-tecnócrata que persigue, al decir de Friedman, sus “propios intereses”:

También nosotros (los economistas) perseguimos nuestros propios intereses. No podemos declarar, con buena conciencia que nuestro comportamiento sea diferente del de aquellos a quienes analizamos; no podemos considerarnos como una excepción... No estoy diciendo que los economistas, mayor medida que el resto de la población, coloquen deliberada y explícitamente sus propios intereses por encima del interés público. Todos sabemos que lo que es bueno para nosotros es bueno para el país y viceversa... Una vez más, permítaseme enfatizar que el interés personal no se limita a los estrechos intereses materiales, sino que incluye el deseo de servir al interés público, de ayudar a otras personas.

...la forma en que los economistas han influido en la política pública en el pasado y podrán hacerlo en el futuro, constituye un tema importante para la investigación científica... A pesar de mis reservas y salvedades, el interés propio me impulsa a creer que, en conjunto, los economistas han ejercido una influencia benéfica. Quizá los aranceles son 10 por ciento más bajos de lo que habrían sido sin nuestra prolongada defensa del comercio libre; si es así, entonces se pagaría con ese 10 por ciento muchas veces los sueldos de la profesión económica (sic).⁹

Aquí engarza con agudez particular la crítica de las relaciones sociales de producción capitalista con la crítica de la histo-

buena voluntad puedan detener la inflación a través de sus acciones individuales, o que es posible imponer cambios en algún mercado o industria determinados sin causar problemas en otros mercados o industrias... No puede creer que un cambio en la forma de la organización social eliminará los problemas económicos básicos”, Stigler, citado por Lekachman, p. 88.

⁹ M. Friedman, “Economistas y políticas económicas”, en *Economía Informa*, Núm. 163, FE UNAM, abril de 1988, pp. 55-61.

ria reciente del pensamiento económico burgués. Es también, por cierto, uno de los puntos de mayor renuencia a la reflexión por parte del economista burgués. Con todo, *de la misma manera en que no se puede asimilar el interés del rentista con el proyecto neoliberal, ni identificar mecánicamente al neoliberalismo con la filosofía del pequeño productor, tampoco se puede establecer una identidad mecánica entre el neoliberalismo y los intereses de una "capa social de tecnócratas"*. Como veremos un poco más adelante, la crítica marxista suele encontrar en las identificaciones lineales una fuente de parálisis.

Hasta aquí, las paradojas generales del pensamiento económico burgués y las contradicciones entre sus distintas vertientes interpretativas han sido criticadas sobre la base de las determinaciones que las respaldan en el nivel de la *relación social* antagónica entre el propietario del capital (capitalista dinero) y el capitalista realmente activo (administrador, director). Estas son finalmente las paradojas del nivel "superior" (dominante) de las relaciones sociales de producción: el pensamiento económico burgués se ocupa fundamentalmente de este nivel —por algo es el pensamiento social de las clases dominantes— y ordena cosmovisiones económicas con la relación social mencionada como *demiurño* de la dinámica capitalista. La sustitución de la relación social (*de producción*) como esencia del conocimiento (*véase* el primer capítulo) por la forma especulativa de la razón basada en "sujetos" y "objetos" está determinada por la forma *histórica* de las relaciones sociales de producción (capitalista).¹⁰ De ahí entonces el que la *historia* del pensamiento económico burgués sea susceptible de ser abordada con la crítica histórica de la razón, siempre preferible a la disgresión epistemológica. Contra lo que suele postular la moral posmoderna del desencanto, la crisis de la "razón económica y social" actual es sobre todo la del pensamiento social *dominante*, y no la del espíritu absoluto.

Un breve recorrido por la historia del pensamiento económico burgués permite constatar el abandono progresivo de la dimensión del *trabajo* como sustancia de la actividad económi-

¹⁰ "Ninguna dialéctica anterior a Marx se basa en la producción. Todas se basan en el poder. Ninguna en la explotación, todas en la dominación. . . . Cuando un hombre domina a otro, lo crea. Cuando un hombre explota a otro, la relación entre ambos es fundamental para que continúe la producción. En el trabajo subsiste la categoría de poder pero destaca la relación social de los productores", Pablo González Casanova, *La nueva metafísica y el socialismo*, México, Siglo Veintiuno editores-UNAM, 1982, p. 31.

ca y social. La ruptura clave se encuentra desde luego en la economía política clásica —y sobre todo entre el pre-Marx y el post-Marx, por decirlo de algún modo. Contra lo que le imputa por ejemplo T.W. Hutchinson a la crítica marxista, no se trata de dividir la historia del pensamiento económico en dos periodos, el anterior y el posterior al “Padre fundador”, como procede por cierto con frecuencia la propia historiografía burguesa del pensamiento económico. Para evitar sospechas, el corte se puede hacer entre la economía política clásica (Smith, Ricardo y Marx) y los desarrollos posteriores del análisis económico: la teoría del valor-trabajo cede el lugar en el pensamiento económico burgués al valor-utilidad marginal. A pesar de lo que pueden llegar a sugerir las “diatribas” de Marx contra la economía política “vulgar”, ésta no deja de evolucionar. Uno de los atrasos más significativos de la crítica marxista consiste en no recrear los determinantes *internos* de dicha evolución. La *externalización* creciente de la dimensión del trabajo forma justamente parte de dicha evolución.

Con el progreso de la ciencia económica burguesa y su integración creciente a las prioridades de las sucesivas “oleadas tecnológicas” (Schumpeter), la *economía del trabajo* se convierte en una especialización más sin integración orgánica con la red global del conocimiento económico de la que forma parte. No está por demás recalcar que es a la crítica marxista a quien corresponde un desarrollo impresionante de la crítica de la economía burguesa del trabajo. Más aún, la interpretación de las modalidades de organización social del trabajo suele ser uno de los puntos de partida privilegiados del análisis económico marxista. Por contraposición, el análisis económico burgués ha reducido la dimensión apuntada a la proliferación de literatura sobre el *management* laboral; “cómo aumentar la productividad de su empresa”. Dicha literatura omite por completo la relación social entre el asalariado y el propietario de los medios de producción (la *explotación*) para privilegiar la relación social entre el *manager* y sus empleados. Las relaciones sociales de producción como unidad (con la *explotación* como eje) son *fragmentadas* por el pensamiento económico burgués en *dos espacios* que “delatan” por cierto la relación de explotación: el espacio dominante (nivel superior) al que nos referimos más arriba, y el espacio subordinado (nivel inferior) relegado a la literatura del *management*. El “abandono teórico” de la dimensión del trabajo, que no significa desde luego que la

burguesía deje de preocuparse por la explotación (convertida en "especialidad") tiene su contrapartida en la preocupación obsesiva por justificar la propiedad privada —el marco conceptual del neoliberalismo económico es claro al respecto, y *condensa* en ese sentido las contradicciones acumuladas por el pensamiento económico burgués.

Este mantiene viva su preocupación teórica por la explotación —que no aparece como tal— al reflexionar sobre la dinámica contradictoria de la relación salario/ganancia (+ precio).¹¹ Dichas categorías aparecen sin embargo como parte de una racionalidad económica sobredeterminante a la que ya nos referimos anteriormente. La reflexión sobre dichas categorías se halla desvinculada —a diferencia de la tradición marxista al respecto— de la conceptualización de las *formas sociales* de organización del trabajo humano: dicho de otro modo, de las relaciones sociales de producción. Con todo, éstas no deben ser equiparadas con las modalidades concretas y diversificadas de organización del trabajo, so pena de omitir —como ocurre con frecuencia con la crítica marxista que ha olvidado, en los últimos años, la existencia de la *propiedad privada* y de la *explotación*— la determinación social de base. En todo caso, Marx demuestra a lo largo de todo *El Capital* el papel de las modalidades concretas de existencia de las relaciones sociales de producción (formas históricas cambiantes de organización del trabajo) en la determinación de la forma que asumen *salarios*, *precios* y *ganancias*: formas de extracción de la plusvalía —absoluta y relativa.

Robert Lekachman ha mostrado cómo la dimensión del trabajo es, hasta cierto punto, la *última* de las preocupaciones teóricas del economista burgués. Refiriéndose al "estorbo teórico" de los sindicatos en el caso —ilustrativo— de Paul Samuelson, indica Lekachman:

¹¹ Sobre cómo razona ahora el pensamiento económico burgués sobre la relación precio-salario-ganancia, el ejemplo neoliberal de H.B. Acton: "Los beneficios surgen en el ámbito de una economía organizada; los sueldos existen en cualquier sistema, salvo en la esclavitud. Los beneficios no son contratables; los sueldos, sí; los beneficios no tienen un límite definido, ni por arriba ni por abajo; los salarios tienen un límite mínimo, determinado por lo que el trabajador necesita para mantenerse vivo y eficiente, y un límite superior, definido por lo que el empresario estaría dispuesto a pagar por no prescindir de los servicios del asalariado. . . Los salarios son previamente contratados lo cual impone determinadas obligaciones, tanto a quienes los satisfacen como a quienes lo perciben. . . Los beneficios, en cambio, no se contratan con anterioridad; de ahí que no pueda definirse *a priori* cual es un beneficio justo o injusto. . .", H.B. Acton, *La moral a el mercado*, op. cit., pp. 69-70.

Los economistas no han sido... capaces de encarar a los sindicatos, que mezclan sus ambiciones por una redistribución equitativa del ingreso, control por los trabajadores y hermandad proletaria con las demandas convencionales de mejoras salariales, horas laborales más cortas y nuevos beneficios colaterales, de lo que están preparados para tratar con las grandes empresas como mezclas impuras de avaricia y poder público.

El modo como Samuelson aborda los sindicatos es un ejemplo del estilo un tanto cauteloso del tratamiento que da su profesión a las instituciones que no manifiestan ninguna señal de desaparecer por su propia voluntad, pero que sirven funciones ambiguas (para los economistas). La octava edición de su texto destina un sólo capítulo a "El Trabajo y las Relaciones Industriales". En catorce páginas, Samuelson dice algo de las estructuras de los sindicatos: la historia del movimiento sindical estadounidense; el comunismo, la corrupción y la democracia y su influencia sobre la conducta de los sindicatos; la legislación laboral y algunos tópicos actuales en las negociaciones colectivas. Los sindicatos reaparecen veintidós capítulos más adelante. A estas alturas, tan sólo tres páginas sobre la fijación de salarios explican los cuatro métodos mediante los cuales los sindicatos buscan agrandar las compensaciones de sus miembros. Todo esto engalanado por los diagramas adecuados.¹²

Con todo, los sindicatos se encuentran entre las primeras preocupaciones del marco conceptual neoliberal. El monopolio sindical:

En la última década, aquéllos economistas que se basan en la malaventurada Curva de Phillips, le han asignado una mayor responsabilidad en la inflación a los negociadores de los sindicatos, que tienden a empujar los salarios hacia arriba más rápido que el alza de la productividad. En defensa propia, sus empleadores se ven obligados a ajustar los precios, y éstos precios más altos a su vez justifican nuevas demandas salariales y otra vez la economía se escapa en una espiral inflacionaria. Los economistas tienen poco o nada bueno que decir acerca de los sindicatos como instituciones económicas. Hay entre ellos un acuerdo muy difundido de que los sindicatos perjudican la productividad, interfieren en los incentivos individuales y promueven la inflación.

Esta acusación de ninguna manera agota la lista de cargos que se hacen contra los sindicatos... Como instituciones económicas, los sindicatos son perjudiciales a la fantasía anhelada por los economistas de una competencia pura y cristalina; como organiza-

¹² Lekachman, *op. cit.*, p. 155.

ciones políticas, son consideradas como destructoras del orden establecido...¹³

Estudios como el de Atilio Borón referido *supra* corroboran las aseveraciones de Lekachman:

Es evidente que para los Friedman la sociedad capitalista es el mejor de los mundos posibles; y es tanta su admiración por las hazañas de la burguesía que hasta las propias reglas de la buena lógica se les olvidan, para no mencionar ya la adecuada integración de ciertos antecedentes fácticos que, por contradecir sus planteamientos, son sistemáticamente excluidos de sus análisis. Un ejemplo de lo último sería el problema de los monopolios. Al hablar de este tema Friedman se preocupa más de los monopolios existentes en la fuerza de trabajo, esto es, los sindicatos con sus controles sobre la oferta laboral y su precio, que de los monopolios empresariales, de los cuales afirma que "el hecho más importante... es su relativa falta de importancia desde el punto de vista de la economía como un todo". Por lo tanto no es el predominio de los monopolios lo que ha liquidado la economía como un todo, sino los esfuerzos de la clase obrera por organizarse y oponerse a la explotación capitalista los que, según nuestro autor, traban el funcionamiento de un régimen de competencia económica.¹⁴

El proyecto neoliberal apunta al desmantelamiento del "monopolio" sindical —es decir, de las formas de control (con las contradicciones propias de la forma social capitalista) de los productores directos sobre algunas de las funciones sociales derivadas de la estructura de las relaciones sociales de producción. Se trata entonces de reforzar el control de *managers* y propietarios sobre dichas funciones y de "fragmentar" el control eventual del sindicato sobre algunas de ellas. En conjunto, entonces, evitar que dichas funciones sean reconocidas como tales a partir de la unificación sindical. El texto de Alejandro Foxley demuestra someramente los objetivos perseguidos por la política económica del neoliberalismo en el caso "clásico" de Chile: multiplicar los sindicatos y las negociaciones sectoriales, pero impedir cualquier posibilidad de negociación colectiva bajo la égida de federaciones o centrales únicas de trabajadores.¹⁵

Las funciones sociales derivadas del ensanchamiento de la división del trabajo son coordinadas, bajo la forma social

¹³ Lekachman, *op. cit.*, p. 154.

¹⁴ Borón, *op. cit.*, p. 70.

¹⁵ Véase Foxley, *op. cit.*, cap. IV parte I, pp. 102-108.

capitalista, por *managers* (directores, administradores), pero también por los propios sindicatos que participan de algunas de estas funciones. Con el reforzamiento del control que el capital tiene sobre éstas últimas, se crea paralelamente, al decir de la crítica marxista, la posibilidad de la aristocratización de segmentos importantes tanto de los *managers* como de los sindicatos: las funciones sociales de los productores directos tienen, bajo el capitalismo, una forma contradictoria que *media y reproduce* la relación de explotación. Una segunda tarea significativa del proyecto económico neoliberal consiste en reforzar el control del capital sobre las funciones sociales recurriendo, entre otras cosas, al reforzamiento de la tendencia a la "aristocratización" de segmentos importantes de los productores directos. Foxley demuestra igualmente ésta búsqueda neoliberal en el caso chileno, en el que se intenta convertir a los asalariados en "involuntarios agentes promotores del esquema de concentración de activos que caracteriza al experimento neoliberal".¹⁶

Por la separación necesaria del método de investigación y el método de exposición, las proposiciones teóricas siguientes aparecen como síntesis de la argumentación precedente al tiempo que conforman en realidad las hipótesis de trabajo (el punto de partida) de todos los señalamientos anteriores. El objeto primordial de las proposiciones (tesis) teóricas es el de destacar la importancia de la conceptualización de las *relaciones sociales de producción* para el análisis de la historia del pensamiento económico burgués. El hecho de escoger dicha conceptualización como eje central de la argumentación no es casual. El pensamiento social de la crisis ha perdido efectivamente la relación social como esencia del conocimiento. Dicha pérdida no es un atributo del pensamiento social burgués que no visualiza las relaciones sociales de producción como objeto de estudio. Ello no quiere decir que el pensamiento económico y social no *abarque* dichas relaciones: como vimos en los capítulos precedentes, las relaciones sociales de producción son un componente interno del desarrollo del análisis económico burgués: son las *formas históricas* de dichas relaciones y las mutaciones de las mismas las que *determinan* los contenidos y las formas de movimiento de las ideas económicas —las

¹⁶ Véase Foxley, *op. cit.*, cap. IV parte I, pp. 102-108.

representaciones del mundo económico y social capitalista que *producen* las clases dominantes.

Cabe señalar, en primer lugar, que la caracterización de tal o cual corriente del pensamiento económico burgués como ideología y teoría de tal o cual fracción de las clases dominantes —caracterización probablemente válida para el quehacer político— sólo vale *en última instancia* para el enfoque teórico pormenorizado. Cuando Bujarin ve en la escuela marginalista la expresión de los intereses de clase de las clases propietarias (rentistas) externa un acierto teórico, pero éste contribuye simultáneamente a opacar por completo el entramado contradictorio del desarrollo del pensamiento económico burgués. Como se desprende de la argumentación de los capítulos precedentes, el pensamiento económico burgués —que tiene en la escuela marginalista uno de sus pilares fundamentales— es en efecto parte de la “cosmovisión” de las clases propietarias absentistas y desligadas de la actividad productiva. Pero es también una de las formas de expresión de los intereses de clase de los “capitalistas realmente activos”; de los pequeños productores independientes; y, por último, de determinados sectores de los productores directos (como es el caso de la “aristocracia” obrera).

La crítica del “funcionalismo” que suele permear la crítica marxista no se agota aquí: tampoco se puede señalar que el desarrollo del pensamiento económico burgués contemporáneo exprese los intereses de clase de los propietarios de los medios de producción *más* los capitalistas realmente activos *más* los pequeños productores *más* determinados sectores de los productores directos. Se conserva aquí el funcionalismo: la “alianza” entre éstos sectores (clases sociales) permanece como el demiurgo (sujeto) del desenvolvimiento del pensamiento económico burgués (objeto). A lo sumo, con una representación invertida demasiado sencilla de la relación social, se puede convertir al objeto en sujeto: el pensamiento económico burgués *cohesiona* la “alianza” apuntada convertida ahora en objeto del pensamiento.

La argumentación de los capítulos precedentes sugiere en realidad algunas líneas de reflexión teórica divergentes del funcionalismo y la dialéctica especulativa de sujetos y objetos. En Schumpeter se puede reconocer, por ejemplo, la crítica contra las clases propietarias absentistas *marginadas* de la actividad productiva y la fascinación por la dinámica tecnoló-

gica (productiva) del monopolio (la gran empresa). Pero es igualmente posible reconocer la *reacción* de las propias clases propietarias desplazadas por los “empleados” asalariados —a propósito de los capitalistas realmente activos. Coexisten en la argumentación de *Capitalismo, socialismo y democracia* la fascinación por el “espíritu productivo” que los monopolios implican en un primer momento, con una curiosa asociación de la muerte del “espíritu capitalista” con la tendencia a la desaparición del pequeño productor. En Schumpeter es posible reconocer, como en muchos otros teóricos burgueses, la *expresión contradictoria de intereses contradictorios*. De la capacidad para expresar —bajo una u otra forma— dichas contradicciones se deriva precisamente la capacidad propositiva del pensamiento económico burgués. Hay, efectivamente, umbrales que un teórico burgués no puede rebasar, como apunta Pierre Vilar a propósito de Schumpeter. El umbral clave está dado por la ruptura histórica del siglo XIX —el surgimiento del pensamiento económico marxista, con el que el análisis económico burgués no puede proceder sin apelar por lo general al prejuicio y el reduccionismo vulgar. Pero ello no significa que el *post-Marx* sea únicamente la historia de la decadencia del pensamiento económico burgués: la “decadencia” (a no confundir con la descomposición) no es un criterio riguroso de análisis.

En los capítulos precedentes se señala, tanto a propósito de Hayek como de Schumpeter, que éstos se representan con frecuencia el movimiento real de las relaciones sociales de producción en una “forma invertida”, como “movimiento del espíritu”. Sin entrar en disgresiones sobre las definiciones “ortodoxas” sobre la “ideología” (las definiciones de Marx y Engels en la *Ideología Alemana* que discuten por ejemplo Dobb y Baran, y con las que la crítica marxista no sabe frecuentemente qué hacer, en particular en el campo del análisis económico que “simula” la expulsión de la “ideología”), basta con preguntarse: tanto Hayek como Schumpeter se representan como “movimiento del espíritu capitalista” el movimiento real de las relaciones sociales de producción. ¿Pero *qué* relaciones sociales de producción? En primer lugar, no abarcan la totalidad de dichas relaciones ni sus atributos constitutivos básicos en particular la teoría de la *explotación* declarada inexistente o simplemente “moral” desde Böhm Bawerk. Abarcan sobre todo el ámbito de la *relación social* entre las

partes constitutivas del “nivel superior” de las relaciones sociales de producción: la relación entre el propietario de los medios de producción y los capitalistas realmente capitalistas. Es decir, sólo *uno* de los dos espacios, convertido en sujeto de la historia. Con frecuencia, la reflexión del pensamiento económico burgués sobre “el capitalismo” es más que nada una reflexión —casi un monólogo— *sobre sí mismo*. El que dicho pensamiento se convierta en modalidad *dominante* del conjunto del pensamiento económico no se deriva de la capacidad o el genio de sus portavoces, sino del carácter objetivo de su posición dominante en las relaciones sociales de producción. Contra una “máxima” de Keynes que los teóricos burgueses repiten con gusto excesivo, las ideas de los economistas son *menos* poderosas de lo que se cree, y el mundo está gobernado por *más* que eso. Los “hombres prácticos” no son tanto “esclavos de algún economista difunto” como *producto* de sus circunstancias sociales.

Los señalamientos hechos en la primera parte de este capítulo a propósito de “los economistas” muestran —como lo hace claramente Milton Friedman— que éstos *también* son el producto de sus circunstancias sociales. Por cierto que ello no significa que sean “esclavos” de ellas. Hacer, como se hace frecuentemente incluso desde el punto de vista de la crítica marxista, del marxismo una “teoría objetiva” y del pensamiento económico burgués una “teoría subjetiva” —del valor, o de cualquier otro ámbito de reflexión específicamente económica—, equivale a sostener en el plano filosófico que el marxismo emana de la materia y el pensamiento social burgués del espíritu. Quienes pierden, en un postulado así, son tanto la materia como el espíritu. La crítica marxista postula la *primacía* de la primera sobre la segunda. En el caso de la totalidad social, la primacía de las relaciones sociales de producción, que no son tampoco una “naturaleza” biológica y hereditaria, sino el *producto* y la *causa* de la “acción humana”. Es curioso que incluso el neoliberalismo, que pretende restablecer el determinismo (darwinismo social) en todos los niveles de la actividad social, se vea obligado a *promover* dicho restablecimiento. Como veremos en el capítulo siguiente, en el centro de la crisis del pensamiento económico y social burgués se halla una crisis más profunda que hace *cada vez más contradictorios* los desarrollos del “espíritu capitalista”. Una crisis que es efectivamente una “derrota del pensamiento” *burgués* que no puede

pensar ya los nexos más elementales, como la causa y el efecto, del devenir histórico.

Cuando Bujarin asimila el marginalismo con el rentismo por la presencia obnubilante de la "soberanía del consumidor" *comete* una vez más un acierto teórico.¹⁷ Una cantidad impresionante de estudios han demostrado que el "consumo" forma parte de la "sicología" de las "capas medias", y hasta de los "sectores populares". Bujarin se adentra en el "terreno sicológico" justamente sobre la base de la caracterización de la crítica marxista como teoría objetiva y del marginalismo como teoría subjetiva. El resultado teórico: la restitución de la *indeterminación histórica* del "consumo". La separación teoría objetiva/subjetiva —útil para las primeras enseñanzas de la ciencia económica, y quién sabe hasta dónde— es en realidad un "sistema de análisis" del pensamiento social burgués: a dicho sistema recurren prácticamente todas las historias del pensamiento económico burgués "por escuelas". La crisis de dicho sistema es también parte de la crisis de la razón burguesa. Ello no implica catalogar el texto Bujarin de lo que no es: quiere decir, simplemente, que *La Economía Política del Rentismo*, como cualquier otra producción teórica de la crítica marxista o del pensamiento económico burgués, se *produce* no en el espacio inmaterial, sino en un contexto social definido. Como apunta Hobsbawm, la historia del marxismo es también la de la influencia que ejerció en *todo* el desarrollo del pensamiento social burgués.¹⁸ No ver la validez de la afirmación exactamen-

¹⁷ "La vida entera del rentista se basa en el consumo, y la 'psicología del consumo en estado puro' constituye su 'estilo' particular de vida. El rentista consumidor sólo piensa en caballos de carrera, tapices de lujo, aromáticos cigarros, vinos finos. (El mundo comercial de hoy, *Solaris*). Si habla de trabajo, entiende por 'trabajar' juntar flores o conseguir entradas para el teatro. La producción, el trabajo necesario para obtener bienes materiales, es algo fortuito en tanto permanece fuera de su campo visual. Para él no existe actividad verdadera; toda su mentalidad tiene matices pasivos; la filosofía y la estética de estos rentistas son de naturaleza puramente contemplativa..." Bujarin, *op. cit.*, p. 31.

¹⁸ "(los) historiadores han concebido con frecuencia la historia del marxismo exclusivamente como historia del desarrollo de la ideología marxista propiamente dicha y del debate en el seno de esta, olvidando toda el área de 'irradiación' del marxismo, de notable importancia, aunque no fácilmente determinable", Eric Hobsbawm, "La cultura europea y el marxismo entre los siglos XIX y XX", en *Historia del marxismo*, Tomo III, Bruguera, Barcelona, España, 1980. "(El método marxista) no sólo influyó en el proletariado sino en todas las clases. Desde entonces el hombre, proletario o burgués, produjo su historia de manera más consciente y prevista. Nació una nueva política de reformas y renovaciones", dice Pablo González Casanova en *La nueva metafísica y el socialismo*, México, Siglo Veintiuno editores-UNAM, 1982, p. II.

te inversa es recrear, una vez más, la dialéctica especulativa de los sujetos y los objetos.

El "consumo", como la ganancia, la acumulación de capital, la distribución, el comercio, los ciclos, la decadencia, la distribución (*el desorden es voluntario*) no son *leit motivs* absolutos del devenir histórico. Por decirlo de algún modo, *no son eternos ni en el capitalismo*: cada uno de los términos referidos, y cada una de las *categorías* empleadas por la crítica marxista, están históricamente determinadas, *periodo por periodo*. No hay, como se desprende de los capítulos precedentes, "sobredeterminación económica" absoluta: lo económico debe ser sometido a crítica, como apunta Vilar, en la medida en que revela una contradicción social, y la revela históricamente. Pero *ello no quiere decir que no exista economía alguna*. Marx critica en *La Sagrada Familia* la manía especulativa de fragmentarlo todo, "lo político", "lo social", "lo económico". Pero critica también la "todología". Es la *forma histórica* de dicho movimiento (fragmentación y "totalización" arbitraria) la que está en crisis.

La argumentación de los capítulos precedentes pretende mostrar las determinaciones históricas del neoliberalismo de los ochenta: como queda claro a partir de lo desarrollado, el neoliberalismo *reproduce* en el plano conceptual la existencia real de las relaciones sociales de producción: *articula de determinada* manera los distintos niveles de dichas relaciones, de la misma forma en que articula de *determinada* manera "lo político", lo "social" y lo "económico". No hay entonces *funcionalidad* del neoliberalismo —"función teórica de las clases dominantes, o de una alianza de clases específica", sino *reproducción*, en la teoría y en las prácticas sociales, de las relaciones sociales de producción capitalistas. La crisis suele ser concebida como un "espacio inmaterial" de *transición* entre una modalidad primera de reproducción (de regulación capitalista) y una segunda siempre en ciernes. ¿Qué ocurre entre tanto? Queda la idea de la transición como no reproducción, no-regulación, sino como simple entrelazamiento confuso de viejas y nuevas formas. Y se pierde entonces el nexo de causalidad histórica más elemental: *¿no es más bien en la forma de reproducción del periodo actual que se origina la crisis?* Entre la búsqueda de la conceptualización de las modalidades de regulación pasadas y las futuras, siempre se corre el riesgo de *exonerar el presente*. En el centro de la crisis del pensamiento

social de hoy hay también una crisis del sentido del tiempo histórico. Buscando la explicación del "salto cualitativo" se pierde de vista dicho salto.

El neoliberalismo tampoco proviene del espacio inmaterial. Es el *producto* de las contradicciones acumuladas por el pensamiento económico burgués y por la propia forma social capitalista, como se desprende de la argumentación anterior. *Reproduce, bajo una nueva forma histórica*, las contradicciones acumuladas. Critica el monopolio y promueve la hipermonopolización. Hace la apología del pequeño productor y promueve la concentración de la propiedad privada *a costa del* pequeño productor. Ataca la planificación y *planifica* la restitución de poderes al mercado. Critica el voluntarismo colectivista y trata a "la sociedad" como si fuera una máquina a la que se le pudiera aplicar sin más un programa de shock. Critica las modalidades más retrógradas de acumulación capitalista —el fraude, el pillaje, etc.— y las promueve. Ello parece sugerir una contradicción (*dis-funcionalidad*) entre el marco conceptual del neoliberalismo y sus implicaciones prácticas. A condición, desde luego, de criticar al neoliberalismo omitiendo la crítica de las relaciones sociales de producción capitalistas. La argumentación de los capítulos precedentes parece generar en efecto una paradoja entre teoría y práctica, pero muestra al mismo tiempo un ajuste (correspondencia) global entre teoría y práctica. El neoliberalismo es el marco conceptual apropiado para acompañar la tendencia capitalista al rentismo de las clases propietarias; a la aristocratización de los capitalistas realmente activos y la elitización del tecnócrata (incluido el economista), al refuerzo de la explotación y la subordinación del productor director al *manager* y al propietario del capital, al refuerzo de la función del *manager* subordinado al propietario del capital, y a la búsqueda de la aristocratización de distintos estratos de los productores directos. La *encrucijada teórica* no está en la contradicción *aparente* entre teoría y práctica, sino en la *imposibilidad frecuente de la crítica para admitir el principio de contradicción en el pensamiento como expresión del movimiento real de la totalidad social*. Después de todo, la separación entre "teoría" y "práctica" —en la que la crítica marxista actual suele encontrar el motivo de funcionalidades o dis-funcionalidades, de contraste de "modelos" y "realidades"—no es más que una forma de expresión más de la pretensión de des-dialectizar lo objetivo y lo subjetivo. Como hemos visto a

propósito de Baran y Sweezy y su crítica de la "psicologización" de la teoría económica burguesa, dicha forma de proceder termina por negar la existencia *propia* (objetiva y subjetiva) del "pensamiento" (el "modelo") y la "realidad". *La crisis actual es el escenario del resurgimiento de todas las modalidades del idealismo*, y la moral posmoderna del desencanto es justamente la *cohesión* de dichas modalidades (cohesión orgánica).

Queda por concluir sobre un señalamiento histórico. Basta con la lectura de los primeros capítulos del segundo tomo de la *Historia del Análisis Económico* de Schumpeter para ver la semejanza del periodo actual con el periodo que marca la entrada del capitalismo en su fase monopolista de Estado, Rasgos comunes, la dispersión y fragmentación del pensamiento social en su conjunto, y la ausencia aparente de *predominios*. Buscando una metodología para aproximarse al periodo de estudio, indica Schumpeter:

Quando más una época se aproxima de la nuestra, menos la comprendemos: por la misma razón la comprensión de nuestra época nos resulta más difícil que la comprensión de cualquier otra anterior.

Hablar de un espíritu predominante, propiamente dicho, representa una deformación de los hechos, en la mayor parte de los casos una deformación ideológica.¹⁹

La crisis actual genera la impresión de vacío de predominios: la desestructuración aparente de todas las ideologías —decretadas inválidas por la moral posmoderna del desencanto— parece confirmarlo. Curiosamente, en mínimo de trabajo histórico puede mostrar la *actualidad* de todos los debates pasados, incluido el de la entrada del capitalismo en su fase monopolista de Estado...

¹⁹ J. A. Schumpeter, *Historia del análisis económico* (segundo tomo), FCE, México, 1975, p. 15. Sobre el marxismo en el periodo histórico de entrada del capitalismo en su fase monopolista de Estado, Schumpeter decreta: "El marxismo siguió siendo la base de su filiación (se refiere a la época 'reformista' de Bernstein y Kautsky), y su filosofía siguió siendo la filosofía marxista, pero en cuestiones meramente económicas empezaron a discurrir como no marxistas. Para expresarlo en forma distinta, aprendieron la verdad de que la teoría económica es una técnica de razonamiento, que tal técnica es por naturaleza neutral, y que es un error creer que el socialismo puede beneficiarse luchando en favor de una teoría marxista del valor, o contra la teoría del valor basada en la utilidad marginal... y que la defensa literaria de la causa del socialismo reduce su eficiencia aferrándose a herramientas gastadas" (p. 116).

CAPITULO V

SOBRE LOS RETOS DE PENSAMIENTO ECONOMICO.

(Una crisis más profunda) _____

En un texto elaborado para el Club de Roma y polémico por el rango de los fenómenos abordados,¹ Adam Schaff dibuja los controles de las transformaciones sociales que acarrearán en un futuro próximo —entre veinte y treinta años— la “segunda revolución industrial”. El análisis descriptivo resulta extremadamente polémico en la medida en que es arriesgado —el propio Schaff lo señala— pronosticar con certeza los cambios por venir. El historiador no pretende sin embargo recrear la utopía: los señalamientos que lleva a cabo son particularmente enriquecedores al tener como punto de partida las transformaciones operadas en la actualidad. Muchos de los fenómenos sociales apuntados forman ya parte de los acontecimientos de hoy —o se vislumbran en todo caso por su cercanía. A pesar de las complejidades propias de la esfera abordada (la futurología sociopolítica), el texto de Schaff se distancia radicalmente de las futurologías que oscilan entre la descripción apocalíptica del “fin de milenio” y la complacencia ante una posmodernidad de perfiles huecos e imprecisos.

Con el principio del cambio como eje rector del argumento, Schaff examina las múltiples formas sociales que pueden cobrar las mutaciones derivadas de la “segunda revolución industrial” —las alternativas sociales y las condiciones globales de cada una de ellas. Pese al papel decisivo otorgado al progreso tecnológico, el texto se diferencia por completo de las perspectivas burguesas —en boga en la década pasada— que sostienen la primacía de una “racionalidad tecnológica” capaz de resolver como un maná las contradicciones sociales. Entre las múltiples necesidades nuevas que hace aparecer sin satisfacer aún la “segunda revolución industrial se encuentra la sustitución del *homo economicus* —gobernado por fuerzas ciegas que le son extrañas— por un *homo autocreator* consciente del lugar que ocupa en el conjunto de las relaciones sociales de producción. En síntesis, poner al hombre —en el sentido marxista de producto y partícipe de las relaciones sociales de pro-

¹ Adam Schaff, *¿Qué futuro nos aguarda? Las consecuencias sociales de la segunda revolución industrial*, Grijalbo, Crítica, Barcelona, España, 1985.

ducción concretas— en el centro de las mutaciones futuras. Recogiendo el nudo de los conflictos mundiales actuales —en el que la resolución de los antagonismos sociales está medida por la incertidumbre sobre la supervivencia del hombre creada por el peligro nuclear, y *viceversa*—, Schaff opta por evitar las sentencias apriorísticas de las historias lineales (en el sentido de no “profetizar” el advenimiento global del socialismo o la recomposición definitiva del sistema capitalista). Se trata en efecto de un debate que corre el peligro del prejuicio, pero no tanto por lo que implica como por las bases últimas de la argumentación de Schaff. Queda claro que las relaciones sociales de producción no garantizan bajo su forma actual el libre desarrollo (“más justo y más solidario”, en los términos de Schaff) de las potencialidades abiertas por la “segunda revolución industrial”. Aunque llega a generar la impresión contraria, se desprende igualmente del texto que la complejidad de los problemas económicos y sociales contemporáneos excluye los voluntarismos que Schaff atribuye bajo múltiples formas al “marxismo ortodoxo”. Respuestas que no tienen en realidad preguntas apropiadas y dejan incluso la impresión de lo distante que se encuentran del presente los fenómenos que el texto presenta como necesarios (el cambio social). ¿Es el engarce poco claro de “necesidad” y “posibilidad” que se deriva con frecuencia de las futurologías sociopolíticas? Las preguntas a formular son un poco menos filosóficas que eso. Apunta Lenin a propósito del desarrollo histórico:

Es necesario saber encontrar en cada momento peculiar el eslabón particular al cual hay que aferrarse con todas las fuerzas para sujetar toda la cadena y preparar sólidamente el paso al eslabón siguiente. El orden de los eslabones, su forma, su engarce, la diferencia entre unos y otros no son tan simples ni tan burdos en la cadena histórica de los acontecimientos como en una cadena corriente forjada por un herrero.²

Cuando, a propósito del poderío cada vez más significativo de las compañías multinacionales, Adam Schaff apunta que se puede obtener en un futuro próximo “el cuadro de una nueva fase de desarrollo del imperialismo, que sigue esperando que alguien la analice”, revela hasta qué punto la renovación —imprescindible, sin duda alguna— del lenguaje y los conte-

² Lenin, *Obras Escogidas*, Progreso, Moscú, 1969, p. 261.

nidos del marxismo puede llegar a ser ambigua, por decir lo menos. Desentrañar el eslabón histórico que media la transición de un periodo a otro (sin calificar *a priori* cada periodo) no implica forzosamente "reinventar" la crítica marxista por más adecuaciones de que ésta requiera. Por el contrario, la reelaboración de contenidos y formas en el pensamiento económico marxista puede muy bien partir de las grandes líneas tradicionales de análisis sin merecer el catálogo posmoderno de la "ortodoxia".

Las observaciones precedentes son justamente pertinentes en el marco de la síntesis analítica que lleva a cabo Schaff a propósito de los cambios en la formación económica de la sociedad. Con el trabajo humano y la relación social como categorías de base (siguiendo rigurosamente a Marx), y el debate sobre el lugar de la actividad productiva en la organización futura de la sociedad como marco de referencia, el capítulo referido revisa las transformaciones derivadas de la "segunda revolución industrial" en la estructura del empleo y la distribución de la renta nacional. Cabe resaltar que el debate y muchas de las propuestas elaboradas por Schaff están en el centro de la crisis del pensamiento económico desde hace por lo menos dos décadas (en particular por lo que se refiere al paro estructural y la reducción de la jornada laboral, el conocido *travailler moins pour travailler tous*). Lo novedoso consiste en las reflexiones del autor sobre la *mediación* de la propiedad privada en las soluciones futuras al problema del paro estructural. No bastan los subsidios actuales al paro, es necesaria una nueva distribución de la renta nacional cuyos "costos" se cargarían fundamentalmente a las clases propietarias:

El problema de decenas de millones de personas estructuralmente desempleadas en Europa y de centenares de personas estructuralmente desempleadas en todo el mundo (es decir, personas que están sin empleo no resultado de un descenso temporal del volumen de negocios, sino que lo están a consecuencia de la sustitución de trabajo humano tradicional por los autómatas) no puede resolverlo el subsidio al paro... La solución tiene que ser distinta. Podemos decir, sin perjuicio de las formas de lo que tendrá que hacerse, que la solución ha de consistir en nuevos principios de distribución de la renta nacional, lo cual no puede hacerse sin infringir, o cuando menos modificar, los derechos de propiedad que existen actualmente.³

³ Schaff, *op. cit.*, p. 35.

La propuesta que atisba Schaff hace coexistir la posibilidad de una "solución técnica" al paro estructural con la necesidad de un "comportamiento" nuevo de las clases propietarias. Si la "segunda revolución industrial" ha creado ya un potencial de tal envergadura que permite cristalizar una nueva distribución del empleo, del tiempo de trabajo (entre el tiempo productivo y el "ocio" para el "hombre de juego" del futuro) y de la renta nacional, queda sobre todo por forjar una nueva actitud de las clases propietarias, adecuadas a la "nueva realidad":

...el proceso deberá tener lugar mediante una reducción de la parte de dicha renta que corresponde a las clases propietarias, aunque tal reducción sería simplemente relativa porque, en vista del rápido aumento de la producción y de la renta nacional en general, su participación, en esta renta, en cifras absolutas, aumentaría...

Aunque no guste a los defensores acérrimos de la propiedad privada, incapaces de pensar de un modo racional, es una solución que no tiene ninguna alternativa realista.

Un poco antes, a propósito también de la "actitud" de las clases propietarias, indica Schaff:

Las clases propietarias de los países muy industrializados son demasiado razonables para permitir que esto suceda (Schaff se refiere al riesgo de los estallidos sociales) y tienen demasiado que perder, en la sociedad del futuro, una sociedad incomparablemente más rica, con su proceso de la información y su automatización de la producción, para arriesgarse a perder su dominio financiero, aunque haya sido reducido, a causa de la defensa estúpida de los intereses de clase a corto plazo.⁴

La propuesta que atisba Schaff hace coexistir la *posibilidad* de una "solución técnica" al paro estructural con la *necesidad* de un "comportamiento" nuevo de las clases propietarias. Si la "segunda revolución industrial" ha creado ya un potencial de tal envergadura que permite cristalizar una nueva distribución del empleo, del tiempo de trabajo (entre el tiempo productivo y el "ocio" para el "hombre de juego" del futuro) y de la renta nacional. Queda por forjar una nueva actitud de las clases propietarias adecuada a la realidad en ciernes. Con todo, hay también otra *posibilidad* que habla por cierto más del presente que del futuro:

⁴ Schaff, *op. cit.*, pp. 40-43.

La información puede reforzar el poder político de esa clase en retirada o decadencia, en especial si añadimos a ella el elemento del chauvinismo y el miedo al comunismo, que puede que funcione entonces tan bien como ahora. También debemos tener presente que el estamento militar funcionaría, junto con el grupo de intereses asociado con él, y mostraría interés por aventurar los conflictos internacionales, ya fueran reales o imaginarios...⁵

Todo ello en marco de un capitalismo *realmente existente* (presente) en el que, a juicio de Schaff:

El estereotipo de capitalismo de libre mercado dejó de ser válido hace ya mucho tiempo. Es verdad que algunos economistas —Milton Friedman, por ejemplo— tienden a rechazar la doctrina de Keynes, que prácticamente ha puesto fin al capitalismo de libre mercado (1), pero estas ideas no hallan confirmación en la práctica (1), (considérense las consecuencias desastrosas que semejante política ha tenido en Chile).⁶

Cuando Schaff habla del futuro y describe, quizá sin proponérselo, el *presente*, la argumentación parece confirmar un viejo postulado de Engels: *la Historia avanza por el mal lado*. La ambigüedad en el lenguaje empleado por Schaff desemboca en apreciaciones a menudo erróneas del *pasado*, como la que toca al capitalismo del libre mercado: el proyecto neoliberal sí que ha encontrado “confirmación” en la práctica (el caso chileno lo demuestra), lo cual no quiere decir que la realidad se haya ajustado al modelo, sino que el proyecto se ha echado a andar sobre la base de la reproducción de sus propias contradicciones. La futurología sociopolítica de Schaff tiende a *desdibujar* el tiempo histórico.

Aunque las modificaciones de la conciencia social son cruciales para el cambio, como lo demuestra con detalle el texto señalado, la extraña coexistencia de soluciones “teóricamente viables” con el “voluntarismo” de la acción social *más* la Historia que avanza por el mal lado hace desaparecer por completo *la mediación de las relaciones sociales de producción* a las que el mismo Schaff *alude* como elemento decisivo para el cambio. Cabría preguntarse sobre la viabilidad de una nueva distribución de la renta nacional como la sugerida por Schaff *de seguir rigiendo una estructura de las relaciones sociales de producción en la que las “deformaciones” las desigualdades —están ligadas (como producto y causa) a la separación cre-*

⁵ Schaff, *op. cit.*, p. 65.

⁶ Schaff, *op. cit.*, p. 47.

ciente del propietario de los medios de producción con respecto de la actividad productiva, social". Marxistas ortodoxos "como Marx, Engels y Lenin" se encargaron de señalar la tendencia no como el resultado de la modificación del "comportamiento" capitalista ni como comportamiento erróneo y suicida de las clases propietarias, sino como resultado de la evolución de las relaciones sociales de producción en la fase superior del sistema. Evolución que está en el origen de la diversificación de la estructura social y de las modalidades de percepción de la renta nacional —en la que se incluyen las "capas medias". Hay que recordar que, agitación y propaganda aparte, la crítica marxista *no* sostiene que el desarrollo capitalista genere *únicamente* una polarización extrema entre "ricos" y "pobres". Dicha polarización sólo una de las expresiones más crudas del antagonismo que encierran las relaciones sociales de producción: pero, como se desprende de los capítulos precedentes, la multiplicidad de relaciones sociales contradictorias (en el nivel inferior y en el superior) que encierra la relación de explotación global implica la diversificación constante de la estructura social.

Es por lo demás en el contexto de la unidad indisoluble de las esferas de producción y distribución —mediadas y determinadas ambas por la estructura de las relaciones sociales de producción que pueden explorarse las perspectivas del cambio que sugiere Schaff. Infringir el derecho de propiedad, aún recurriendo al *Laborem Exercens*, cargando los costos de una nueva distribución de la renta nacional a las clases propietarias, y pretender simultáneamente garantizar *en el largo plazo* la supervivencia de dichas clases y de sus beneficios, es una tarea que más que la modificación futura de la conciencia social requiere de la reencarnación del Estado de corte keynesiano que mostró justamente los límites de la opción señalada, sus *contradicciones*. Paradoja: es precisamente el *desarrollo* de la opción contradictoria sugerida por Schaff la que ha terminado en convertirse en una traba para el cambio. Y el proyecto neoliberal, que *si* halla "confirmación en la práctica", es la "salida" capitalista a dichas contradicciones.

Salida que otras vertientes de la crítica marxista sintetizan así, partiendo de la *contradicción* entre ganancia y "salida":

Las recetas liberales o monetaristas actúan favorablemente en el sentido de una recuperación de la tasa de ganancia pero no tienen

éxito sino al precio de una reducción drástica de las salidas, ahogando así el motor capitalismo; si este tipo de política fuese llevado a cabo de manera congruente, desembocaría en una recesión generalizada de una amplitud comparable a la de los años treinta. Las recetas keynesianas, reformistas, dan un empujón a las salidas, pero como la contrapartida es una presión hacia el descenso de la ganancia, el motor capitalista tampoco embraga esta vez. Tal política topa rápidamente, aparte de su ineficacia, con las presiones ligadas a la inserción internacional de los diferentes países. En ambos casos, la medicina trata uno de los síntomas pero, finalmente, agrava la enfermedad.⁷

En el centro de los “bloqueos” para la “salida” de la crisis y de los violentos conflictos en todos los niveles de la actividad social por la propuesta de “salida” formulada por los neoliberales está efectivamente una contradicción decisiva de las relaciones sociales de producción:

...las relaciones de clase no están propicias para una pronta puesta en práctica de su programa y, al mismo tiempo, no tiene otro.⁸

El caso chileno ilustra sin duda alguna lo que implica crear las “condiciones” para la puesta en marcha de la “salida” neoliberal. El texto de Christian Barsoc del que extraemos los párrafos precedentes (*Y después ¿qué?*) se ubica en el polo opuesto de la argumentación de Schaff, aunque tengan por denominador común el marco conceptual general de la crítica marxista. Coincidencias: a pesar de no ser un ejercicio de futurología sociopolítica como el que lleva a cabo Schaff, y de no poner por ende el énfasis en las distintas opciones (forma social) del cambio histórico, Barsoc tiene por uno de los ejes fundamentales de la argumentación las mutaciones provocadas por la revolución tecnológica en el ámbito del trabajo humano. Si puede llegar a carecer de la amplia perspectiva social y global del texto de Schaff, el mérito primordial de Barsoc es el de poner el acento en el presente y en lo que muchos calificarían, con la moral posmoderna del desencanto, de “ortodoxia”. Barsoc dice al respecto (criticando a Lipietz):

...Lipietz, aunque haya conservado una voluntad de transformación social, nos parece que participa de una “ideología de la

⁷ Christian Barsoc, *La crisis: y después ¿qué?*, Hispánicas, México, 1987, p. 66.

⁸ Barsoc, introducción de Maxime Durand, p. 12.

esquiva" cuyo lema podría ser el siguiente sofisma: "la revolución es imposible así que, dejémonos de socialismo, acomodémonos con el capitalismo y trabajemos para reformarlo". Lo cual nos parece un tanto apresurado. Una cosa es no creer en la posibilidad de la ruptura con el capitalismo. Es una primera discusión necesaria. Otra cosa muy distinta es pretender que, siendo imposible la revolución, si es posible en cambio la transformación progresiva del capitalismo en beneficio de los trabajadores. En pocas palabras, el escepticismo de moda en cuanto al primer punto no autoriza la ingenuidad de creer que, de por sí, bajo la acción de fuerzas sociales nunca designadas por su nombre, el capitalismo podría disolverse en las "nuevas actividades creadoras". Este "reformismo *new look*" asocia de extraña manera el más insulso realismo cuando se trata de poner en duda la actualidad del socialismo, con el utopismo más desenfrenado para imaginar una economía social que supuestamente resuelva los problemas del momento. Y termina siendo el crisol en el que se forjan las más asombrosas convergencias ideológicas. Por nuestra parte, consideramos que el verdadero realismo consiste en constatar que, lejos de tolerar otro modo de desarrollo, más humano, el capitalismo plantea, como necesidad previa a cualquier arranque económico, una gigantesca regresión social.⁹

Que se comparta o no la forma y el contenido de la argumentación de Barsoc —extremadamente rigurosa en la crítica del regulacionismo, por ejemplo—, la importancia del párrafo anterior radica en el papel decisivo otorgado a la *mediación* del presente como eslabón entre la antigua modalidad de regulación y la futura (del rango aún de la futurología, con la salvedad de los "experimentos" neoliberales). Barsoc se exploya sobre los múltiples obstáculos para la salida de la crisis en términos capitalistas, sin entrar en los *a priori*, pero sin desecharlos tampoco como *producto* de la argumentación, con los nexos de causalidad *reconstituido*. El nexo más importante: la mediación de las relaciones sociales de producción y su forma *actual* de reproducción, que no es ni la pasada ni la futura. Las formulaciones teóricas de Barsoc representan hasta cierto punto la contrapartida exacta de la futurología sociopolítica de Adam Schaff: mientras éste se interroga, de alguna manera, sobre el presente a partir de las posibilidades futuras abiertas por la "segunda revolución industrial", Barsoc sigue la dirección inversa, interrogándose sobre el futuro, sin dibujarlo, a

⁹ Barsoc, *op. cit.*, pp. 97-98.

partir del presente. Preocupación teórica —prudencia— que la crítica marxista debe tener en cuenta.

Maxime Durand resume así las principales tesis del texto:

...no existe un tipo de organización del trabajo que provenga mecánicamente de las mutaciones tecnológicas en curso. Una de las tesis más fecundas del libro consiste en mostrar no sólo que una indeterminación tal existe, sino también que el capitalismo, por naturaleza, tiende a solucionar esta indeterminación inclinándose hacia las soluciones menos portadoras de progreso social...

En segundo lugar,

para funcionar a toda capacidad, el (capitalismo) requiere de una serie de condiciones cuya existencia simultánea es difícil, y en este aspecto el obstáculo principal es la contradicción entre ganancias y salidas: toda política que pretenda restablecer estructuralmente las ganancias implica de una manera o de otra una reducción de las salidas y viceversa.

Por último, y por contraposición con el regulacionismo,

...para los regulacionistas, el crecimiento de la posguerra resultó de un dispositivo exitoso que se ha deteriorado progresivamente, aunque por razones externas al sistema en sí mismo, por lo cual queda abierta la posibilidad de restablecer las condiciones necesarias a un buen funcionamiento...

El punto de vista marxista es distinto: consiste en mostrar que los éxitos del capitalismo extrañan contrapartidas que, en un primer momento, sostienen y regulan el crecimiento capitalista, pero, acumulándose y combinándose unas con otras, terminan por constituir otros tantos estorbos y obstáculos de buen funcionamiento.¹⁰

Más que destacar las divergencias naturales en el seno de la crítica marxista, nos interesa subrayar aquí lo siguiente. Entre los contrastes más llamativos de los dos textos escogidos está la postura asumida por cada uno de los autores ante el *papel histórico* que le corresponde a las clases propietarias en un futuro próximo. Por contraposición con Schaff, dice Barsoc:

¡Ahora, ningún patrón tomaría en serio al que le dijera: por qué no invierte usted en producciones útiles en vez de especular con las divisas, lo importante es crear riquezas suplementarias! ¡Por qué no contrata usted trabajadores, por qué no aumenta el salario a sus obreros, eso le daría nuevas salidas para vender sus productos!¹¹

¹⁰ Barsoc, int. de Maxime Durand, pp. 10-11.

¹¹ Barsoc, *op. cit.*, pp. 44-45.

La polémica sobre dicho papel está permeada como todas las restantes por la dificultad del pensamiento económico y social para captar el eslabón clave de la transición que encierra la crisis. La argumentación desarrollada por Schaff resulta ambigua en la medida en que tiene por objetivo contribuir a la construcción de una racionalidad social que, por la envergadura de los conflictos a resolver, debe ir "más allá" del antagonismo de clase como "motor de la historia". Para Schaff, ante la incógnita generada por los rezagos del socialismo, el papel de las clases propietarias parece signado todavía por la doble cara del progreso y la decadencia. La postura asumida por Barsoc es radicalmente distinta: con una perspectiva menos "humanista" y más apegada a la "ortodoxia", el texto de Barsoc sugiere la unidad contradictoria de progreso y decadencia *de la burguesía* al implicar la "salida" capitalista de la crisis a un retroceso social impresionante. La reflexión sobre el *lugar histórico* (léase el término como tal y no como una sentencia) de las clases propietarias —reflexión que desborda "lo económico" y atañe a la esfera de las contradicciones globales, de las relaciones sociales de producción— ocupa un lugar de primer orden en el desarrollo de la *crítica marxista*. Como veremos ahora a propósito de un crítico *burgués* del pensamiento económico burgués, esta reflexión sobre el papel de las clases propietarias (no como demiurgos, sino a partir de su *lugar* en la estructura de las relaciones sociales de producción) es un denominador *común* a todas las vertientes del pensamiento económico.

Como se desprende de los señalamientos anteriores, es imprudente adelantar la realidad con base en los marcos conceptuales. El comentario de texto que sigue busca simplemente poner en evidencia que existen nexos causales entre el auge neoliberal y una *crisis más profunda* del pensamiento económico burgués. La reflexión sobre el lugar del Tercer Mundo en la dinámica capitalista es *uno de los ámbitos más propicios para constatar dicha crisis*.

Las perspectivas para el Tercer Mundo derivadas de la "segunda revolución industrial" son, al decir del texto de Adam Schaff, sombrías:

... podemos decir sin miedo a exagerar que, si bien las consecuencias de la segunda revolución industrial pueden ser y ciertamente serán difíciles de controlar en los países industrializados, en los países del Tercer Mundo pueden ser *desastrósas* desde el punto de

vista social. Lo serán inevitablemente si no se toman medidas preventivas.¹²

El autor explica los peligros de la "segunda revolución industrial" para el mundo subdesarrollado: con los avances de la automatización y la robotización, los países industrializados disminuyen sus inversiones en el Tercer Mundo. A juicio de Schaff, "la microelectrónica, con la automatización y la robotización resultante de ella, elimina el atractivo de la mano de obra barata porque ni siquiera la más barata puede competir con los autómatas modernos". Así, la "segunda revolución industrial" generaría la desaparición de los estímulos para la *exportación de capital* al Tercer Mundo. Los efectos sobre el mercado laboral de éste último son descritos así:

... (los productos del Tercer Mundo), que debido a la mano de obra barata podían competir en los mercados de los países industrializados (tal es el caso, por ejemplo, de los productos textiles), perderán su lugar privilegiado en la nueva situación. Si su producción continúa por los métodos tradicionales, no reunirá los requisitos necesarios para competir; si se moderniza, eliminará la mano de obra —como ocurre en los países muy industrializados— agravando con ello el paro estructural que atormenta al Tercer Mundo por otras razones también.¹³

Con todo, el texto advierte contra el fatalismo. *Teóricamente*, muchos de los problemas planteados pueden resolverse, y precisamente por las potencialidades abiertas por la revolución tecnológica. Los requisitos delineados por Schaff son los siguientes:

... (los problemas del Tercer Mundo), con ser difíciles, pueden resolverse. Pero condición necesaria para ello es la ayuda de los países industrializados (el norte), tanto en la financiación de toda la empresa (se requieren inmensos desembolsos materiales que los países del Tercer y del Cuarto Mundo no pueden permitirse) como en la elevación del nivel cultural de las masas para que puedan efectuar la transición a la categoría de países industrializados (sic).¹⁴

El primer obstáculo de la alternativa formulada es que, como el propio Schaff lo señala, el "norte" no tiene razón alguna de hacer donaciones al Tercer Mundo:

¹² Schaff, *op. cit.*, pp. 106-107.

¹³ Schaff, *op. cit.*, p. 106.

¹⁴ Schaff, *op. cit.*, p. 109.

La ayuda consistiría en bienes precisos para la construcción de una nueva infraestructura en los países del Tercer Mundo. En los países de producción automatizada abundarán tales bienes, pero lo importante es que no se ofrecerían a modo de regalo, sino que se venderían como mercancías normales. ¿Quién proporcionará los medios para la compra de bienes para el Tercer Mundo?¹⁵

El autor es escéptico sobre la posibilidad de destinar una parte del gasto en armamentos para el desarrollo económico y social del Tercer Mundo:

El problema del Tercer Mundo hay que abordarlo de otra manera: hay que echar mano de los ingresos del propio país.

Aún en el caso de que se puedan “introducir” en el Tercer Mundo los avances de la robotización y la automatización, ello no haría más que *multiplicar* los problemas sociales. “Aunque en el Tercer Mundo distribuyéramos un ordenador por cabeza, indica el autor, nada cambiaría, pues la gente no sabría qué hacer con él. En estos países el camino que lleva a la utilización apropiada de los logros de la ciencia informática es largo y está plagado de dificultades y obstáculos”. En todo este contexto, Schaff augura además la agudización de los conflictos entre empresas supranacionales y soberanías nacionales. En síntesis, el texto no quiere ser fatalista, pero...

Y tampoco quiere ser “eurocentrista”, pero la argumentación revela cierta tendencia a apreciar los fenómenos en *sentido único* —el Tercer Mundo como “objeto” de la “segunda revolución industrial”, y *sin sujetos propios del cambio*— y no como *relación social* —con un determinado tipo de relaciones económicas de por medio. La disyuntiva entre la “ayuda al desarrollo” y el promover que el Tercer Mundo “se ayude a sí mismo” no tiene absolutamente nada de novedosa: por el contrario, es la doble cara permanente de la estrategia de los organismos económicos internacionales y el “norte” hacia el Tercer Mundo hace un buen tiempo. El futuro delineado por Schaff está *presente* desde hace bastante tiempo en el Tercer Mundo, y América Latina es ilustrativa al respecto: la automatización y la robotización en marcha en los países industrializados genera sumultáneamente —como lo comprueba la experiencia de ésta década— el recrudecimiento de la explotación de la “ventaja comparativa” del Tercer Mundo: la mano de

¹⁵ Schaff, *op. cit.*, p. 111.

obra barata. La *relación social* (de producción) entre "Tercer" y "Primer Mundo" se rige por la *ganancia* y no por una revolución tecnológica "sobredeterminante". La recreación del atraso y los "desastres" en el Tercer Mundo —y en América Latina en particular— es el *producto* de la nueva forma de inserción en la división internacional del trabajo, y no el resultado de una "falta de inserción" o falta de acceso a la "categoría" de países industrializados. Inserción promovida por cierto por el neoliberalismo económico, sobre el que volveremos un poco más adelante. Existe una cantidad impresionante de estudios en América Latina destinados a mostrar la *relación de causa-efecto* sobre los fenómenos abordados. Con todo, el horizonte de una nueva inserción suele provocar —como es el caso del texto de Schaff, pero también de muchos otros en el continente latinoamericano— el olvido de la *relación causa-efecto* so pretexto de la "posmodernidad". Si es en el terreno de la reflexión sobre el Tercer Mundo que la ambigüedad del lenguaje empleado por Schaff resulta más chocante, también es en éste terreno que las contradicciones *globales* del pensamiento económico burgués se hacen más visibles —con el neoliberalismo como condensación de las mismas.

Por lo pronto, y siguiendo el contraste sugerido de posturas en el solar de la crítica marxista, cabe apuntar que el horizonte delineado por Christian Barsoc es distinto. Aunque peca también de la "marginación teórica" del Tercer Mundo, el enfoque de la crisis lo lleva a constatar la *relación social* que media entre los dos extremos del desarrollo capitalista (países industrializados y países subdesarrollados):

El Tercer Mundo, que en los primeros años de la crisis permitió amortiguar algunos de sus efectos, parece ahora destinado a jugar un papel inverso...¹⁶

Refiriéndose al entramado de la deuda externa, agrega Barsoc:

Este tinglado de crédito ha permitido escapar, hasta la fecha, a una quiebra comparable a la de 1929, pero ahora crea una amenaza extra. Si alguno de los eslabones de la cadena cede y si no encuentra instancia, privada o gubernamental, para ofrecer créditos que compensen esta primera brecha, entonces el sistema puede des-

¹⁶ Barsoc, *op. cit.*, p. 30.

componerse paso a paso, como castillo de naipes: la contracción del crédito sería entonces extremadamente brutal y la economía mundial se hundiría en la mayor crisis de su historia.

Este esquema no es inevitable en la medida en que la burguesía internacional está consciente del riesgo; se tomarían medidas de salvación de último minuto, como en el caso reciente de la banca Continental de Illinois, rescatada gracias a una intervención del Federal Reserve Bank. Lo cierto, en cambio, es que la austeridad impuesta al Tercer Mundo implica la creación de un polo permanente de recesión... Se trata de un clarísimo problema de regulación de la economía mundial que no solo atañe al Tercer Mundo.¹⁷

Del texto de Barsoc se desprende, a diferencia del de Schaff, la imposibilidad de pensar el Tercer Mundo *al margen de* la dinámica capitalista: por el contrario, el subdesarrollo forma parte de dicha dinámica, y la marginación es el resultado de su integración a las nuevas modalidades de la división internacional del trabajo.

En este contexto, el apogeo de las políticas económicas neoliberales pretenden el restablecimiento de la "ley del más fuerte" en el escenario económico internacional. Con dichas prácticas se reactualizan los postulados clásicos de la economía burguesa sobre las ventajas comparativas "naturales" de cada economía nacional. En el terreno de las relaciones económicas internacionales como en otros abordados en los capítulos precedentes, el neoliberalismo parece recoger la teoría económica burguesa clásica para acompañar los procesos ya señalados, desde la hipermonopolización (aquí bajo la égida de las empresas supranacionales, como las designa Schaff), hasta la ruina de los pequeños productores locales y la imposición de los criterios del "tecnócrata" foráneo e interno. Una lectura del último capítulo de *Camino de Servidumbre* de Hayek, dedicado precisamente a las relaciones económicas internacionales, permite corroborar las tesis sobre el neoliberalismo económico señaladas en los capítulos precedentes: las fuentes están más en el periodo que corresponde a las formulaciones teóricas de Hayek que en el periodo histórico de la economía política clásica.

En una línea de reflexión bastante similar a la de Adam Schaff —por la perspectiva *global* de los procesos sociales— Richard W. Lombardi aborda en *Le piège bancaire: dettes et*

¹⁷ Barsoc, *op. cit.*, p. 103.

développement (La trampa bancaria: deudas y desarrollo)¹⁸ las distintas dimensiones de la crisis de la deuda externa, para desembocar en la constatación de la crisis *global* del pensamiento económico burgués, que es la que nos interesa destacar aquí. De ahí la importancia de sintetizar la argumentación de Lombardi, que se encuentra por lo demás en una posición "privilegiada" para la reflexión global: ex-vicepresidente de la First National Bank of Chicago, encargado de los préstamos al Africa por conducto de la banca mundial. La crítica de Lombardi a los criterios rectores de la estrategia de dicha banca hacia el Tercer Mundo sorprende por la lucidez, que encuentra por único límite "los umbrales que un teórico burgués no puede rebasar" (Vilar). Aquí también, Lombardi señala que el problema radica en el "espíritu" que ha guiado las políticas económicas de los organismos económicos internacionales —y que es necesaria una modificación de la "cosmovisión occidental" hacia el Tercer Mundo. No se desprende del eurocentrismo, pero la argumentación es una crítica extrema del mismo.

A propósito de la ley de las ventajas comparativas que los neoliberales pretenden restablecer en la teoría y en las prácticas de políticas económica internacional, indica Lombardi:

La teoría de la ventaja comparativa nos viene de una visión del mundo del siglo XVIII que tiene por premisa el conflicto, y no la cooperación, la competencia y no la razón, como la principal fuente de motivación...

Esta visión del mundo... fue expuesta por primera vez por Hobbes, partiendo de la idea de que "el estado natural... es la anarquía y la guerra".

Desde Ricardo, el padre de la ciencia económica, los economistas no han cesado de aclimatar la visión del mundo del siglo XVIII sugiriendo que cada persona y cada país producen según la ventaja propia. La ventaja económica se simplifica así en términos cuantitativos, mientras los precios del mercado internacional sirven de árbitro último del valor.¹⁹

Y viene la crítica, después de mostrar que las ventajas no tienen nada de "naturales":

...imaginando un nuevo contrato global al despertar de la Segunda Guerra Mundial, la comunidad internacional del desarrollo volteó hacia el pasado más que al futuro, y reconstruyó, en previ-

¹⁸ Richard W. Lombardi, *Le piège bancaire: dettes et développement*, Flammarion, París, Francia, 1985.

¹⁹ Lombardi, *op. cit.*, pp. 36-37.

sión del siglo XXI, lo que ya había construido (y destruido) en los siglos XVIII y XIX.

... La ley de la ventaja comparativa ve en la producción el fin, el *télos* de la vida económica, y no el punto de partida. En última instancia, el orden (y no el desorden) económico internacional que es el nuestro, procede de una confusión intelectual (*sic*) entre la noción de causa mecánica y la de finalidad —por lo menos en las relaciones Norte-Sur: dicho de otra manera, la producción prevalece sobre el objetivo que se persigue. Y por extensión, la producción escapa a toda idea de medida, de límite y, finalmente, de sentido.

Exclusivamente preocupada de la producción, la teoría de la ventaja comparativa relega una preocupación prioritaria, la del modo de vida, de la cultura en su totalidad, y de los valores. El acento se pone en la cantidad en detrimento de la calidad, en la producción en detrimento de los objetivos, en la especialización al precio de la dignidad.²⁰

Como se desprende de la argumentación de Lombardi —al igual que de los señalamientos de Baran sobre la persistencia de la filosofía de la libre competencia aún entre los monopolios—, las premisas básicas de la economía política burguesa clásica no sólo no pertenecen al pasado —como suele señalar la crítica del neoliberalismo económico—, sino que han estado presentes a lo largo de *toda* la evolución capitalista bajo la forma *contradictoria* de desconstrucción y reconstrucción. Más que un “retroceso”, el marco conceptual del neoliberalismo representa una nueva adecuación de dichas premisas, una nueva forma de *reproducirlas*, como hemos apuntado ya anteriormente. Que dicha forma *parezca* efectivamente un retroceso no es el resultado de un desajuste (dis-funcionalidad) entre “teoría” y “realidad”. El neoliberalismo *reelabora* la forma teórica de la economía política clásica, pero con contenidos nuevos (adecuación a las mutaciones de las relaciones sociales de producción) que hemos detallado ya. Es el *producto* y la *causa* de la evolución capitalista reciente. Evolución contradictoria, como lo muestra Lombardi:

Paradójicamente, lejos de reforzar la integración del orden económico mundial, esta preocupación obstinada por la producción, la competencia y el intercambio más que por el desarrollo ha contribuido a su estallido. De hecho, la lógica tiende a debilitar las partes a expensas del todo y pone en peligro el sistema.²¹

²⁰ Lombardi, *op. cit.*, p. 41.

²¹ Lombardi, *op. cit.*, p. 47.

En la crítica de Lombardi se va dibujando paulatinamente, con la relación entre los organismos internacionales y el Tercer Mundo como marco de reflexión, la *crítica de los fundamentos racionales (irracionales) del pensamiento económico burgués*. El texto pasa a revisar una tras otra las distintas "adecuaciones teóricas" del pensamiento económico burgués correspondientes a cada etapa de estrategia para el desarrollo, empezando por las conocidas "cinco etapas" de Rostow —un "despegue hacia ninguna parte" al decir de Lombardi. El principio básico:

La falta de dinero y, en segundo lugar, la ausencia de técnicas modernas aparecían entonces por las causas de la pobreza del Tercer Mundo. Así, imaginábamos que se podía esperar una mejor distribución de la riqueza a partir de la especialización de los factores de producción —tierra, capital, trabajo— siguiendo la ley de la ventaja comparativa.²²

Con este principio básico como eje rector de la formulación de estrategias para el desarrollo, se pasa al establecimiento de "modelos" para hacer entrar al Tercer Mundo "a la categoría de países industrializados". Ilusión de la "modernidad" renovada sin cesar, y "hundida" sin cesar también por los resultados de la experiencia concreta. Sobre la idea de que los ingresos deben disminuir antes de volver a aumentar como condición *sine qua non* para el "despegue", indica el texto con ironía:

En síntesis, la idea era que los ingresos debían bajar —verdadero descenso al infierno cuando se vive ya por debajo del límite de la pobreza— antes de volver a subir. Se pueden apreciar hoy los resultados del desliz, de este efecto de "montaña rusa", desde el centro de Kinshasa hasta el agro brasileño.²³

Fracaso de las primeras experiencias: el Tercer Mundo se integra efectivamente a la dinámica capitalista, pero *reproduce* al mismo tiempo el subdesarrollo. Vienen nuevos "modelos" a aplicar por los tecnócratas, en una línea muy similar a la del "ingeniero" que critica Hayek por desconocer por completo las circunstancias de tiempo y de lugar —y en una línea similar a los programas de política económica neoliberal actual: "destrucción creadora", romperlo todo para volverlo a empezar todo, como explica Foxley a propósito de la experiencia neoliberal en Chile. La "destrucción creadora" implica —apunta

²² Lombardi, *op. cit.*, p. 61.

²³ Lombardi, *op. cit.*, p. 226.

Lombardi en la crítica de Albert O. Hirschman—, promover el “desequilibrio” como condición para restablecer un “equilibrio” que nunca llega. Incluso el Estado debe garantizar la promoción de las “iniciativas desequilibrantes” entre los “eslabones” de la actividad económica para preparar el “reequilibrio”. El *fondo* de la argumentación de los organismos económicos internacionales para elaborar estrategias de desarrollo no se diferencia sustancialmente de los programas neoliberales actuales. Hay entonces un nexo de causalidad que Lombardi recrea paso a paso; decenio de desarrollo tras otro, hasta llegar a la explicación lógica de la crisis de la deuda externa. El neoliberalismo aparece como el *producto* natural de dicha lógica. ¿Cuál es entonces la “novedad”?

Para Lombardi, es la *cuestión occidental: la crisis profunda del pensamiento económico y social burgués*. La descripción siguiente se asimila a lo que Foxley apunta a propósito del caso chileno: la economía convertida en “superciencia”,

...en el corazón mismo de nuestras estrategias de desarrollo, descubrimos con demasiada frecuencia que las ciencias sociales son reducidas a un conjunto de leyes económicas. No solamente la ciencia económica inspira el proceso de desarrollo sino que, en muchos casos, lo determina. La sociología, la ciencia política, la historia, incluso la psicología y la antropología están permeados en nuestros modelos económicos —los que, a su vez, arman la organización de nuestras sociedades. Cuando discutimos sobre un orden político particular, hacemos referencia a un sistema económico dado.

Y el sistema en cuestión es cada vez más refinado, al punto que los hechos políticos cuadran perfectamente con la teoría económica preconcebida... La teoría o las leyes ‘económicas’ descansan sobre una definición del hombre sesgada —una definición que traiciona a buena parte de la herencia intelectual y la cultura del mundo occidental...

Salvo algunas excepciones, la fe común en la magia de una teoría económica tardíamente erigida en ciencia ha tomado las apariencias de una convicción religiosa. Una misma lógica prevalece en la geopolítica y, para los banqueros, en el análisis de los riesgos de tal o cual país. Nuestros banqueros, los responsables de la ayuda, y sus economistas, tratan de aislar las variaciones predeterminadas en la evolución de una sociedad invocando la realidad económica subyacente. La idea de base es... que la realidad económica determina, en última instancia, las opciones políticas y sociales. Todo cambio de la estructura económica se traduce —se dice— por un

cambio correspondiente en la armazón social o, incluso, en las construcciones mentales de la población... La economía aparece como la reina de las ciencias sociales.²⁴

La crisis descrita a propósito de las teorías económicas burguesas sobre las "estrategias para el desarrollo" se basa en la creencia de la "sobredeterminación" de "lo económico" y la interpretación *mecánica* de los procesos sociales que se deriva de dicha creencia. Por lo menos en el terreno de la aplicación de "modelos" de crecimiento a las particularidades del Tercer Mundo, la *mecánica* ha demostrado sus fallas —o, lo que es lo mismo, ha terminado por *reproducir* en una escala ampliada sus propias contradicciones. Con la defensa a ultranza del determinismo del mercado —y la extensión de la "racionalidad" del mercado a todos los ámbitos de la vida social—, el neoliberalismo parece no aportar nada nuevo al desarrollo del pensamiento económico burgués. En dos estudios detallados sobre el tema, tanto Rosario Green como Atilio Borón demuestran la chatura del marco conceptual neoliberal al respecto. En realidad, lo novedoso reside en el hecho de que el neoliberalismo *condensa* las contradicciones del pensamiento económico burgués presentes a lo largo de toda su *historia*: las reproduce en forma cohesionada. La crítica del neoliberalismo resulta por lo tanto imposible *sin la crítica de las paradojas constitutivas del pensamiento económico y social burgués en su conjunto*.

Es el procedimiento que lleva a cabo Lombardi: crítica de la pérdida de los nexos más elementales de la causalidad histórica; crítica de los fundamentos conductistas de la teoría económica ("los tontos racionales" de Amartya K. Sen). Los postulados mecanicistas de la teoría económica burguesa testimonian de una *confianza ciega en la lógica de la "razón"* que hace pasar determinados postulados por *universales, necesarios e inmutables* —en palabras del propio Lombardi.

Sigue el examen de tres debates claves de la teoría económica burguesa: la teoría de la demanda, la ley de la escasez y la formación de capital. El texto pone al descubierto las contradicciones constitutivas de la economía política clásica y de Adam Smith en particular: la mutación del *homo rationalis* en *homo economicus* desemboca en la "expulsión" de la razón histórica del solar de la teoría económica burguesa. *El padre de*

²⁴ Lombardi, *op. cit.*, p. 242.

la ciencia económica, Adam Smith, que preconiza la emancipación de la ciencia de cualquier juicio de valor, es un perfecto moralista, como lo demuestra su *Teoría de los sentimientos morales*. Los principios hedonísticos se constituyen en la piedra angular de la "ciencia", y los pilares del razonamiento económico pueden edificarse a partir de una simple "observación de la conducta de los consumidores en un supermercado" como ironiza Lombardi a propósito de Paul Samuelson.

Refiriéndose al afán de Böhm Bawerk por "poner fin" a la discusión sobre las posibles definiciones del *capital*, Lombardi pone al descubierto la "falsa salida" del crítico más "lúcido" de la teoría marxista de la explotación —"el Marx de la burguesía", según Schumpeter:

(En realidad), Böhm Bawerk busca un compromiso: "de una manera general, llamemos "capital" un agregado de productos por medio de los cuales podemos adquirir bienes, o incluso productos útiles para la adquisición".

Böhm Bawerk busca de manera manifiesta un compromiso. Todo el problema viene de que su definición no tiene nada de científico. Su descripción es lo suficientemente vaga para no definir nada, ni cualitativa ni cuantitativamente. Y ello a pesar de que "el capital sea el nombre de una categoría de bienes que posee una importancia científica extrema".

... es imposible dar una definición inmutable del capital. Porque el capital conjunta, de alguna manera, los hilos del poder y del saber que conforman los tejidos políticos y sociales de toda sociedad. El capital no representa únicamente una riqueza o un valor real, sino también y sobre todo juicio de valor sobre la sociedad, la distribución de la riqueza, su amplitud, y los que la ponen en marcha.

En otros términos, el capital explica quién debe explotar los recursos y porqué.²⁵

La pertinencia de la argumentación se detiene en Marx, pero no es lo más importante del texto. Lombardi culmina oponiendo al *determinismo económico* la búsqueda de la formulación novedosa del "desarrollo" basado en un "nuevo arte político": la apertura es muy similar a la de muchos otros teóricos burgueses de la crisis. Revisa a Hobbes —en el centro de la filosofía que respalda a la teoría económica burguesa—, recuerda que Darwin se inspiró de Malthus —y no a la inversa, como suelen

²⁵ Lombardi, *op. cit.*, p. 253.

crear los economistas—, e indica las implicaciones actuales de la lógica económica burguesa:

Esta lógica desemboca en 1) un sistema geopolítico en donde la aniquilación mutua es el primer y último motor de la planificación estratégica; 2) un sistema económico basado en la ventaja y la sensación antes que en la razón y 3) un sistema financiero que está por hundirse bajo el peso de su propia amoralidad, de su gigantismo arbitrario, y de su pérdida del sentido de la orientación.²⁶

En una línea de reflexión muy similar a la de Adam Schaff, y que revela la importancia de los cambios en la conciencia social (incluidas las cosmovisiones económicas), Lombardi culmina abogando por la sustitución del *homo economicus* por el *homo rationalis*.

Más que el probable voluntarismo en el que desembocan tal tipo de propuestas —válidas por lo pronto en un largo plazo en el que, al decir de Keynes, “todos estaremos muertos”, nos interesa aquí destacar las dimensiones —de la crisis en el solar del pensamiento económico burgués. Por cierto que el haber escogido el “ámbito” de la reflexión sobre el lugar del Tercer Mundo en la dinámica capitalista no es casual: no está por demás subrayar la crisis por la que atraviesa el pensamiento económico dominante en un periodo en el que resurge —por lo menos en América Latina— la perspectiva de la asimilación acrítica so pretexto de la modernidad.

Son los fundamentos del pensamiento económico burgués elaborados en el periodo de la economía política clásica —los mismos que recoge el neoliberalismo— los que están en tela de juicio, aún en el propio seno de dicho pensamiento. Crisis de conjunto de las ciencias sociales como *producto* de la “forma de articulación” de las distintas especializaciones —forma de cuya crítica nos hemos ocupado en los capítulos precedentes. Crisis de la “sobredeterminación” de “lo económico” que revela, con un movimiento contradictorio, la inexistencia de tal sobredeterminación: contra lo que sostiene el pensamiento económico dominante, la economía, “reina de las ciencias sociales”, está en realidad permeada por todas ellas, desde la psicología (el conductismo) hasta la filosofía (Hobbes). El “viejo dilema” de las ciencias económicas —“ciencia moral”, como solía decir John Stuart Mill, que pretende excluir por

²⁶ Lombardi, *op. cit.*, p. 253.

completo los juicios de valor—, lejos de resolverse se *reproduce* al punto de provocar estallidos frecuentes en la propia percepción que el pensamiento económico dominante tiene de sí mismo. Crisis de una ciencia que, a fuerza de sustituir la *relación social* por la dialéctica especulativa de “objetos” y “sujetos”, termina por perder el sentido de orientación, es decir, los nexos de la causalidad histórica. Es curioso destacar que todos los atisbos de renovación en el seno del pensamiento económico burgués pasan por todo —la búsqueda de un “nuevo arte político”, de un “nuevo espíritu”, de “nuevos visionarios”, de nuevos “pactos sociales”— *menos por la historia*, confundida con el “pasado” y desvinculada del presente.

Mientras tanto, el neoliberalismo *reproduce*, con la impermeabilidad conceptual y práctica que lo caracteriza, las paradojas constitutivas del pensamiento económico burgués. No solo entre “modelos” y “realidades”, lo que es obvio. También restituye —con sus *contradicciones*— el determinismo económico. Crítico acérrimo de “lo político”, las “ideologías” —de todo lo que atañe al ámbito de la *economía normativa*—, reivindica el mercado sobre la base de la teoría de los sentimientos morales. Crítico acérrimo de la voluntad totalitaria de control del individuo que encierra el “colectivismo”, tiene en el conductismo y la ley del más fuerte de los “tontos racionales” (Amartya K. Sen) uno de sus pilares. Sintetiza, entonces, en todos los terrenos, las contradicciones acumuladas por el pensamiento económico burgués: en el hecho de condensarlas radica su coherencia. ¿Puede constarse, en este contexto, el carácter retrógrado del neoliberalismo sin preguntarse por el carácter de las relaciones sociales de producción capitalistas? ¿Es en la dis-funcionalidad o en la funcionalidad que radica el “retroceso”?

CAPITULO VI

APERTURAS Y PRIORIDADES

(De la renovación necesaria del pensamiento económico)



La crisis del pensamiento económico ha desembocado en una conciencia más o menos generalizada de la necesidad de renovar enfoques para explicar la sustancia compleja de los cambios actuales y participar de ellos. Con ritmos y prioridades propios de la génesis histórica particular de cada cuerpo teórico, la conciencia de la renovación alcanza a todas las corrientes del pensamiento económico creando así el espacio propicio para desentrañar objetos de estudio, problemáticas y denominadores *comunes*. La crisis del pensamiento económico y sus posibles salidas reflejan por lo pronto las paradojas de la totalidad social: la destrucción crítica (deconstrucción) de los pilares tradicionales del análisis económico y de las cosmovisiones subyacentes coexiste con el afán de recuperar y revalorar el legado histórico de las distintas corrientes de interpretación. La renovación de contenidos y lenguajes lleva inevitablemente el sello del sistema capitalista y de la crisis social en cuyo contexto se produce; como subraya Christian Barsoc en el texto referido *supra*,

Para salir de la crisis, la tarea del capitalismo consiste en deshacer sistemáticamente lo que había instaurado para apoyar el crecimiento pasado.¹

La forma de la renovación está marcada por el doble impulso de deconstrucción y reconstrucción que anticipa la posibilidad del progreso (construcción). El neoliberalismo se inscribe a su manera en el doble movimiento descrito al acompañar la restructuración del capital —deconstrucción de sus modalidades de existencia previas— del rescate de las viejas premisas del libro mercado —deconstrucción de las premisas teóricas del bienestar social heredadas de la posguerra. Pero la forma general que asume la renovación no habla por sí sola de sus contenidos (el neoliberalismo es en realidad el equivalente de la restauración) y no constituye por ende un patrimonio exclusivo del pensamiento económico. La coherencia práctica del neoliberalismo económico radica en el hecho de expresar como

¹ Barsoc, *op. cit.*, p. 10 (introducción de Maxime Durand).

posibilidad teórica (el reino del "libre mercado") las necesidades actuales del capital para salir de la crisis. La puesta al día de las premisas del libre mercado como regulador invisible y automático de la actividad económica se encuentra enmarcada en un proyecto social orgánico que articula los "objetos" parciales. Frente a la cohesión teórica y práctica del neoliberalismo, las corrientes restantes del pensamiento económico burgués evidencian la dispersión de contenidos y la fragmentación del horizonte social. Aunque la renovación de enfoque germina bajo su forma general —la identificación de la necesidad—, la presentación dispersa y fragmentada de los horizontes teóricos (de la cual la relativa dispersión temática de debate es solo uno de los tantos síntomas) pone al descubierto un bloqueo ante la perspectiva de integrar orgánicamente los objetos de estudio parciales. Por lo que a la coyuntura estrictamente ideológica se refiere, el bloqueo proviene en buena medida de la imposibilidad para reivindicar la unidad racional de la forma social capitalista al tiempo que la implementación de las prácticas económicas neoliberales revela las consecuencias nocivas de dicha unidad. De ahí que el debate sobre la forma social del cambio resulte particularmente espinoso para el análisis económico burgués de los ochenta: la presencia de las prácticas económicas neoliberales se le presentan como un obstáculo ideológico —como lo atestigüan las críticas a dichas prácticas desde la perspectiva teórica del bienestar. *Pero a la ideología dominante le es cada vez más difícil disimular la causa bajo el efecto.*

Con la excepción de reformulaciones teóricas muchas veces fructíferas sobre objetos de estudio parciales, hay un *impasse* por lo que a la integración orgánica de dichos objetos se refiere. Ante la coherencia destructiva del neoliberalismo económico (constructiva para el capital), que abarca con un énfasis particular las dimensiones de la reorganización de la actividad laboral (desmantelamientos sindicales), del lugar de las soberanías nacionales —o lo que quede de ellas— en el conjunto internacional, del papel de la política económica como eje de la re-privatización, y del economista convertido en especialista tan ciego como las fuerzas del mercado, las corrientes restantes del pensamiento económico burgués se limitan a constatar la desconstrucción sin articular (reconstruir) globalmente los elementos desmantelados por las prácticas económicas neoliberales. El texto reciente de Robert Lekachman, *Jaque a los econo-*

mistas,² muestra palmariamente el bloqueo referido. Como tantos otros autores, Lekachman consigue identificar algunas piezas claves del rompecabezas de la crisis otorgando prioridad temática al paro estructural y la pobreza, al lugar del economista en el diseño y la concepción de determinadas prácticas sociales, al poder de las empresas multinacionales, al "estorbo teórico" de los sindicatos, y el rescate del legado de Smith, Marx, Veblen y Keynes. Pero las piezas permanecen desintegradas: la reelaboración teórica de su unicidad, la integración orgánica de las mismas es sustituida por propuestas que atañen más al estado de ánimo del que escribe que al desarrollo científico propiamente dicho. Abusando de las metáforas, las líneas de desarrollo futuro del pensamiento económico esbozadas por Lekachman —representativas del estado de ánimo de toda una corriente de pensamiento— tienen más del *canto del cisne* que de apertura científicas precisas.³

La evaluación imprecisa de las posibilidades del pensamiento económico contemporáneo se halla enraizada en las carencias teóricas que obstaculizan la conformación de un objeto de estudio global y riguroso que localice las *necesidades* inmediatas y futuras del desarrollo (progreso) económico. Al identificar objetos de estudio parciales sin integrarlos suele contribuirse al escamoteo de la reflexión sobre dichas necesidades para remplazarla por los *a priori* característicos del pensamiento social de la crisis. Los *a priori* —para llamarlos de algún modo— siguen empeñados en hacer de "La Pobreza". "La Cesantía" y "El Atraso" —en particular del Tercer Mundo— el resultado de desarrollos insuficientes de la racionalidad capitalista que ellos mismos ponen en tela de juicio: bajo una u otra forma, las problemáticas señaladas son regularmente concep-

² Lekachman, *op. cit.*

³ "Si alguna vez la economía, como oficio y como disciplina, llega a ser ayuda para el entendimiento, como lo fuera antaño, sus exponentes tendrán que enfrentarse a un mundo menos amigable con el crecimiento y decididamente menos amistoso con las ricas naciones industrializadas, de lo que era el mundo en el que crecieron los economistas que actualmente están en la mitad de su vida. Algunos mejoramientos obviamente deseables en la educación y la conducta de los economistas, serían un conocimiento y un sentido de la historia, una preocupación por la forma en que las empresas y otras instituciones económicas funcionan realmente, y una perspectiva más cosmopolita del mundo. También sería conveniente el renacimiento de una perspectiva moral que, en forma natural, acompañe y estimule los esfuerzos más creativos de las ciencias sociales para entender y transformar las conductas de los hombres y mujeres que viven en sociedad organizadas como la nuestra", Lekachman, *op. cit.*, pp. 237-238.

tualizadas por el pensamiento económico burgués *al margen de* (y no como producto de y condición de) la dinámica "normal" (el modelo puro) del sistema capitalista. *La operación teórica es similar a la que se efectúa con el rentismo*: la permanencia de determinados "malestares sociales" es achacada al desarrollo insuficiente y "deformado" de un capitalismo "perfectible". El conjunto de necesidades sociales no resueltas —*aplazadas* sistemáticamente para dar paso a "otras" prioridades— se *yuxtapone* en la reflexión a la dinámica interna del sistema sin relacionársele: la conceptualización de la renovación de contenidos en el análisis económico queda atrapada entre el fatalismo desesperado y la revuelta moral característicos de la cultura de la nueva metafísica.⁴ El *impasse* es efectivamente el resultado de la *pérdida de la relación social como esencia del conocimiento*.

Sin polemizar por lo pronto sobre dicha pérdida, cabe apuntar una primera prioridad para la ciencia económica: la evaluación de posibilidades y necesidades de cada cuerpo teórico pasa obligadamente por determinar con exactitud las necesidades económicas (*sociales*) reales. Reflexionar simultáneamente —con la *relación* entre ambas dimensiones como marco de referencia de la reflexión— sobre las posibilidades de cada cuerpo teórico y las necesidades económicas y sociales objetivas. El pensamiento económico burgués olvida con una frecuencia incluso mayor que la crítica marxista que *el periodo actual excluye por su complejidad los voluntarismos*. Más que la aparición de nuevos visionarios esperada por Lekachman y tantos otros economistas, el análisis económico reclama la renovación colectiva de contenidos que le devuelvan incidencia práctica y el lugar que le corresponde en el conjunto de las ciencias sociales. La renovación es una necesidad real que excluye la ambivalencia del determinismo como fatalidad y la acción como milagro sin mediación alguna.

Renovar contenidos y formas del análisis económico implica recrear las condiciones del *diálogo* entre los distintos cuer-

⁴ "Al abandonar la dialéctica de la relación social, la 'subjetividad moralizante' se enfrenta a la 'objetividad de lo real como un polo contra otro. Al oscurecer la relación social de los polos éstos aparecen como sujeto y objeto. . . En ciencias sociales, cuando se pierde la relación como esencia del conocimiento lucha, se oscila entre el 'fatalismo desesperado' y 'revuelta moral'. . . El determinismo como fatalidad, y la acción como milagro, tienen una nueva terminología, siendo viejos". Así caracteriza Pablo González Casanova el núcleo de la cultura de la nueva metafísica, *La nueva metafísica y el socialismo*, México, Siglo Veintiuno editores-UNAM, 1982, pp. 103-104.

pos teóricos, sin anular bajo la apariencia de las equivalencias formales las especificidades de cada uno. El diálogo entre las distintas corrientes del pensamiento económico no es una fórmula hueca de concertación para diluir las divergencias en el establecimiento de denominadores comunes falsos: se trata en realidad de encontrar mecanismos para que el contraste de enfoques agilice la reorganización interna de contenidos en cada corriente de interpretación. Los *a priori* ideológicos criticados por el análisis económico burgués siguen pesando como barrera al diálogo, pero los obstáculos radican más en el prejuicio que en las ideologías que subyacen a cada vertiente del pensamiento económico. La "expulsión de las ideologías" decretada por el análisis económico burgués so pretexto de la cientificidad neutra es precisamente una de las barreras más importantes, al punto que permea todos los debates sobre el lugar de los "juicios de valor", las "normas éticas", etc. en el desarrollo de la ciencia económica burguesa. En el centro de las paradojas del análisis económico burgués al respecto —rechazo de toda ideología mientras todas entran sistemáticamente por la puerta trasera— se encuentra la conceptualización implícita y errónea del conflicto ideológico como confrontación de verdades absolutas, prejuicios, utopías y preferencias teológicas. El rechazo a la ideologización del debate —entendida ésta como unificación de postulados parciales bajo la égida de una cosmovisión "totalizante" —*disimula mal el vacío de iniciativa (capacidad propositiva) en el pensamiento social de la crisis*. El proyecto global del neoliberalismo constituye desde luego la excepción que confirma la regla: la defensa coercitiva de los valores éticos —normativos— de la libre empresa (de la moral del mercado, parafraseando a H.B. Acton) es una barrera "hiperideologizada" que hace las veces de línea Maginot de un capitalismo que las corrientes restantes del pensamiento económico burgués reconocen como desvalido.

En el contexto extremadamente riesgoso de la polarización del conflicto ideológico inducida por el neoliberalismo y que se presenta —como se desprende del texto de Adam Schaff referido *supra* como una barrera al progreso del debate sobre las transformaciones sociales en marcha, las distintas corrientes del pensamiento económico tienen en la des-polarización (que no es sinónimo de des-ideologización o despolitización) una tarea común y prioritaria una segunda apertura de refle-

xión significativa. Dicha tarea implica identificar la sustancia de la mediación necesaria entre la confrontación nociva y el diálogo entre teorías y prácticas económicas. La crítica de la forma predominantemente especulativa y a-histórica del pensamiento social contemporáneo —paralela a la crítica de los fenómenos sociales que como el rentismo motivan dicho predominio— juega un papel decisivo en el periodo de transición actual. La polémica en torno a la crisis y sus disyuntivas ha generado esbozos precarios de la crítica mencionada: precarios por la misma dispersión derivada del imperio de la forma que obstaculiza la delimitación de contenidos y objetos de estudio. La crítica de la forma especulativa del pensamiento económico y social y de las relaciones sociales (de producción) que le subyacen permite la *integración orgánica* de objetos de estudio parciales en función de una prioridad (unidad) concreta que expresa una necesidad del tiempo histórico. Permite simultáneamente la actualización de múltiples debates económicos del pasado con el objeto de incidir en las transformaciones sociales latentes en la crisis. En síntesis, la delimitación de un objeto de estudio específico y la reconstrucción del eslabón decisivo de la transición puede constituirse en una alternativa viable que *medie* la renovación global de contenidos en el pensamiento económico contemporáneo, impulsándola. Desde luego, la reorganización de contenidos internos en cada corriente del pensamiento económico en función del objeto de estudio delimitado se produce en matrices teóricas y prácticas sociales divergentes: pero el paso del anquilosamiento al horizonte social novedoso obliga a la reproducción de las divergencias como condición *sine qua non* para la confrontación positiva de las distintas interpretaciones económicas y sociales. Contra lo que postula implícitamente la coerción de la cultura de la nueva metafísica —en la que la forma cohibe arbitrariamente al contenido— la renovación del pensamiento económico necesita en efecto del pluralismo y la tolerancia como forma de desarrollo.

La ubicación del pensamiento económico dominante en el pluralismo es particularmente completa, aunque las paradojas del rechazo de la ideología y la polarización ideológica propias de la nueva metafísica no le pertenecen en exclusiva. La crítica burguesa del análisis económico marxista suele edificarse no solo sobre la oposición en boga a los totalitarismos, sino también sobre la base —más sólida aún— de una profunda igno-

rancia de las determinaciones históricas y teóricas propias de la crítica marxista. La conocida respuesta de Keynes a Bernard Shaw a propósito de Marx y Engels⁵ marca un hito negativo en la historia del pensamiento económico, al tiempo que ilustra el reduccionismo imperante en la confrontación de las doctrinas económicas. A título de ejemplo para una apertura al diálogo se encuentra Benjamín Ward (*¿Qué le ocurre a la teoría económica?*): el texto pretende desentrañar la estructura científica kuhniana del análisis económico marxista.⁶ Aunque la extrapolación de estructuras científicas como la señalada a la matriz teórica marxista resulta por lo menos polémica, las conclusiones de Ward —contraste entre los “paradigmas” neoclásicos y marxistas— abren una vía importante para la reorganización de contenidos internos de las respectivas corrientes. En una esfera de confluencia similar —arraigada también en los postulados kuhnianos— se encuentra la crítica de T.W. Hutchinson (*Conocimiento e ignorancia en economía*⁷) a la “crisis de la abstracción” en la teoría económica burguesa de los setenta. Los dos textos referidos tienen entre sus principales méritos —por más limitaciones que tenga el enfoque kuhniano desde el punto de vista de la filosofía de la ciencia— el tomar en consideración las *condiciones históricas* concretas de producción de la ciencia económica, el contexto social, el contexto académico y su vinculación con las prácticas sociales dominantes, el consenso sobre los paradigmas y las formas de ruptura del mismo, etc. . . . La crítica de la formalización excesiva de la ciencia económica representa un ámbito propicio para la confrontación de las doctrinas económicas en la medida en que contribuye al rescate de sus contenidos sociales.

En este contexto, el examen de objetos de estudio parciales como los ya mencionados (economía del trabajo, internacionalización y Estados-nación, políticas económicas y privatización, mercado y planificación, prácticas sociales del economista), lejos de perder validez cobra relevancia, tanto para enriquecer los contenidos de la reflexión sobre el estado que guardan las relaciones sociales de producción como para for-

⁵ Véase R.F. Harrod, *La vida de J.M. Keynes*, México, F.C.E.

⁶ Véase Benjamín Ward, *¿Qué le ocurre a la teoría económica?*, Alianza, Madrid, España, 1973.

⁷ T.W. Hutchinson, *Conocimiento e ignorancia en economía*, Premiá, México, 1979.

mular alternativas viables una vez despejada la incógnita de la mediación que encierra la crisis actual.

Más que la restitución del lugar que le corresponde a la historiografía del pensamiento económico, una tarea prioritaria de la renovación necesaria consiste en recrear la Historia, simple y llanamente. Las características de los periodos de transición implican una reflexión pormenorizada sobre los "tiempos" —corto y largo plazo— de la Historia contemporánea. Tarea de "historiadores" —el entrecomillado pretende subrayar, una vez más el absurdo de las compartimentaciones artificiales entre las ciencias sociales— indispensable para ubicar los eslabones clave del periodo y restituir el *vínculo orgánico* entre el pasado, la coyuntura y el largo plazo. Cabe concluir, con Pierre Vilar:

...las viejas objeciones beatificantes levantadas durante mucho tiempo contra Marx ya no son utilizadas sino en los niveles polémicos inferiores, incluso si sucede que un Premio Nobel decida resucitarlas. Azar *versus* necesidad, libertad *versus* determinación, individuo *versus* masas, lo espiritual *versus* lo económico: el historiador de hoy no ocupa su tiempo en oponer esos términos, sino en manejar sus combinaciones. Y no hay instrumento nuevo, nueva forma recientemente propuestos para su análisis, ya sea la lingüística, el psicoanálisis o la economía, que escapen a esta hipótesis fundamental: la materia histórica es estructurada y pensable, científicamente pentrable como cualquier realidad".⁸

⁸ Pierre Vilar, *Marxismo e historia*, *op. cit.*, pp. 15-16.

APENDICE: UNA PROPUESTA DE LECTURA BIBLIOGRAFICA

Entre los múltiples factores que contribuyen al olvido de la historiografía del pensamiento económico se encuentra el escaso trabajo bibliográfico al respecto y la dispersión temática. En las difíciles condiciones de la crisis, la *difusión permanente* de los debates en el seno del pensamiento económico es una tarea prioritaria, más que cualquier otra quizá. Sólo así se pueden crear las condiciones necesarias (aunque no suficientes) para la discusión teórica sólida y la crítica. La cultura del desencanto posmoderno, que convierte *todo* en un equivalente formal, que desestructura cualquier contenido, se basa con más frecuencia en el desmantelamiento cultural (material) que en el rigor del argumento teórico.

Con el objeto de contribuir a la difusión mencionada, una propuesta de lectura bibliográfica en dos niveles: el de la historia del pensamiento económico y el del neoliberalismo en particular. Dicha propuesta permite ampliar muchas sugerencias teóricas implícitas en el texto precedente, y desde luego, polemizar.

I. Sobre Historia del pensamiento económico burgués

1. *Historia del pensamiento económico burgués*

El clásico del tema es desde luego la *Historia del análisis económico* de Joseph A. Schumpeter, FCE, México, D.F., 1975 (en dos tomos), que puede completarse con otro texto del mismo autor, *Diez grandes economistas de Marx a Keynes*, Alianza Editorial, Madrid, España. De la *Historia...* de Schumpeter resulta particularmente interesante, para efectos de tener un cuadro del debate económico en el periodo que marca la entrada del capitalismo en su fase monopolista, la lectura de los primeros capítulos del mismo (2 al 6 de la Parte Cuarta). El carácter de la obra de Schumpeter contrasta con la *Vida y doctrina de los grandes economistas* de Robert L. Heilbroner, que opta por entrelazar la anécdota —que, con todo,

nunca está de más— con la exposición teórica. (Aguilar, Madrid, España, 1982). El capítulo VI (“El mundo inexorable de Carlos Marx”) es un ejemplo tipo de cómo se puede reducir la teoría marxista a dos o tres lugares comunes. Más interesante resulta el capítulo VIII (“El mundo brutal de Thorstein Veblen”), sobre un autor desconocido por lo general entre los economistas de hoy. El capítulo XI (“Más allá de la revolución económica”) es excelente para percatarse de la crisis “moral” de la ciencia económica burguesa. La *Historia de las doctrinas económicas* de Eric Roll, FCE, México, D.F., 1982 (tercera reimpression) se ubica más en la línea analítica dibujada por Schumpeter, con sus variantes. La introducción permite ubicar algunos problemas importantes a los que se enfrenta el historiador que trabaja sobre el pensamiento económico a la hora de delinear una metodología de estudio. En una tradición distinta de la anglosajona, Emile James escribió su *Historia del pensamiento económico en el siglo XX*, FCE, Serie de Economía, México, D.F., 1986 (segunda reimpression). El ordenamiento temático del texto, más alejado del ordenamiento por “escuelas”, permite tener un cuadro detallado del debate económico en el siglo XX. Curiosamente, James incluyó la polémica de Schumpeter (sección II, Cap. V) en un apartado intitulado “el pensamiento comunista” (I), y desvinculado del apartado referido al “ensayo de dinámica de J. Schumpeter” (Cap. II, Sección I). *Todos* los textos señalados hasta aquí tienen por denominador común reducir la “doctrina” marxista a unas pocas apreciaciones bastante “ideologizadas”, que no reconstituyen las particularidades de la “doctrina” en cuestión. La *Historia de las doctrinas económicas* de Karataev, Ryndina y otros, Grijalbo, México, D.F., 1986, (en dos tomos) recrea detalladamente el debate marxista e incluye apartados sobre dimensiones del pensamiento económico que los historiadores “occidentales” del tema ignoran sistemáticamente (como el pensamiento económico ruso). El texto de Karataev y Ryndina —destinado a la enseñanza pedagógica, lo cual no debe ser omitido— “reduce” excesivamente las grandes líneas del pensamiento económico burgués, pero tampoco pretende ser un trabajo especializado. Dentro de la perspectiva marxista, el texto corto de Vincenzo Vitello, *El pensamiento económico moderno*, Grijalbo, serie Teoría y Praxis, México, D.F., 1980, es una buena orientación temática sobre los debates claves de cada periodo histórico, desde la economía política clásica hasta

nuestros días. Siempre dentro de la perspectiva *pedagógica* y de obtener conocimientos *básicos* sobre la historia del pensamiento económico —conocimientos sin los cuales se problematiza en el vacío—, se puede leer la *Crítica de las teorías económicas reformistas y revisionistas de la burguesía contemporánea*(i), de N.A. Tsagolov, El Caballito, México, D.F., 1973; la *Crítica de las concepciones no marxistas en la enseñanza de la economía política*, Colectivo, Progreso, Moscú, URSS, 1984 (la especificación es clara: el subtítulo dice “Material didáctico de ciencias sociales”); igualmente, la *crítica a las teorías económicas pequeño burguesas contemporáneas*, Colectivo, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, Cuba, 1973; también, *Economía política no marxista actual: un análisis crítico*, Progreso, Moscú, URSS, 1981 (Colectivo). Acton, un clásico del neoliberalismo, llegó a decir que “no hay nada más exasperante que la genealogía de las ideas”. Los textos referidos *supra*, más allá de la pedagogía y del eventual reduccionismo, tienen el mérito de revelar la genealogía *histórica* de grandes corrientes del pensamiento económico burgués. En la misma línea de selección de textos (antología) de Silva Herzog (*Véase* introducción), la *Historia del pensamiento económico* (en dos tomos) de Benito Besada Ramos, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, Cuba, 1976. En México, un trabajo pionero de difusión y crítica del pensamiento económico burgués, desde una perspectiva marxista, *Economía Política y Lucha Social*, de Alonso Aguilar, Editorial Nuestro Tiempo, serie Ciencias y Lucha, México, D.F., 1984 (quinta edición), en particular el quinto y último capítulo (“Los métodos, las técnicas y las responsabilidades del economista”).

2. La historia del pensamiento económico como objeto de estudio

Los textos referidos *supra* (en particular el clásico de Schumpeter y la introducción de Roll) están “salpicados” de reflexiones pormenorizadas sobre la historia del pensamiento económico como objeto de estudio. Pero la *sistematización* más acabada al respecto debe buscarse en T.W. Hutchinson, *Sobre revoluciones y progresos en el conocimiento económico*, FCE, México, D.F., 1985. Previa lectura de T.S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, FCE, Breviarios, México, D.F., 1986 (séptima reimpresión). El texto de Hutchinson no sólo problematiza la “construcción” de un objeto de estudio con la histo-

ría del pensamiento económico, sino que recoge exhaustivamente las reflexiones de los "grandes economistas" al respecto. Desde una perspectiva marxista, Maurice Dobb, *Teoría del valor y de la distribución desde Adam Smith: ideología y teoría económica*, Ed. Siglo XXI, Buenos Aires, Argentina, 1975 (hay edición mexicana de Siglo XXI), en particular la *introducción*, ("sobre la ideología"). Desde luego, las *Teorías sobre la plusvalía* de Marx, Grijalbo, México, D.F., Barcelona, Buenos Aires, 1977. Sin embargo, la obra de Marx referida no es, en sentido estricto, ni una "historia" del pensamiento económico ni mucho menos una reflexión sobre la misma como objeto de estudio. Es un trabajo a realizar *a partir de* la obra de Marx. *El Capital* está "salpicado" de referencias a la economía política clásica y la economía política vulgar que, reunidas aparte y debidamente contextualizadas, pueden contribuir al trabajo por realizar en la crítica marxista sobre la historia el pensamiento económico burgués.

3. Metodología e historia del pensamiento económico burgués

Para discutir detalladamente la metodología del neoliberalismo económico (economía positiva y economía normativa, instrumentalismo, etc.), las dos siguientes referencias constituyen un marco de reflexión teórica *excelente*; en primer lugar, Homa Kouzian, *Ideología y método en economía*, un trabajo extenso y detallado realizado dentro de la perspectiva kuhniana de T.W. Hutchinson (*véase supra*, apartado 2), H. Blume editores, Madrid, España, 1982. Los títulos de algunos capítulos hablan por sí solos de la temática abordada por Kouzian: 1. Economía y filosofía de la ciencia social: su finalidad y ámbito. 2. Perspectivas históricas: de la economía política a la economía positiva. 3. La economía positiva: la *Lógica* de la teoría económica neoclásica. 4. Paradigmas y programas en el desarrollo del conocimiento económico. 5. *Ciencia grande frente a gran ciencia: contribución a la sociología de la profesión académica* (el subrayado es nuestro). 6. *Juicios de valor e ideología: moralidad y prejuicio en la ciencia económica* (el subrayado es nuestro: la lectura del capítulo 6 del texto de Homa Kouzian puede ser contrastada con la introducción sobre ideología y teoría económica de Maurice Dobb, *Teoría del valor...*). Los dos últimos capítulos de Kouzian se refieren al ámbito más complejo de los modelos econométricos. En segundo lugar, de Mark Blaug, *La metodología de la economía*,

Alianza Universal, Madrid, España, 1985, también con T.S. Kuhn como referencia de base, y con temáticas muy similares a las abordadas por Homa Kouzian. En particular, el capítulo II, *Historia de la metodología económica*. Los dos textos referidos aquí permiten una aproximación simultánea a la historia del pensamiento económico y a dicha historia como objeto de estudio teórico. También en la perspectiva kuhniana, la reconstrucción de la crisis actual de la metodología económica hecha por Benjamín Ward, *¿Qué le ocurre a la teoría económica?*, Alianza Editorial, Madrid, España, 1983. Al igual que los textos de Kouzian y Blaug, el de Benjamín Ward permite reconstituir la *crisis generalizada* de los fundamentos constitutivos de toda una corriente del pensamiento económico burgués (crisis del positivismo, en particular). Sobre esta crisis, reconocida como tal por los "kuhnianos", véase T.W. Hutchinson, "'Crisis' en los setenta: la crisis de la abstracción", en *Conocimiento e ignorancia en economía*, Premiá, México, D.F., 1979. Una referencia global sobre los problemas de metodología en el pensamiento económico burgués, aunque mucho menos precisa y detallada que los textos referidos *supra*: la selección de textos de Camilo Dagum, *Metodología y crítica económica*, FCE, Lecturas de El Trimestre Económico, No. 26, México, D.F., 1978. Sobre las dificultades de la ciencia económica burguesa para definir sus "fronteras externas", la selección de textos de Sherman Roy Krupp, *La estructura de la ciencia económica*, Aguilar, Madrid, España, 1973 (en particular la parte III sobre las "fronteras externas"). Por último, sobre los fundamentos "racionales" del *homo economicus*, la compilación de textos de Frank Hahn y Martin Hollis, *Filosofía y teoría económica*, FCE, Breviarios, No. 398, 1986, México, D.F. En particular Amartya K. Sen, "Los tontos racionales: una crítica de los fundamentos conductistas de la teoría económica", pp. 172-217. Para completar con un panorama general sobre la evolución concreta del *homo economicus* en las ciencias sociales, Gordon Marshall, *En busca del espíritu del capitalismo (I)*, FCE, Breviarios, No. 440, México, D.F., 1986 (ensayo sobre las tesis de Weber sobre la ética protestante y el espíritu del capitalismo y crítica de dichas tesis). Para una crítica marxista de los "tontos racionales", los dos primeros capítulos de *Racionalidad e Irracionalidad en economía*, de Maurice Godelier, Siglo XXI, México, D.F., 1982 (décima edición).

II. Sobre el neoliberalismo económico

I. Panorama general

No está por demás comenzar con una relectura (o primera lectura) de la *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, FCE, México, D.F., 1982 (tercera reimpresión), o los *Principios de Economía Política* de John Stuard Mill, FCE, México, D.F., 1985 (segunda reimpresión) para constatar posteriormente, la enorme distancia entre lo que dijo Smith —como dice Dobb, hay que partir de que los “grandes economistas” querían decir lo que dijeron— y lo que el neoliberalismo de hoy le *hace decir*. La envergadura de la obra de los clásicos —incluso de los clásicos de la economía política vulgar, como Mill— no tiene nada que ver, por lo que a la búsqueda de rigor teórico se refiere, con la “chatura” de los neoliberales contemporáneos cuyas fuentes pueden buscarse sobre todo en Hayek, Von Mises y otros. Ni siquiera por lo que se refiere a la “moral” y la “filosofía”: mientras los clásicos se inscriben —cada uno a su manera y con contradicciones propias— en la línea ascendente del pensamiento social de la burguesía, el “tono” de los neoliberales modernos tiene más del oscurantismo de un Bentham, que de la filosofía de las Luces. Puede contrastarse los clásicos referidos con un “clásico” del neoliberalismo, H.B. Acton, *La moral del mercado*, Unión Editorial, S.A., Madrid, España, 1978, o con John H. Beck, “El mercado libre como oportunidad moral”, en *La libre empresa: un imperativo*, Diana, México, D.F., 1980 (segunda reimpresión), pp. 77-94. En la misma recopilación sobre la libre empresa, Walter S. Wessels, “La propiedad, exigencia moral”, pp. 171-188; Karl Keating, “La primera exigencia: aceptar la naturaleza humana”, pp. 155-170; Alan C. Stockman, “Capitalismo y sociedad moral”, pp. 9-28. Lo que separa estos textos de, por ejemplo, *Sobre la Libertad*, de John Stuart Mill, Alianza Editorial, Madrid, España, 1981 (tercera edición, con un prólogo de Isaiah Berlin) es *un siglo* de historia capitalista.

2. Las fuentes originales

Para tener una idea precisa de las verdaderas fuentes del neoliberalismo económico de hoy, Hayek y Von Mises. Para el que quiera adentrarse con detalle en dichas fuentes, pueden leerse

las 1 275 páginas de *La Acción Humana: tratado de economía* de Ludwig Von Mises, Unión Editorial, S.A., Madrid, España, 1986; Von Mises no hace prácticamente ninguna referencia (1) a cualquier otra vertiente del pensamiento económico que no sea la suya, y convierte varias décadas de historia del análisis económico en un asunto de "praxeología", "alter ego", "polilogismos", "cambio intrapersonal y cambio interpersonal", "cataláctica", "paro cataláctico" (sic), "privilegios y cuasi-privilegios", etc. Un texto más concreto —y más corto— de Von Mises: *Seis lecciones sobre el capitalismo*, Emiprés, México, D.F., 1985. De Friedrich Von Hayek, el clásico *Camino de Servidumbre*, obra maestra no sólo del neoliberalismo, sino también del más recalcitrante de los anticomunismos. (Alianza, Madrid, España, 1976). También de Hayek, *Scientisme et sciences sociales* (cientificismo y ciencias sociales), Plon, Col. Agora, París, Francia, 1986 (como ocurre con la gran mayoría de las obras del neoliberalismo, no circula en México traducción al español). Puede verse también, de Hayek, "La pretensión del conocimiento", en *Los premios Nobel de economía, 1969-1977*, FCE, Lecturas de El Trimestre Económico, No. 25, México, D.F., 1978, pp. 243-258. Una entrevista con Hayek en una compilación de Diego Pizano Salazar, *Algunos creadores del pensamiento económico contemporáneo*, FCE, México, D.F., 1980, pp. 13-48: "un diálogo con el profesor Hayek". Paul M. Sweezy escribió una breve reseña del *Camino de Servidumbre* en *El presente como historia: ensayos sobre capitalismo y socialismo*, Biblioteca Tecnos de Ciencias Económicas, Madrid, España, 1974, pp. 123-128 ("Hayek y el camino de servidumbre"). Ni Schumpeter ni Roll atribuyen mayor importancia a la obra de Hayek y Von Mises en sus respectivas historias del pensamiento económico. James, en cambio, recoge la polémica entre Von Mises y Schumpeter sobre las características de la planificación en su *Historia del pensamiento económico en el siglo XX* (véase apartado I, pp. 521-526). En el mismo texto de James, puede verse el apartado "Dirigismo y reacciones liberales" (Cap. VI, primera parte, pp. 241-252). Por lo demás, las tres obras referidas (Schumpeter, Roll y James) demuestran el oscuro lugar que llegó a ocupar Hayek (con Von Mises) en las polémicas económicas de su época, al punto de declararse incluso "poco serias" sus formulaciones teóricas —véanse las referencias a Hayek y Von Mises sobre temáticas específicas en las tres obras. Para adentrarse en la teoría econó-

mica del profesor Hayek, *Prix et production*, Plon, Col. Agora, París, Francia, 1986. El texto está dirigido en particular contra la *Teoría General* de Keynes.

Para versiones modernas de ciencia económica entrelazada con disgresión moral de corte especulativo, la obra de Albert O. Hirschman, y en particular *Interés privado y acción pública*, FCE, Serie de Economía, México, D.F., 1986.

3. Sobre Milton Friedman

Los dos textos clásicos de Friedman, ambos completamente impermeables a la crítica (el segundo fue elaborado muchos años después del primero): *Capitalism and Freedom* (Capitalismo y libertad), University of Chicago Press, USA, 1962 (existe traducción al español de la editorial Rialp, Madrid, España); y *Libertad de elegir: hacia un nuevo liberalismo económico*, Grijalbo, México, D.F., Barcelona, Buenos Aires, 1980. Entre 1962 y 1979 (año de aparición de *Libertad de elegir*), los Friedman no modificaron absolutamente nada de su "marco conceptual", como refiere Atilio Borón en un estudio sobre el neoliberalismo (véase más abajo). Para completar la historia "libertaria" de los Estados Unidos hecha por los Friedman, véase "El capitalismo americano y la ética de la libertad", John B. Egger, en *La libre empresa: un imperativo*, varios, Diana, México, D.F., 1980 (segunda reimpresión), pp. 117-136. Sobre la metodología que subyace al monetarismo, Milton Friedman, "La metodología de la economía positiva", en *Lecturas de Política Económica*, varios, Ediciones de Cultura Popular, División de Estudios de Posgrado/Facultad de Economía, UNAM, México, D.F., 1982 (reproducido también en la compilación de Hollis y Hahn, *Filosofía y teoría económica*, citada *supra*, apartado, pp. 41-76). Compárese con "La ciencia de la acción humana", de Ludwig Von Mises, también en la misma recopilación de Hollis y Hahn, pp. 115-129. Véase igualmente la primera parte del texto de Friedman presentado al recibir el Nobel de Economía en 1976, "Inflación y desempleo", en *Los Premios Nobel de Economía 1969-1977*, FCE, Lecturas de El Trimestre Económico, No. 25, México, D.F., 1978 (la primera parte se refiere a la construcción de hipótesis científicas en economía). En los textos de Kouzian y Blaug referidos *supra* se puede encontrar un debate sobre los fundamentos metodológicos del monetarismo (véase referencia bibliográfica en el apartado 3); en Blaug, el apartado 12 de la parte III, "Keynesianos

versus monetaristas" y en Kouzian el capítulo 6). Una crítica excelente del "instrumentalismo" metodológico de Milton Friedman puede encontrarse en Claude Meidinger, "L'approche économique du comportement humain" (Aproximación económica del comportamiento humano), en la recopilación *La nouvelle économie liberale*, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, París, Francia, 1983. El texto, del que no existe traducción al español, sintetiza en los siguientes puntos la "nueva economía liberal", con un análisis extremadamente detallado de cada uno de ellos: 1. El desempleo 2. El monetarismo como teoría económica. 3. La nueva macroeconomía clásica. 4. El monetarismo y la experiencia Thatcher. 5. El adelgazamiento del Estado. 6. Teoría económica de la burocracia y 7. Eficacia comparada de las empresas públicas y privadas. Un texto adicional de Friedman, éste sobre el papel de los economistas en la sociedad: "Economistas y políticas económicas", en *Economía Informa*, No. 163, abril de 1988, Facultad de Economía, UNAM. Un texto de Friedman contra Galbraith, "De la tecnoestructura a la libertad económica", Unión Editorial, S.A., Madrid, España, 1982. De ahí, *La teoría de los precios, los ensayos sobre economía positiva* publicados por Alianza (Teoría de los precios) y por Gredos, respectivamente. Para adentrarse en el detalle del análisis de teoría económica, la crítica extensa de René Villareal, *La contrarrevolución monetarista*, Océano, México, D.F., 1984 (hay también edición del FCE). Una perspectiva crítica de Friedman y síntesis excelente de la relación entre teoría económica e ideología en Hilda Sánchez, et. al, "El monetarismo como ideología", en *Economía de América Latina*, CIDE, I en semestre de 1981, No. 6, México, D.F., pp. 159-176. Y Rosario Green (comp.), *Los mitos de Milton Friedman*, CEESTEM/Nueva Imagen, México, D.F., 1983.

Significado especial tiene para la Universidad Nacional Autónoma de México y para el Instituto de Investigaciones Económicas entregar su Premio Anual de Investigación Económica Maestro Jesús Silva Herzog 1988 al joven intelectual mexicano Marcos Cueva Perus el primer lugar.

En 1987 obtuvo el segundo lugar con el trabajo: Internacionalización del Capital al Nuevo Orden Económico Internacional, editado por el propio IIEc. El texto que hoy presentamos, retoma con excelente calidad, detenimiento y sistematización la importancia que hoy adquiere la evolución del pensamiento económico y social.

En *Contribución a la Historia del Pensamiento Económico*, nuestro autor resalta el lugar de privilegio que el tema ha tenido en períodos históricos clave de revoluciones y progresos de largo alcance.

Autor por autor, escuela por escuela y en ciertos momentos texto por texto el trabajo representa una contribución importante, que sin duda convertirá esta obra en un libro de consulta obligada para los estudiosos de la historia del pensamiento económico de México y América Latina.